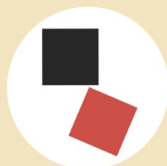




PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA PRODUCCIÓN Y DISTRIBUCIÓN COMUNISTA



EDICIONES
DOSCUADROS



CIBCOM



Primer número de la revista *Construimos*:
«Edificaciones soviéticas para la construcción»

Los principios fundamentales de la producción y distribución comunista

Grupo de Comunistas Internacionalistas (GIKH).

Traducción al castellano de la segunda edición (1935)¹:
2CUADRADOS

¹ Nota de la editorial: la traducción ha sido recopilada del siguiente sitio web: <https://inter-rev.foroactivo.com/t10512-principios-fundamentales-de-la-produccion-y-distribucion-comunista-gic-edicion-en-espanol>. El trabajo de traducción que aquí presentamos se apoya en su autor originario, Aníbal, pero no se limita al mismo. Se ha mejorado la traducción inicial para hacerla más precisa. La editorial decide reproducirlo, corrigiendo errores o discordancias con respecto al texto original. Existe una primera versión editada en 1976 que puede leerse en los Archivos Anton Pannekoek y que fue difundida y editada por Zero-Zyx en castellano. Recientemente, fue de nuevo reproducida por el Círculo Marx Lenin Luxemburgo. En nuestro caso, escogemos la edición de 1935 por el motivo de que fue revisada y ampliada por sus autores, en parte para responder a malas interpretaciones, por lo que definitivamente consideramos que resulta preferible esta. Se encuentran ediciones recientes de este libro impreso en alemán e inglés, realizadas por Hermann Lueer. Finalmente, la editorial agradece al Grupo de investigación y difusión del comunismo cibernético (Cibcom), cuyo trabajo se puede consultar en su página web: (<https://cibcom.org/>), por la sugerencia e interés mostrado sobre dicha publicación al considerarla de actual relevancia para el conjunto de los comunistas, con independencia y sin perjuicio del punto de vista histórico que tiene la editorial con respecto a los autores de la corriente consejista.

Portada: 2Cuadrados
Diseño interior y maquetación: 2Cuadrados

Escrito: *1931*
Segunda edición: 1935

Impreso en Madrid, Estado español
Primera edición
Diciembre de 2024

Web: www.doscuadrados.es
Twitter: @2Cuadrados
Instagram: @2_cuadrados

Índice

Prólogo (Cibcom)	7
Introducción (P. Mattick)	9
Objetivo	23
Prólogo	24
Prefacio a la segunda edición (1935)	25
Capítulo I: Los puntos de partida de los principios fundamentales de la producción y distribución comunista	29
a. Los consejos de trabajadores como base organizativa (29) b. La explicación marxista de la dominación de la clase obrera (31) c. La confusión de fines y medios (33)	
Capítulo II: La «revisión» socialdemócrata del marxismo	35
a. El error de intercambiar trabajo socializado a través de formas de organización que utilizan el capital para dominar este trabajo (35) b. «Nacionalizar» y «socializar» (37) c. El derecho de mando de la clase obrera en el comunismo de Estado (39) d. El ideal bolchevique de la distribución in natura de los medios de producción y consumo (41) e. Trabajo asalariado y comunismo de Estado (44)	
Capítulo III: La unidad de cálculo en el comunismo	51
a. La regulación de la producción (51) b. La hora de trabajo socialmente media según Marx y Engels (53)	
Capítulo IV: Avanzando en la resolución de problemas	59
a. El comunismo como «sistema negativo» (59) b. El cártel general de Hilferding (61) c. La crítica burguesa al «cártel general» (65) d. Avances (66)	
Capítulo V: El comunismo libertario	69
a. «¡Ocupad las empresas!» «¡Tomad lo que necesitéis!» (69) b. El capitalismo de Estado libertario (70) c. El libre acuerdo (71) d. La producción centralizada en el Estado (72) e. Anarcosindicalismo (74)	
Capítulo VI: El proceso de producción social en general	79
a. Producción y reproducción (79) b. La producción capitalista (79)	

Capítulo VII: La producción comunista	81
a. La circulación de bienes (81) b. El tiempo de producción (82) c. El método de investigación (85) d. La reproducción comunista (85) e. La reproducción de la fuerza de trabajo (87) f. El valor de la fuerza de trabajo en el comunismo y los niveles de la vida (88) g. El valor de la fuerza de trabajo en el capitalismo según Marx (89)	
Capítulo VIII: La hora de trabajo socialmente necesaria como base de la producción	93
a. Kautsky en problemas (93) b. La respuesta de Leichter (94) c. El beneficio (96) d. La brecha de productividad de las empresas (97) e. El progreso de la tecnología (100)	
Capítulo IX: La hora de trabajo socialmente necesaria como base del consumo	103
a. El consumo en función de la producción (103) b. Lo que está en juego en la revolución (103) c. El consumo del dinero (104) d. El dinero del consumo en Leichter (105) e. El salario por trabajo en Leichter (106) f. El comunismo en la Hungría soviética (108) g. La distribución de los medios de producción (109) h. La política de precios en Hungría (109) i. ¿Distribución «justa»? (112)	
Capítulo X: El trabajo social general	115
a. Las dos formas de distribución (115) b. El presupuesto de las TSG (Unidades de trabajo social general) (116) c. La solución habitual (117) d. La solución de Leichter (118) e. La solución práctica de Leichter (120) f. La solución marxista (121) g. El factor bolsillo (122) h. El proceso de expansión del comunismo (125) i. Las empresas mixtas (127)	
Capítulo XI: La contabilidad como síntesis ideacional del proceso de producción y distribución	129
a. El significado de la contabilidad en general (129) b. La transferencia de volumen como liquidación (129) c. Conceptualizaciones. Sin «ingresos» ni «gastos» (131) d. Conceptualizaciones. Sin «beneficios» ni «pérdidas» (132) e. El significado de la contabilidad comunista (132) f. La contabilidad social general (132)	
Capítulo XII: La supresión del mercado	135
a. En los bolcheviques: el Consejo Económico Supremo divide el producto social (135) b. El Consejo Económico Supremo «distribuye» la fuerza de trabajo (137) c. Las estadísticas de consumo (139) d. En los economistas burgueses: el mercado como medida de las necesidades (140) e. La supresión del mercado en el sentido marxista (141) f. Adaptar la producción a las necesidades (143) g. Las cooperativas y la «medición» de las necesidades (145)	

Capítulo XIII: La ampliación de la producción	147
a. La reproducción simple como punto de partida (147) b. La expansión siempre se produce a expensas del consumo (148) c. La regla general para la expansión de una empresa (149) d. La aplicación de la norma general (151) e. La consecuencia para el factor bolsillo (152) f. La acumulación especial (152) g. El Fondo General (154)	
Capítulo XIV: La supervisión de la vida comercial	155
a. El origen del control obrero en el periodo de Kerensky (155) b. El «control obrero» en Marx (156) c. El «control obrero» en los bolcheviques (159) d. La destrucción del control obrero por los bolcheviques (162)	
La supervisión de la vida comercial II (Anexo)	166
II a. El control en el capitalismo de Estado (166) II b. El control en el comunismo (168)	
Capítulo XV: La implantación del comunismo en la empresa agraria	171
a. La evolución hacia la producción de mercancías (171) b. La importancia de esta evolución para la revolución proletaria (174) c. El proletariado agrario y los pequeños y medianos campesinos en la revolución alemana (175)	
Capítulo XVI: La dictadura económica del proletariado	179
Capítulo XVII: Consideraciones finales	181
a. El progreso hacia nuestro objetivo de clase (181) b. De la contabilidad monetaria a la del tiempo de trabajo (181) c. El número clave (183) d. Utopismo (184) e. Resumen (185) f. Centralismo – Federalismo (187)	
Anexo	189

Prólogo: Los «Principios fundamentales» hoy Cibcom

Hace unos meses llegó a nuestras manos esta obra —desconocida para nosotros— del Grupo de Comunistas Internacionalistas (GIKH) por recomendación de algunos colegas internacionales interesados en la planificación socialista. ¡No podíamos creer que un libro tan relevante hubiera caído en el olvido! La última impresión en español de este libro se remonta a los años 70 y solo es posible encontrarla de segunda mano. Así que, para remediarlo, nos pusimos en contacto con Dos Cuadrados, que muy amablemente tuvieron a bien reeditar esta obra —cuya segunda edición solo se encontraba traducida en Internet— para darle un nuevo hogar en nuestras estanterías.

El «Principios fundamentales» desarrolla una de las claves que esbozó Marx para el funcionamiento de la sociedad comunista: la contabilidad en tiempo de trabajo y la distribución de los productos en función de este. ¿Cómo aseguramos que nadie se apropia del trabajo ajeno? ¿Cómo asignamos costes a los productos en la economía comunista? ¿Cómo garantizamos que los ciudadanos tengan derecho al fruto de su trabajo? Estas son algunas de las preguntas clave que intenta responder esta obra.

¿Y qué relevancia tiene este libro en la actualidad? Lo cierto es que cada vez más entre los comunistas interesados en plantear una alternativa al capitalismo. Por ejemplo, el grupo alemán Initiative Demokratische Arbeitszeitrechnung (IDA) ha lanzado una aplicación online de intercambio de productos en base al tiempo de trabajo.² En la aplicación se pueden seleccionar tres roles: empresas, trabajadores y contables. Las compañías establecen sus planes de producción con sus costes en tiempos de trabajo. Los trabajadores reciben en compensación por su trabajo certificados laborales que pueden usar para comprar los productos de las empresas. Y, finalmente, tenemos a los contables, que son delegados de la red de empresas que pueden aprobar los planes a partir de decisiones colectivas. Con estos tres roles, esta aplicación es capaz de modelar una economía comunista como la propuesta por el GIKH.

Otro aspecto fundamental para el comunismo según Marx es la planificación de la economía. Este tema está, sorprendentemente, muy poco presente en el libro del GIKH e, incluso, podría parecer que no le dan

² <https://arbeitszeit.noblogs.org/app/>

importancia. Tan solo encontramos alguna mención al consejo de consejos, que se encargaría de tomar algunas decisiones que engloben el conjunto de la economía. Podríamos decir que, para el GIKH, la contabilidad en tiempo de trabajo es algo mucho más fundamental en el comunismo que la planificación y por eso deciden centrarse en ello.

Pero, sin duda, la planificación es imprescindible para lograr una economía comunista. De hecho, desde los años 90, el hastío de los ciudadanos con la situación económica ha vuelto a poner sobre la mesa la necesidad de dar una alternativa funcional al capitalismo en forma de economía planificada. Una de las propuestas alternativas más recientes se debe a los presentadores del podcast *From alpha to omega* —Tom O'Brien y Donal Costello—, que están utilizando los principios aquí esbozados por el GIKH para escribir un libro sobre planificación y cibernética.³ El libro se apoya en el propio funcionamiento de la producción capitalista y la contabilidad de costes que usan las empresas (igual que el GIKH) para diseñar una producción comunista que funcione mejor que la producción capitalista.

Sin embargo, la propuesta del GIKH no es asumida por todos los defensores de la planificación económica. Por ejemplo, Cockshott, Cottrell y Laibman proponen una asignación de costes a los productos que tiene como base el tiempo de trabajo, pero que se modifica según la oferta y la demanda. Esto ha llevado a un debate —aún no resuelto— sobre cuál es la mejor forma de asignar precios a los productos en la economía socialista.

En definitiva, el «Principios fundamentales...» es una obra de suma importancia para todo el movimiento comunista. Es un libro que, por primera vez, propone un modelo concreto de economía comunista que cualquier persona puede entender. Ya nunca más podrán acusarnos a los comunistas de utópicos.

Cibcom

– Grupo de investigación y difusión del comunismo cibernético

³ <https://theclasslessocietyinmotion.com/>

Introducción

Paul Mattick

La presente obra colectiva *Grundprinzipien Kommunistischer Produktion und Verteilung* del *Gruppe Internationaler Kommunisten* de Holanda apareció por primera vez hace cuarenta años. Sus autores, el Grupo de Comunistas Internacionales de Holanda, pertenecían al movimiento de los Consejos. Los Consejos surgieron por primera vez durante la Revolución Rusa de 1905. Según Lenin, tenían ya la fuerza suficiente para tomar el poder político, aunque, en realidad, se movían aún dentro de los márgenes de la revolución burguesa. Para Trotsky, los Consejos obreros representaban, al contrario de los partidos políticos presentes en la clase obrera, la organización propia del proletariado. El holandés Anton Pannekoek veía en el movimiento de los Consejos la autoorganización del proletariado, que le conduciría a su dominio como clase y a la dirección de la producción. Con el desarrollo de la revolución rusa⁴ y con el fin de los Consejos el interés por esta nueva forma de organización se perdió y la organización del movimiento obrero estuvo nuevamente a disposición de los partidos políticos y los sindicatos tradicionales. Más tarde, la revolución rusa de 1917 volvería a proponer la perspectiva de los consejos para el movimiento obrero internacional; pero no sólo como expresión de la organización espontánea de los trabajadores revolucionarios, sino además como medida necesaria frente a la posición contrarrevolucionaria del movimiento obrero tradicional.

La primera guerra mundial y la quiebra de la II Internacional cerraron el primer período del movimiento obrero. Lo que mucho antes era previsible — a saber, la integración del movimiento obrero en la sociedad burguesa— se convirtió en un hecho irrefutable. El movimiento obrero no era un movimiento revolucionario, sino un movimiento de obreros, que intentaba adaptarse al capitalismo. Tanto los dirigentes como los propios trabajadores no carecían de interés por la abolición del capitalismo y se contentaban con la actividad sindical y política en el interior. Las escasas posibilidades de los partidos y de los sindicatos en el interior de la sociedad burguesa, expresaban los intereses reales de los trabajadores. No se podía esperar otra cosa, ya que

⁴ de 1905 (NdT)

un capitalismo en expansión progresiva excluye todo verdadero movimiento revolucionario.

El idilio de una armonía posible entre las clases en el curso del desarrollo capitalista, sobre el que se fundaba el movimiento obrero reformista, se hizo pedazos al chocar con las contradicciones mismas del capitalismo, que se expresan mediante crisis y guerras. La ideología revolucionaria, al principio reducida a una minoría radical en el interior del movimiento obrero, se introdujo entre las grandes masas cuando la miseria de la guerra puso al desnudo la verdadera naturaleza del capitalismo; y no sólo la del capitalismo, sino también la de las organizaciones obreras crecidas en su seno. Las organizaciones habían escapado de las manos de los trabajadores; para ellos existían sólo en la medida en que era necesario mantener la existencia de su burocracia. Puesto que la función de estas organizaciones está ligada al mantenimiento del capitalismo, no pueden por menos que oponerse a toda lucha real contra el sistema capitalista. Un movimiento revolucionario necesita, en efecto, formas de organización que lleven más allá del capitalismo, que den el poder a los obreros sobre sus organizaciones, organizaciones en las cuales no esté una parte de la clase obrera sino su totalidad. El movimiento de los Consejos fue un primer intento de construir una forma de organización adecuada a la revolución proletaria.

Tanto la revolución rusa como la alemana encontraron como expresión organizativa el movimiento de los Consejos. Pero en ninguno de estos dos casos alcanzaron la capacidad suficiente para afirmar su poder político y usarlo en la construcción de una sociedad socialista. Mientras que el fracaso del movimiento de los Consejos ruso hay que achacarlo indudablemente al retraso de la situación social y económica rusa, la derrota del movimiento alemán fue producto de la falta de voluntad de las masas trabajadoras en realizar el socialismo de manera revolucionaria. La socialización era vista como tarea del gobierno y no como tarea de los mismos trabajadores; y así, el movimiento de los Consejos decretó su propio fin restableciendo la democracia burguesa.

Si bien el partido bolchevique había llegado al poder con la consigna «todo el poder a los Soviets», se atuvo a la concepción socialdemócrata según la cual la construcción del socialismo era tarea del Estado y no de los Consejos. Mientras que en Alemania no se llevaba a cabo ningún tipo de socialización, el estado bolchevique destruyó la propiedad privada capitalista, pero sin atribuir a los trabajadores ningún derecho a disponer de

su producción. Por aquello de que defendían los intereses de los trabajadores, el resultado fue una forma de capitalismo de estado, que dejaba intacta la condición social de los trabajadores y que más bien continuaba su explotación en beneficio de una nueva clase privilegiada. El socialismo no se podía realizar ni por medio de una reforma del Estado democrático burgués, ni por medio del nuevo estado bolchevique revolucionario.

Prescindiendo de la inmadurez objetiva o subjetiva de la situación, la vía que hubiese sido posible tomar para alcanzar la socialización permanecía envuelta en la oscuridad. La teoría socialista tendía genéricamente a la crítica del capitalismo y a la estrategia y táctica de la lucha de clases en el interior de la sociedad burguesa. La vía al socialismo y su estructura, aparecían como prefiguradas ya en el capitalismo. El mismo Marx había dejado sólo pocas indicaciones fundamentales sobre el carácter de la sociedad socialista, ya que efectivamente es poco productivo ocuparse del futuro, de situaciones no comprendidas dentro del presente o del pasado. Sin embargo, contrariamente a cuanto sostienen interpretaciones posteriores, Marx había puesto en claro que el socialismo no se refiere al Estado sino a la sociedad. El socialismo como «asociación de productores libres e iguales» necesitaba del «Estado», es decir, de la dictadura del proletariado, sólo hasta tanto durara su estabilización. Con la consolidación del socialismo, la dictadura del proletariado, entendida como «Estado», desaparecería. En cambio, en la concepción socialdemócrata, tanto reformista como revolucionaria existía una identificación del control estatal con el social, y el término «asociación de productores libres e iguales» perdió su significado original.

Las características del Socialismo futuro ya contenidas en el capitalismo no fueron vistas en la posible autoorganización de los productores en la producción y la distribución, sino en las tendencias a la concentración y la centralización, típicas del capitalismo, que generarían finalmente un dominio estatal sobre todas las esferas de la economía. Esta concepción del socialismo fue asumida primero y más tarde atacada, tachándola de ilusión por la burguesía.

El fin de un gran movimiento revolucionario como el de los Consejos no excluye la posibilidad de su reaparición en una nueva situación revolucionaria. Además, de las derrotas se puede aprender. La tarea de los comunistas consejistas después de la revolución perdida, no consistía en la propaganda del sistema de Consejos, sino también en la investigación de las carencias por las que el movimiento había fracasado. Una de las carencias,

quizá la mayor, había sido que los Consejos no tenían en absoluto claridad respecto de sus tareas en una organización socialista de la producción y la distribución. Ya que los Consejos tienen su base en las fábricas, este debe ser el punto de partida para la coordinación social y la síntesis de la vida económica, y en ellas los productores deben poder disponer de lo que producen. Estos principios fundamentales de una producción y distribución comunista fueron el primer intento del movimiento de los Consejos en Europa occidental de ocuparse del problema de la construcción del socialismo sobre la base de los Consejos.

Teniendo en cuenta las grandes dificultades con las que se encuentra una posible revolución proletaria, a primera vista, este escrito, que se ocupa en su mayor parte de la unidad de cálculo y de la contabilidad de la economía comunista, podrá parecer extraño.

Ya que no se pueden prever exactamente las particularidades de las difíciles situaciones políticas que nos esperan, sólo podemos dedicarnos a la especulación sobre un tema así. Puede ser fácil o difícil destruir un cierto sistema social: depende de condiciones que no pueden ser previstas. Pero este escrito no se ocupa de la organización de la revolución, sino de problemas posteriores. Como, además, no es posible adivinar el estado de la economía después de la revolución, no se puede ni siquiera hacer un programa por adelantado de los trabajos que deberán ser llevados efectivamente a cabo. Pero sí es posible discutir anticipadamente los procedimientos y los instrumentos necesarios para la afirmación de determinadas condiciones sociales que se quieren obtener, en este caso condiciones que se consideran comunistas.

El problema teórico de la producción y la distribución en el comunismo ha resultado un problema práctico a partir de la revolución rusa. Pero la práctica estaba determinada desde el principio por la concepción del control estatal centralizado, al cual se referían las dos alas de la socialdemocracia. Las discusiones sobre la realización del socialismo o del comunismo dejaban fuera el problema real: el del control de los trabajadores sobre su producción. La cuestión estribaba, en cómo se podía realizar la planificación económica dirigida por una autoridad central. Ya que, según la teoría marxiana, el socialismo no conoce el mercado, ni la competencia, ni los precios, ni el dinero, el socialismo era concebible sólo como economía natural, en la cual, mediante la estadística, tanto la producción, como la distribución, vienen determinadas por un servicio central. En este punto se centró la crítica

burguesa al afirmar que en estas condiciones es imposible una gestión racional porque la producción y la distribución necesitan una medida de valor, como la que proporcionaban los precios de mercado.

Para no anticipar la disertación que a este respecto se encuentra en *Principios fundamentales de una producción y distribución comunista* baste decir que sus autores han encontrado la solución al problema de la necesaria unidad de cálculo, en el tiempo de trabajo socialmente medio como base de la producción y la distribución. La aplicación práctica de este método de cálculo y la contabilidad pública a él unida se demuestran minuciosamente. Y como se trata tan sólo de métodos para alcanzar determinados resultados, el razonamiento es perfectamente lógico. El uso de este método tiene como condición necesaria la voluntad de llegar a una producción y distribución de tipo comunista. Verificado este presupuesto, nada se opone a este método, aunque puede no ser el único adaptado al comunismo. Según Marx, toda economía es una economía «de tiempo». La subdivisión y el desarrollo del trabajo se realizan según las exigencias de la producción y el consumo y al igual que en el capitalismo el tiempo de trabajo es la medida de la producción, aunque no de la distribución. En la base de los precios, reguladores del capitalismo, se encuentran valores ligados al tiempo de trabajo. Las relaciones de producción y de explotación en el capitalismo, que son al mismo tiempo relaciones de mercado, y la acumulación de capital, que es el motivo y el motor de la producción capitalista, excluyen un intercambio de valores equivalentes dado por el tiempo de trabajo. No por nada la ley del valor domina la economía capitalista y su desarrollo.

Partiendo de este hecho, se puede pensar fácilmente que también en el socialismo debe ser válida la ley del valor, ya que en este también debe tenerse en cuenta el tiempo de trabajo, para hacer posible una economía racional. Pero el tiempo de trabajo se transforma en «valor del tiempo de trabajo» sólo en condiciones capitalistas, en las cuales la necesaria coordinación social de la producción está sujeta al mercado y a las relaciones de propiedad privada. Sin relaciones capitalistas de mercado no existe ninguna ley del valor, aunque aún, y quizá siempre, sea necesario considerar el tiempo de trabajo para adaptar la producción social a las necesidades de la sociedad.

Es en este último sentido en el que los *Principios fundamentales de producción y distribución comunista* hablan del tiempo de trabajo socialmente medio.

Los autores subrayan el hecho de que antes de ellos se había propuesto el tiempo de trabajo como unidad de cálculo económico. Consideran inaceptable esta propuesta porque se basa sólo en la producción y no en la distribución, y en eso sigue emparentada con el capitalismo. Según su punto de vista el tiempo de trabajo socialmente medio debería valer tanto en la producción, como en la distribución. Aquí, sin embargo, nos encontramos con una dificultad y debilidad para calcular el tiempo de trabajo, dificultad que Marx también había visto, no encontrando otra respuesta que la abolición del cálculo fundado sobre el tiempo de trabajo en la distribución, llevando a cabo el principio comunista «de cada cual según su capacidad, a cada cual según sus necesidades».

En su crítica del Programa de Gotha del partido socialdemócrata alemán, Marx aclaró el hecho de que una distribución proporcional al tiempo de trabajo traería consigo una nueva desigualdad, ya que los que producen se diferencian por su capacidad de trabajo y por su situación privada. Algunos trabajan más en el mismo tiempo; unos tienen que mantener una familia y otros no; por tanto, la igualdad de la distribución según el tiempo de trabajo tiene como efecto la desigualdad en las condiciones de consumo. Marx escribe: «En efecto, a igualdad de trabajo prestado y, por tanto, a igualdad de usufructo del fondo social de consumo, uno obtiene más que otro, uno es más rico que otro, etc. Para evitar esta situación injusta, la ley debería ser desigual más bien que igual». Si bien consideraba este inconveniente como «inevitable en la primera fase de la sociedad comunista», no lo consideraba un principio comunista. Cuando los autores de los *Principios fundamentales* dicen que su exposición es «sólo la utilización consecuente del pensamiento marxiano», es verdad sólo en la medida en que este pensamiento se refiere a una fase del desarrollo socialista, en la cual reina aún el principio del intercambio de equivalentes, principio que encontrará su fin en el socialismo.

Para Marx estaba claro que «toda distribución de los medios de consumo es sólo la consecuencia de la distribución de los medios de producción», y que «cuando los medios de producción sean propiedad de los mismos trabajadores, se conseguirá una distribución de los medios de consumo diferente de la actual». Los posibles defectos de una distribución según el tiempo de trabajo no podían, pues, ser superados con una división entre la producción y la distribución, ya que el gobierno de la producción por parte de los productores comprende también su control sobre la distribución, así

como la determinación de la distribución por parte del Estado —la asignación desde arriba—, comprende también el control estatal sobre la producción. Los autores de los *Principios fundamentales* subrayan justamente que los productores deben tener la más amplia posibilidad de disponer de su producción, pero que esto exija una distribución según el tiempo de trabajo, es otro problema.

En los países capitalistas de desarrollo avanzado, o sea, en los países en los que es posible la revolución socialista, las fuerzas sociales productivas están suficientemente desarrolladas como para producir medios de consumo en sobreabundancia. Más de la mitad de toda la producción capitalista y de las actividades improductivas ligadas a ésta (prescindiendo completamente de las posibilidades de producir que no son explotadas) no tienen seguramente nada que ver con el consumo humano real; sino que sólo pueden encontrar sentido en la irracional economía de la sociedad capitalista. Resulta entonces claro que en condiciones de economía comunista se podrán producir tantos bienes de consumo que harán superfluo un cálculo de sus partes individuales.

El logro de la abundancia, ya hoy potencialmente presente, presupone, sin embargo, una completa transformación de la producción social, basada en las necesidades reales de los productores. La transformación de la producción capitalista en una producción orientada según las necesidades humanas no sólo traerá como resultado de la abolición de las relaciones capitalistas un cambio en el desarrollo técnico-industrial, sino, que de esta manera, dará también mayor seguridad al futuro de la existencia humana, ahora claramente en peligro.

Si bien los *Principios fundamentales* ponen justamente el acento en el hecho de que la producción está condicionada por la reproducción, y si bien el punto de partida de la producción comunista sólo puede ser el del fin del capitalismo, la nueva sociedad necesita en cualquier caso transformaciones adecuadas en los objetivos y en los métodos de la producción. Los procedimientos empleados en estas transformaciones y los resultados obtenidos permitirán elegir el modo de distribución adecuado, tanto según las partes de la producción como según las variables necesidades reales. Además, es también posible que una destrucción parcial de la base de la producción, como consecuencia de la lucha de clases necesaria para la transformación social, excluya la distribución según el tiempo de trabajo, sin que por esto sea imposible una distribución igualitaria, por ejemplo, por

medio de racionamientos. Y esta distribución igualitaria podría ser determinada por el propio trabajador, sin el giro vicioso del cálculo del tiempo de trabajo. Pero los *Principios fundamentales* parten de un sistema económico comunista «normal», esto es, de un sistema ya impuesto y con condiciones propias de reproducción. En condiciones semejantes, una distribución ligada al tiempo de trabajo parece superflua.

Es verdad que la «relación exacta entre el productor y el producto» auspiciada en los *Principios fundamentales* concierne solamente a la parte individual de la producción —después de la sustracción de las partes de la producción que competen al consumo y a la reproducción de la producción social—. El proceso de socialización se expresa en la disminución del consumo individual y el aumento del consumo público, por lo que el desarrollo comunista tiende a fin de cuentas a abolir el cálculo del tiempo de trabajo en la distribución. La estructura económica sin mercado necesita de la organización de los consumidores en cooperativas (en contacto directo con las empresas) en las cuales las necesidades individuales, referentes al consumo y a la producción, puedan expresarse colectivamente. Es una pena, sin embargo, que ésta sea la parte menos elaborada de los *Principios fundamentales*, cuando precisamente la presunta libertad de consumo de la economía de mercado es utilizada por el capitalismo para hacer la apología de sí mismo. En realidad, es perfectamente posible establecer las necesidades del consumo sin necesidad del mercado, y aún mucho mejor, que lo hace el mercado, porque en la sociedad comunista desaparecen las deformaciones de la demanda del mercado, causadas por una distribución ligada a la existencia de clases sociales.

También en la producción un cálculo exacto sólo puede realizarse aproximadamente, ya que el proceso de trabajo y de reproducción está sujeto a constantes cambios. El cálculo del tiempo de trabajo socialmente medio para la producción global está sujeto a ciertas dilaciones, y los resultados obtenidos están siempre retrasados con respecto a la reproducción efectiva. La «exactitud» del cálculo se refiere a un momento pasado, y por mucho que sea posible acortar los tiempos de indagación por medio de métodos e instrumentos modernos, el tiempo de trabajo socialmente medio varía constantemente. Esta falta de exactitud no es un obstáculo insuperable para el cálculo de la producción y de la reproducción social, tanto al nivel mismo de la producción como a nivel superior. Pero la situación real diferirá de la calculada, y solamente en la diferencia encontraremos el estado real de la

producción. En el cálculo del tiempo de trabajo no se trata de obtener la adecuación completa del tiempo de producción, obtenido mediante la unidad de medida, al tiempo medio de trabajo efectivamente empleado y a la producción resultante, sino de ordenar y distribuir el trabajo social, cosa que por su propia naturaleza podrá obtenerse sólo de forma aproximada. Para una economía comunista planificada, un resultado así es perfectamente aceptable.

Los autores de los *Principios fundamentales* conciben la organización productiva de manera que «la relación exacta entre el productor y el producto llegue a ser la base del proceso de producción social». Ven esto como el «problema fundamental de la revolución proletaria», porque sólo de esta manera se puede evitar que se alce un aparato por encima de los productores. Sólo por medio de una definición de la relación entre el producto y el productor «se puede abolir la función de los dirigentes y de los administradores en el reparto del producto social». El presupuesto necesario para una sociedad sin clases es pues la autodeterminación de la distribución por parte de los productores. En verdad, la determinación de la relación directa entre productor y producto sólo puede ser el resultado de una revolución proletaria victoriosa, que establece el sistema de los Consejos como organización social. En este caso, la necesidad de regular el proceso productivo en función de la distribución puede ser menor. Se puede imaginar una distribución controlada de los medios de consumo tan bien como una no controlada, sin que esto haga necesaria la existencia de nuevos estratos privilegiados. Por lo demás, la sola asunción de una norma para la distribución no es condición suficiente para el establecimiento de una economía comunista: ésta, en efecto, no debe basarse simplemente en la participación de los productores en el producto social sino más allá de estos problemas, en las condiciones materiales de la producción social.

En el capitalismo, la distribución, está regulada sólo aparentemente por el mercado. Si bien la producción debe realizarse basándose en el mercado, el mercado mismo está determinado por la producción de capital. En la base del proceso de producción están la producción del valor de cambio y la acumulación del capital. El valor de uso aparece en la producción sólo como un medio para aumentar el valor de cambio. Las verdaderas necesidades de los productores pueden ser tenidas en cuenta sólo si coinciden con los imperativos de la acumulación. La producción, producción de plusvalía, se regula en la economía de mercado automáticamente según las relaciones del

valor de cambio, que no coinciden sino accidentalmente con las relaciones del valor de uso. La sociedad comunista produce sólo para el uso y debe por ello adecuar la producción y la distribución a las necesidades reales de la sociedad. La producción es anterior a la distribución, aunque esté determinada por las necesidades de los consumidores. Pero la organización de la producción necesita bastante más que la determinación exacta de la relación entre productor y producto: necesita del control de las necesidades y de las capacidades de producción de toda la sociedad, en sus formas físicas, y de una distribución adecuada del trabajo social.

El sistema de los Consejos no se podrá hacer a menos que se creen instituciones que hagan posible una supervisión sobre las necesidades y las posibilidades del conjunto social. Los conocimientos así obtenidos deben dar lugar a decisiones que no pueden ser tomadas por cada organización de fábrica. La estructura del sistema de los Consejos debe ser tal que regule la producción centralmente, sin por esto condicionar la autonomía de los productores. En las mismas fábricas, además, la ejecución de las decisiones de los trabajadores se dejará a los Consejos, sin que por esto deba surgir una primacía de los Consejos sobre los trabajadores. También, desde una óptica más global, en la producción nacional, se pueden encontrar métodos organizativos que coordinen las instituciones por encima de las fábricas, bajo el control de los productores. Pero esta solución de la contradicción centralismo-federalismo que es por otra parte auspiciada en los *Principios fundamentales*, no podrá resolverse simplemente por medio de un «registro del proceso económico en la contabilidad social general» muy probablemente serán necesarios órganos particulares, integrados en el sistema de los Consejos, que se ocupen específicamente de la organización económica.

En los *Principios fundamentales* el rechazo de una administración central de la producción y distribución dirigida por el Estado se basa en la experiencia rusa, lo que en realidad no afecta al sistema de los Consejos, sino al capitalismo de Estado. Pero también aquí, la producción y la distribución no son obra de organismos de planificación sino del Estado que se sirve de estos organismos de planificación como instrumentos. Es la dictadura política del aparato estatal sobre los trabajadores, y no una planificación de la economía, lo que ha llevado a un nuevo tipo de explotación de la cual participan también las autoridades de la planificación. Sin la dictadura

política del aparato estatal, los trabajadores no estarían obligados a someterse a la administración central de la producción y la distribución.

La primera condición de la producción y la distribución comunista es, pues, que no exista ningún aparato estatal al lado o por encima de los Consejos, y que la función «estatal», la supresión de las tendencias contrarrevolucionarias sea ejercida por los mismos obreros, organizados en sus Consejos. Cualquier partido que, como fracción de los trabajadores, aspire al poder estatal o se coloque como aparato estatal después de la toma del poder, intentará sin duda ser quien controle la producción y la distribución, y reproducir este control para mantener las posiciones obtenidas. Si existe el control de la mayoría por parte de una minoría, entonces seguirá existiendo la explotación. El sistema de los Consejos no puede dejar subsistir a su lado ningún Estado, a menos que renuncie a sí mismo. Pero sin este poder estatal separado de la sociedad, cualquier planificación de la producción y la distribución sólo puede ser llevada a cabo por el sistema de los Consejos. Los organismos de planificación vienen a ser también de las empresas que junto a otras empresas se funden en un único sistema de Consejos. A propósito de esto, se dice ahora que también la clase obrera en su composición está sujeta a continuos cambios. Los *Principios fundamentales* consideran al proletariado industrial reunido en las empresas como la clase socialmente determinante. El sistema de los Consejos basado en las empresas determina la estructura de la sociedad y obliga a otras clases, por ejemplo, a los campesinos independientes a integrarse en el nuevo sistema económico-social. En los últimos 40 años, la clase obrera —es decir, el estrato de los que perciben una paga o un salario— ha aumentado, pero —en relación con el conjunto de la población —el número de trabajadores industriales ha disminuido. Una parte de los empleados trabaja en las empresas junto a los trabajadores manuales, otra en el campo de la distribución y la administración. Ya que la producción depende cada vez más de la ciencia, y las fuerzas productivas de la ciencia superan «tendencialmente» a las del trabajo directo, también las universidades, al menos en parte, pueden ser vistas como «empresas». Y si en el capitalismo plusvalía significa siempre trabajo no pagado (plustrabajo) cualquiera que sea el estado de la ciencia, la riqueza social en el comunismo se presenta no como un crecimiento del trabajo, sino como la continua reducción del trabajo necesario, consecuencia del desarrollo científico libre de las limitaciones capitalistas. La producción se socializa progresivamente como consecuencia

de la creciente participación de las masas en el proceso de producción, masas obreras que sólo pueden existir en la más estricta colaboración y en la recíproca compenetración en todos los tipos de trabajo. En pocas palabras, la noción de clase obrera se amplía, es más extensa hoy que hace 40 años. Los cambios en la organización del trabajo contienen ya una superación de la división del trabajo, de la división entre trabajo manual e intelectual, entre oficina y fábrica, entre trabajadores y directores: es un proceso que, mediante la participación de todos los productores en la producción ahora orientada socialmente, puede llevar a un sistema de consejos que incluya a toda la sociedad y que así ponga fin a la dominación de clase.

Se puede compartir la desconfianza de los *Principios fundamentales* frente a los «jefes, técnicos y científicos» que se arrojan el derecho de dirigir la producción y la distribución, sin por ello olvidar que aparte de los jefes, los otros son productores. Precisamente el sistema de los Consejos los coloca junto a todos los demás productores, y los arranca de la posición privilegiada que ocupan en el capitalismo. A pesar de todo, como los pasos atrás en el campo social son posibles, es claro que, incluso un sistema de Consejos puede degradarse; por ejemplo, a causa del desinterés de los propios productores en su autonomía y el consiguiente paso de las funciones de los Consejos a exponentes internos del sistema, que se vuelven independientes de los productores. Los autores piensan que se puede evitar este peligro por medio del «nuevo cálculo de la producción como base general de la producción». Pero como este cálculo de la producción debe ser, ante todo dictado prácticamente, el efecto esperado puede entonces perderse por una serie de modificaciones. En la exposición de los autores, el sistema, una vez implantado, se presenta como suficiente. Por medio del «funcionamiento objetivo de la producción», del control de ésta en relación a la reproducción, se defienden del ordenamiento que permite la personalización de las decisiones, como ocurre en el capitalismo de Estado.

El nuevo sistema de producción y distribución garantiza en sí mismo la sociedad comunista, aunque en realidad el «funcionamiento objetivo de la producción» está siempre garantizado por personas. También en el capitalismo hay un «funcionamiento objetivo» de la producción, que viene dictado por la ley del mercado, a la cual todas las personas están sujetas. Es el sistema quien domina al hombre. Esta visión fetichista del sistema encubre la realidad de las relaciones sociales de explotación del hombre por el hombre. Detrás de las categorías económicas están clases y personas, y

cada vez que el fetichismo del sistema es sobrepasado, vuelve a la luz la lucha abierta entre clases y personas. Si bien también el comunismo es un sistema social, éste no actúa por encima de los hombres, sino según los hombres. No tiene una vida propia a la que las personas deban forzosamente adaptarse; el «funcionamiento objetivo de la producción» está determinado por personas, pero por personas que forman parte del sistema de los Consejos.

Estas pequeñas observaciones críticas serán suficientes para indicar que en los *Principios fundamentales* no se nos presenta un programa acabado, sino que se trata de un primer intento de acercarse al problema de la producción y la distribución comunista. Y aunque los *Principios fundamentales* tratan de un estado social del futuro, constituyen al mismo tiempo un documento histórico que arroja luz sobre una etapa de las discusiones del pasado. Sus autores trataban las cuestiones de la socialización de hace más de medio siglo, y algunos de sus argumentos han perdido actualidad; con el tiempo los *Principios fundamentales* intervienen en la disputa, ya superada, entre los teóricos de la economía natural y los representantes de la economía de mercado, mostrando las posiciones equivocadas de ambos.

En general, el socialismo no se considera ya como una nueva sociedad, sino como una variante del capitalismo. Los defensores de la economía de mercado hablan de una economía de mercado planificada, mientras que los defensores de una economía planificada se sirven de la economía basada en el mercado. La organización de la producción fundada sobre el valor de uso no excluye la distribución desigual de los bienes de consumo mediante la manipulación de los precios. Las «leyes económicas» son consideradas independientes del tipo de sociedad, y todo lo más se discute ahora sobre qué mezcla de capitalismo y de socialismo es más «económica».

El «principio económico», es decir, el principio de la racionalidad económica que, como se suele decir, es la base de toda ordenación social y que se presenta como la realización del máximo resultado con el mínimo costo, en realidad no es sino el clásico principio capitalista de la producción con vistas al beneficio, que tiende siempre a la máxima explotación. El «principio económico» de la clase obrera, en consecuencia, no es otro que la abolición de la explotación. Tal principio, del que parten los Principios fundamentales, ha sido hasta hoy letra muerta para los trabajadores. Aparte de la clara explotación en los países llamados «socialistas», las académicas charlas en los países capitalistas a propósito del socialismo se refieren sólo a sistemas de capitalismo de Estado. La «propiedad socialista» de los medios

de producción es considerada siempre como propiedad del Estado. La distribución administrativa de los bienes, con o sin mercado, es siempre objeto de decisiones centrales. Como en el capitalismo, la explotación se da en dos formas: mediante la separación continua de los productores de los medios de producción y mediante la monopolización del poder político. Y donde se ha concedido o impuesto a los trabajadores una especie de derecho a la cogestión, el mecanismo de mercado une a la explotación estatal, la autoexplotación. Por muchos puntos débiles que se puedan encontrar en los Principios fundamentales, en la situación actual siguen siendo, hoy como mañana, el punto de partida de todas las discusiones y esfuerzos serios para la realización de la sociedad comunista.

Febrero 1970 — Paul Mattick

Objetivo⁵

El desarrollo del capitalismo conduce a crisis cada vez más graves, que se reflejan en un aumento constante del desempleo y en una perturbación cada vez más profunda del sistema de producción. Así, millones de trabajadores quedan fuera de la producción y se les deja morir de hambre. Al mismo tiempo, las contradicciones entre las diferentes naciones se agravan cada vez más, lo que hace que la guerra económica acabe en una nueva guerra mundial.

El creciente empobrecimiento y la creciente inseguridad de la existencia obligan a la clase obrera a iniciar la lucha por el modo de producción comunista. En esta lucha, el Grupo de Comunistas Internacionalistas anima a los trabajadores a asumir por sí mismos la gestión, la administración de la producción y la distribución de acuerdo con las normas generalmente aceptadas en la sociedad, para realizar la Asociación de Productores Libres e Iguales.

El GIKH ve el progreso esencial del movimiento obrero en el desarrollo de la autoconciencia de los trabajadores. Por ello, se enfrenta a la política dirigista de los partidos parlamentarios y del movimiento sindical con el lema:

¡Todo el poder a los Consejos de Trabajadores!⁶

¡La producción en manos de las organizaciones de trabajadores en las empresas!⁷

⁵ Este texto sirvió como declaración de principios en todas las ediciones del GIKH en el periodo entre las dos guerras mundiales.

⁶ Hemos elegido la palabra «consejos de trabajadores» como traducción del holandés «arbeidersraden». Desde la perspectiva del GIKH, el movimiento de los consejos no se limita a los trabajadores de las fábricas o a los obreros industriales. Es un movimiento general de la clase obrera por la abolición del trabajo asalariado. Por lo tanto, el GIKH se adhiere a la idea de una clase obrera general, compuesta por varios sectores y fracciones de clase. [NT]

⁷ La palabra alemana «Betriebsorganisation», en holandés «bedrijfsorganisatie» (B.O.), tiene un significado específico en el comunismo de los consejos. Se trata de la organización de (casi) todos los trabajadores de una empresa u otro lugar de trabajo. En el capitalismo, esta organización se crea en la lucha abierta de los trabajadores y desaparece con esta lucha. Sólo cuando la lucha de los trabajadores se hace permanente, la B.O. también lo es. Después de que la clase obrera haya tomado el poder a través de sus consejos (una centralización de las B.O.), los trabajadores -organizados permanentemente como B.O. -gestionará la producción y la distribución. Como en portugués no existe la palabra B.O., la traducimos como

Prólogo

Estos *Principios Fundamentales* nacieron tras cuatro años de investigación y discusión entre los Grupos de Comunistas Internacionalistas de Holanda. La primera edición fue publicada en 1930 en alemán por la editorial de las organizaciones empresariales revolucionarias, organizadas en la Allgemeine Arbeiter Union Deutschlands (A.A.U.D.) - Neuer Arbeiterverlag Berlin [Unión General de Trabajadores de Alemania - Nueva Editorial Obrera, Berlín].

Debido a las dificultades financieras, no fue posible llegar a una edición holandesa en formato de libro normal. Por ello, hemos recurrido a una forma de publicación menos habitual, publicándola por partes como apéndice del Material de Prensa de la Internacional Comunista (P.I.C.). Haciendo de la necesidad virtud, hemos revisado todo el manuscrito, por lo que esta edición no es la misma que la alemana. En cuanto al contenido, no se han introducido cambios sustanciales, pero se ha modificado el ordenamiento del material y diversas formulaciones y, en nuestra opinión, también se ha mejorado.

Esperamos que estos *Principios Fundamentales* se conviertan en objeto de una discusión profunda y contribuyan así a una mayor claridad y unidad en el objetivo del proletariado revolucionario, para que las fuerzas aún divergentes se unan ahora en la misma corriente.

Junio de 1931, G.I.K.H.

«organización en la empresa», aunque en sentido estricto no existe la función capitalista de patrón o empresario cuando los trabajadores gestionan ellos mismos la producción y la distribución. Por lo tanto, el GIKH se refiere únicamente a los trabajadores que se organizan en la empresa (o en los centros de trabajo) y no a los directivos o capitalistas propietarios de la empresa. [NT]

Prefacio a la segunda edición (1935)

Durante la discusión de la primera edición de estos *Principios Fundamentales*, quedó claro que este libro se entiende a menudo como una especie de «plan», que necesita ser propagado con diligencia hasta que las amplias masas se familiaricen con los procedimientos en las empresas en base al tiempo. Por supuesto, ésta no puede ser nunca la intención de los autores, que se basan en el materialismo histórico. El conjunto de ideas, que podemos resumir en dos palabras como «el ideal del futuro», no surge «a través de los libros» o de la propaganda oral. Los libros sirven para poner orden en las experiencias pero no mucho más. Sólo pueden hacernos conscientes de las verdades que hemos vivido y situarlas en un contexto más general. Las grandes masas leen poco o nada y, sin embargo, ciertas prácticas de la vida cotidiana surgen como un ideal político y económico. Así, el ideal político-económico de las masas, tanto socialistas como comunistas, así como de los trabajadores católicos, cristianos y neutrales, es actualmente que el Estado sea el gran y general defensor de sus intereses. El efecto práctico de esto es que las masas aspiran al capitalismo de Estado, aunque no sean conscientes de ello.

Esta orientación capitalista de Estado no fue creada por la propaganda o «por los libros», sino que cristalizó en las masas como una verdad vivida en el período que dejamos atrás. En la época anterior de la lucha parlamentaria por la reforma social, del desarrollo sindical, en la que los sindicatos se convirtieron en organismos semiestatales, las masas vieron aumentar su nivel de vida en comparación con, por ejemplo, cien años antes. A sus ojos, el Estado se convirtió en la gran palanca que ordenaría cada vez más la vida social en beneficio de las masas, lo que condujo a la idea de que el Estado opresor del pasado debía convertirse en un Estado de bienestar para todos. Por eso el nacionalsocialismo fue y es capaz de arraigar tan profundamente en las amplias masas.

En el próximo período de lucha de clases, las condiciones de lucha serán completamente diferentes. La democracia parlamentaria de los partidos políticos y la democracia económica de los convenios colectivos ya no tendrán ningún efecto sobre las masas, por lo que éstas se verán abocadas, voluntaria o involuntariamente, a movimientos de masas que se dirigen a sí mismos. De este modo, el Estado ya no aparece como patrón del nivel de vida, sino como representante directo del gran capital. En esta imponente lucha entre el capital y el trabajo, que completa todo un período de desarrollo, se revoluciona la visión de la lucha de clases y con ella al mismo tiempo el ideal

del futuro del Estado capitalista. Cada movimiento de masas bajo su propia dirección muestra en miniatura lo que un día será el principio general de la vida social: las masas toman aquí su destino en sus propias manos, realizando todas las tareas necesarias para la lucha, ya sea por sí mismas o a través de trabajadores elegidos por ellas y responsables ante ellas. El proceso de desarrollo que se avecina es la rampa para este crecimiento de la unidad de clase. Y sólo cuando esta unidad de clase forme parte del patrimonio común de las masas, será lo suficientemente fuerte como para derrocar al capitalismo. Y sólo en este sentido puede hablarse de que la nueva sociedad nace del vientre de la antigua. La autodeterminación de las masas, nacida de la necesidad de la lucha, se convierte entonces en el principio rector de la nueva organización de la vida social. Así, la propia lucha de clases es la verdadera fuerza motriz en la destrucción del ideal de masas de un capitalismo de Estado en el futuro.

Por lo tanto, este libro nunca podrá sustituir esta lucha de clases. Sólo quiere expresar económicamente, lo que sucederá políticamente. Para ello, era necesario tomar como punto de partida no la abolición de la propiedad privada de los medios de producción, sino la abolición del trabajo asalariado. Esto es lo que irradian todos los pensamientos. Y nuestra investigación nos lleva a la conclusión de que los trabajadores, llegando al poder en movimientos de masas, sólo pueden mantener este poder político si suprimen el trabajo asalariado en la vida económica, tomando el cálculo del tiempo de trabajo como el eje central alrededor del cual se mueve la vida económica.

Por último, algunas observaciones. La edición alemana de esta obra, puesta en el mercado en 1930 por la Allgemeine Arbeiter Union, fue confiscada y destruida. Un breve resumen del libro se publicó en alemán en Kampfsignal (Nueva York) y en inglés en Council Correspondence (Chicago). Con la reorientación de los grupos revolucionarios de la clase obrera alemana, se encuentra por primera vez un grupo del movimiento obrero alemán que vincula directamente la lucha por los consejos obreros con la introducción del comunismo basado en el cálculo del tiempo de trabajo. Aquí el trabajo es la categoría central que da una nueva realidad a las relaciones mutuas de las personas en la vida social; el trabajo será la base de las nuevas relaciones jurídicas.

En esta segunda edición no se han introducido cambios de principio respecto a la primera. Sin embargo, se han ampliado un poco varios capítulos, por ejemplo la parte sobre «Trabajo asalariado y comunismo de Estado», al tiempo que se vuelve a llamar la atención sobre el hecho de que la igualdad de derechos respecto con los bienes de consumo funciona en la

práctica como un derecho desigual. También se ha añadido un nuevo capítulo sobre el control de la producción.

Enero de 1935, G.I.K.H.

Gruppe Internationaler

Kommunisten (Holland)

**Grundprinzipien
kommunistischer
Produktion
und
Verteilung**

Der Titel vorstehenden Werkes, einer **Kollektiv-**
Arbeit, spricht für sich.

Wer Interesse hat, bestelle!

Brosch. 1.50 M., Ganzln. 2.50 M.

Neuer Arbeiter-Verlag

Ausfg.: Fr. ROTHER, BERLIN O 112, Grünbergerstr. 4

Postscheck: Berlin 117 841

Capítulo 1

Los puntos de partida de los principios fundamentales de la producción y distribución comunista

A) *Los comités de trabajadores como base organizativa*

En nuestro documento «Los principios fundamentales de la producción y la distribución comunistas», la aplicación del comunismo se ve de una manera completamente diferente a la que ha sido habitual en el movimiento obrero hasta ahora. Fue en parte el curso de la revolución rusa lo que planteó la necesidad de investigar mejor los problemas de la vida económica comunista.

Un segundo hecho, que obligó a una mayor investigación, es la cuestión agraria. En nuestro escrito *Líneas de desarrollo en la agricultura*, mostramos que la producción agrícola está completamente socializada, que la empresa campesina ha cambiado a la «producción industrial», que aun así la cuestión agraria sigue bloqueando la implantación del «socialismo» o «comunismo» tal y como se entiende habitualmente en la clase obrera. La empresa agrícola no se deja integrar orgánicamente en el «comunismo». Esto nos lleva a concluir que toda la concepción de este «comunismo» debe ser errónea.

El tercer punto, y de ninguna manera el menos importante, que obligó a investigar los problemas de la producción y la distribución comunistas, fue el fenómeno de que la clase obrera se sirvió en la revolución de otras formas de organización diferentes a las del período de las «mejoras en las condiciones de trabajo» pacíficas.

La estructura organizativa del movimiento obrero revolucionario surgió en forma de *organizaciones de empresa de los trabajadores y consejos obreros*.

En efecto, existe un estrecho vínculo entre la estructura organizativa de un movimiento y las ideologías, el mundo del pensamiento, que lo sustentan. Este vínculo es tan estrecho que puede decirse que la estructura está en función de las ideologías. Así, las estructuras de las organizaciones de las diferentes corrientes del movimiento obrero encuentran su paralelismo en las diferentes ideas dentro del movimiento sobre la construcción de la sociedad comunista. Cuando los cambios estructurales se manifiestan en la lucha de clases, son indicios seguros de que se han producido importantes transformaciones ideológicas, que ahora encuentran su expresión organizativa.

En los períodos revolucionarios se producen importantes transformaciones ideológicas con una velocidad vertiginosa. El objetivo de

los trabajadores se vuelve totalmente diferente: se radicaliza totalmente. Una de las lecciones más importantes que nos aportó el período revolucionario de 1917-1923 es que las ideologías que se transforman dejan una expresión organizativa diferente a la ideología del movimiento obrero tradicional. La lucha más violenta, incluso sangrienta, tiene lugar contra el movimiento obrero tradicional porque se resiste enérgicamente al nuevo universo de pensamientos de los trabajadores radicalizados. Las organizaciones de empresa y los consejos de trabajadores son las armas organizativas con las que los trabajadores llevan a cabo la revolución.

La importancia de la idea de los consejos obreros al principio de la época revolucionaria se muestra, por ejemplo, en un comentario de D. J. Struik en el diario «*De Nieuwe Tijd*» (Los Nuevos Tiempos, año 1919, p. 466) a propósito de la *resolución sobre los consejos* adoptada entonces por el CPH (Partido Comunista Holandés):

«Nada explica más claramente el progreso en nuestra comprensión de las leyes de la revolución, que nuestra declaración sobre el sistema de los Consejos. Hace dos años esta declaración habría sido prácticamente imposible, y hace tres años incluso los pensadores más inteligentes de la Internacional no podían decir casi nada sobre el significado de los Consejos tal como los vemos hoy. Será difícil citar declaraciones con este espíritu en la literatura de antes de la guerra (...) En todas partes, hasta la Revolución de Febrero de 1917, sólo se hablaba de las necesarias transformaciones de las formas políticas y económicas, a las que la revolución se encargaría de dar forma. Nadie se ha atrevido a dar una mejor explicación de ello, que sepamos, al menos no a este lado del río Weichsel. Rosa Luxemburg escribe sobre la huelga de masas en todo su libro sólo una vez, de forma casual, sobre el Consejo Obrero de Delegados de 1905; Trotsky, en su libro sobre la primera revolución rusa, discute ampliamente la historia, la importancia y el poder de este primer Consejo, pero no profundiza en el análisis del propio sistema de consejos. E incluso en los escritos marxistas que aparecieron durante la primera mitad de la Guerra Mundial, en los «*Lichtstrahlen*» (Rayos de Luz), en los «*Vorbote*» (Precursores), no hay ninguna referencia al Soviet de Petrogrado de 1905.

El hecho de que la idea del soviét comenzara a tener una base tan firme poco después del estallido de la Revolución de Febrero de 1917 es totalmente una consecuencia de la práctica de la revolución (...)

Si alguna vez es cierta la palabra de Mehring de que «la intuición de las masas en acción puede ser más ingeniosa que el genio más grande, es este caso».

La lección importante y positiva que nos ha aportado el período revolucionario de 1917-23 es que hemos visto aparecer las formas en que se desarrolla la revolución proletaria, al mismo tiempo que han aparecido las ideologías de las que estas nuevas formas son expresión. La toma del aparato productivo social se realiza mediante la organización de los trabajadores en la fábrica y su síntesis, los consejos obreros. Por consiguiente, la investigación de los problemas de la producción y distribución comunista debe partir de esta base.

Los consejos obreros volverán a ser el pilar
de toda la humanidad en la tierra.
Como las flores en una gran granja
Reflejan la luz suprema del sol.
Son la suprema comunidad de todos,
Son el rechazo a la soledad,
En el que cada hombre, mujer y niño
Encuentran su único destino, la humanidad.
Los consejos obreros son como la luz,
Son la paz, la tranquilidad y la felicidad,
Son la verdad y la fuente de la verdad.

Son la firmeza total
De la humanidad, las coyunturas del trabajo,
Son la salvación de la humanidad,
- son la luz.⁸
(Herman Gorter)

B) La explicación marxista de la dominación de la clase obrera

Más allá de las organizaciones por empresa, el segundo punto de partida de los principios fundamentales de la economía comunista⁹ es la explicación

⁸ Poema traducido del neerlandés por Herman Gorter (1864-1927), poeta y comunista neerlandés. [NT]

⁹ La palabra «economía» es la traducción al portugués del término holandés «bedrijfsleven». Como tal, tanto el capitalismo como el comunismo tienen una economía. Sin embargo, cada una de estas economías se rige por diferentes «leyes del movimiento» (beneficio frente a necesidades humanas), y utilizan diferentes medidas (dinero frente a tiempo de trabajo), como subraya el GIKH. [NT]

marxista de la dominación y explotación de la clase obrera en la sociedad capitalista. No se trata aquí, en primer lugar, de aferrarse a las citas de «*El Capital*», sino de dejarse llevar por el razonamiento general, lo esencial, del análisis de Marx.

La dominación y la explotación son causas, extremadamente simples e inmediatamente comprensibles para todo el mundo: residen en el hecho de que el trabajador está separado de los medios de producción. El capitalista es dueño de los medios de producción, el trabajador es dueño de su trabajo: el capitalista es dueño de las condiciones en las que el trabajador tiene que trabajar. Como resultado, el trabajador está *económicamente* completamente privado de derechos (incluso si la democracia política alcanzara su máxima perfección), y por lo tanto es completamente dependiente del capital. Mediante el derecho a disponer de los medios de producción, la clase poseedora también tiene el derecho a disponer de la fuerza de trabajo, es decir: *domina a la clase obrera*.

El derecho a disponer de los medios de producción, ejercido por la clase dominante, coloca a la clase obrera en una relación de dependencia del capital.

¡Eso es lo principal!

El hecho de que la clase obrera esté separada de los medios de producción implica que no es dueña del producto manufacturado. Los trabajadores no tienen nada que ver con los bienes que producen; no les pertenecen a ellos, sino a su patrón. Lo que ocurre con sus productos, la forma en que el fruto de su trabajo pasa a la sociedad, no les concierne: sólo tienen su trabajo para vender y recibir a cambio su «salario»: son trabajadores *asalariados*.

No puede ser de otra manera. La disponibilidad del aparato productivo implica la disponibilidad del producto fabricado. Son dos caras diferentes de la misma cosa. Son funcionalmente dependientes; la una no existe sin la otra; la una sólo existe *a través* de la otra. *Como* los trabajadores no tienen control sobre el aparato productivo, *por lo tanto* no tienen control sobre el producto fabricado; *por eso* están controlados, *por eso* son trabajadores asalariados.

El trabajo asalariado es la expresión del hecho de la separación entre el trabajo y sus productos, del hecho de que los trabajadores no tienen nada que decir ni sobre el producto ni sobre el aparato productivo. *El trabajo asalariado* es el signo inequívoco de la «boca silenciada» de la clase obrera, de su dominación por quienes en la sociedad poseen el aparato productivo y sus productos.

Tan simple como la base de la dominación de la clase obrera es la *formulación* de la abolición de la esclavitud asalariada (¡aunque la aplicación práctica no sea tan sencilla!). Esta abolición sólo puede tener lugar cuando

se suprime la separación entre el trabajo y el producto del trabajo, cuando se devuelve a los trabajadores el derecho a disponer del producto del trabajo y, por tanto, también de los medios de producción.

Esta es la esencia de la producción comunista.

Por supuesto, esto ya no puede ser como antes, cuando el artesano disponía de sus herramientas y del producto de trabajo. Hoy la sociedad ya no conoce el trabajo «individual», independiente y aislado; ha pasado a la producción socializada, al proceso productivo socializado, donde cada uno es sólo una rueda en el engranaje del Gran Total. Por ello, los trabajadores deben ser ahora *poseedores* colectivos de los medios de producción. *Pero una propiedad colectiva que no implique al mismo tiempo el derecho a disponer de ella está errando el tiro.* La propiedad colectiva no es el *fin* en sí mismo, sino sólo el medio para hacer posible que los trabajadores tengan derecho a disponer de los medios de producción, para abolir la separación entre el trabajo y el producto del trabajo, para poder abolir el trabajo asalariado.

C) *La confusión de fines y medios*

Aquí reside la debilidad actual del movimiento obrero. Su objetivo es convertir los medios de producción en propiedad colectiva sin darse cuenta de que el problema de un nuevo método de producción *sólo* se planteará realmente después de la transición a la «propiedad colectiva». La clase obrera cree erróneamente que el comunismo llega «automáticamente» en cuanto se suprima la maldita propiedad privada de los medios de producción. Creen erróneamente en la suposición de que con ello el trabajo asalariado desaparecerá necesariamente.

El *verdadero objetivo proletario* sólo puede ser éste: que los trabajadores conquisten el derecho a disponer de los medios de producción, así como de los productos, y que de esta manera puedan así abolir realmente el trabajo asalariado. Sólo entonces la clase obrera llega a ser «libre». El poder de disponer colectivamente de la producción por parte de los productores *libres* es la base de la sociedad comunista.

Pero los productores libres no pueden disponer *arbitrariamente* de los medios de producción, como hacen los «productores libres» del capitalismo (dueños de las fábricas o «dirigentes»). Si la disponibilidad es arbitraria, no se puede hablar de *disponibilidad colectiva*. La primera condición para hacer posible una disponibilidad colectiva del aparato productivo es, por tanto, que la producción en régimen de disponibilidad colectiva se lleve a cabo de acuerdo con reglas generalmente aceptadas; reglas que sirven de base a todo el trabajo social. Sólo entonces es posible la toma de decisiones colectiva y actuar conjuntamente. Por lo tanto, los productores libres deben crear reglas

de *producción iguales* para todos los productores. Así, los productores libres se convierten al mismo tiempo en *productores* iguales. De este modo, las organizaciones empresariales encarnan, en sus numerosas conexiones de los más variados tipos, **«la asociación de productores libres e iguales»**.

Visto en este marco, la condición de «igualdad» no aparece en absoluto como una reivindicación «ética» o «moral», sino que se desprende directamente de las condiciones necesarias de producción en la economía comunista. Aquí *la «igualdad» no es una categoría ética sino económica*: sólo pretende expresar que la producción en todas las empresas sigue las mismas reglas, para hacer posible una disponibilidad colectiva del aparato productivo. Hacer que estas reglas sean obligatorias para toda la producción es la tarea esencial de una *revolución proletaria*.

Vemos así como la reivindicación moral de igualdad que exigimos al comunismo, es decir, la igualdad de condiciones para el desarrollo de la individualidad, encuentra su piedra angular en la igualdad de producción.

Capítulo II

La «revisión» socialdemócrata del marxismo

A) *El error de intercambiar trabajo socializado a través de formas de organización que utilizan el capital para dominar este trabajo*

Tanto la socialdemocracia radical (los bolcheviques) como la socialdemocracia reformista «revisaron» la doctrina marxista precisamente en el punto crucial de la «asociación de productores libres e iguales». La socialización del proceso de trabajo no es, en el sentido marxista, más que la «producción de mercancías» que se convierte en el modo de producción dominante en el curso del desarrollo. Un círculo cada vez más amplio de productores trabaja exclusivamente para el mercado. Todos producen lo que ellos mismos no consumen. El producto fabricado es para los demás, todos trabajan para la sociedad, todos realizan un trabajo social. El propio capitalismo es el gran revolucionario que, en el curso de su desarrollo, ha sacado a los productores de su antiguo modo de producción y, al servicio del capital, los lanzó a un proceso de producción que ha abolido las antiguas condiciones patriarcales del trabajo; al romper toda referencia a la persona o a la familia. El capitalismo ha llevado a todos a un estado en el que cada uno, despojado de toda propiedad, sólo tiene su propia energía laboral para participar en el proceso de producción socializado.

La socialdemocracia hizo (y sigue haciendo) del proceso de socialización de la producción algo completamente diferente. El progreso constante de la producción socializada se traduce en el crecimiento constante de la formación de trusts, consorcios y cárteles. Vio la socialización en la forma en que se *organiza* la producción capitalista. En realidad, ésta es sólo la forma en que los capitalistas (privados o colectivos) organizan y concentran el *derecho a disponer* de los medios de producción, del producto social y del trabajo social. La socialdemocracia confunde las formas específicamente capitalistas de organizar el *control* del trabajo social ¡con el trabajo social mismo!

Esta confusión también se da en los bolcheviques; ellos ven el comunismo como una «economía popular» formada por empresas estatales modernas como los ferrocarriles y las oficinas de correos.

No es de extrañar que, en esta confusión de términos, la visión del socialismo y del comunismo tome una dirección completamente diferente de la visión marxista de la socialización del trabajo. Así, tanto para la socialdemocracia radical como para la reformista, el *trust vertical* -la forma capitalista de organizar la producción desde la materia prima hasta el consumidor- se convierte en la forma ideal del modo de producción

comunista: «Organizar toda la economía nacional como lo está el correo (...) he ahí nuestro objetivo inmediato»¹⁰.

Es obvio que con esta concepción, la vía al socialismo debe aparecer a la clase obrera de tal forma que conquiste el poder político, el Estado, y al mismo tiempo tenga en sus manos el aparato central, creado por el propio capital, de la producción capitalista.

Así, el conocido marxista de izquierdas «Parvus» muestra «lo fácil que es hacer la transición de la gran industria a la producción estatal».¹¹

Hilferding también pensaba: «Esto no significa otra cosa que nuestra generación se enfrenta al problema de transformar esta economía organizada y dirigida por los capitalistas en una economía dirigida por el Estado democrático, con la ayuda del Estado, con la ayuda de una regulación social consciente».¹² *Esta* es la visión general de la producción comunista que encontramos en todos los *matices* de la socialdemocracia.

Esta es la visión general de la producción comunista que encontramos en todos los matices de la socialdemocracia. Las diferencias sólo surgen cuando se trata de los medios, las tácticas a través de las cuales se puede lograr este estado social.

La socialdemocracia *reformista* elige el camino del sufragio universal, a través de la democracia burguesa. Quiere «conquistar» **este** Estado burgués-capitalista y someter así a las organizaciones del capital. Pero en realidad es el Estado, con los socialdemócratas en el gobierno, el que está sometido a las organizaciones del capital.

La *socialdemocracia radical* (bolchevique) combate ferozmente esta política. Exige la destrucción del Estado burgués en la revolución y la formación de un nuevo poder político por la organización política de la clase obrera: el Estado de la dictadura proletaria.

A través de este Estado, se creará por medios revolucionarios una organización económica central -según el modelo del trust capitalista (Lenin)- en la que se incorporarán empresas e industrias, en la medida en que estén «maduras» para ello. En otras palabras, aquellas ramas de la industria

¹⁰ Lenin, V.I.: *El Estado y la revolución*, capítulo 3, 3. *Abolición del parlamentarismo*, último párrafo.

¹¹ Parvus, *Der Staat, die Industrie und der Sozialismus* [El Estado, la industria y el socialismo], p. 112.

¹² Hilferding, Rudolf: *Die Aufgaben der Sozialdemokratie in der Republik* [Las tareas de la socialdemocracia en la república], p. 6. *Referat auf dem Parteitag zu Kiel* [Presentación en la convención del partido en Kiel], mayo de 1927.

que estén suficientemente concentradas por el capital para ser incluidas en la administración del Estado serán «nacionalizadas».

B) «Nacionalizar» y «socializar»

Aunque Marx no pintó un «retrato» de la vida económica en el comunismo, puede considerarse que, en su opinión, la regulación de la producción se llevaría a cabo «no por el Estado, sino por la vinculación de las asociaciones libres de la sociedad socialista»,¹³ una visión que, según el reformista Cunow, Marx heredaría de las corrientes liberal-anarquistas de su tiempo.

La gestión y administración de la producción debe ser llevada directamente por los propios productores y consumidores y no por mediación a través del Estado. La equiparación de Estado y sociedad es un invento de los últimos años.

Esta fue la posición adoptada por los socialdemócratas en torno a 1880-1890, donde, por ejemplo, se expresó muy claramente en un discurso pronunciado por el viejo Liebknecht en respuesta a los intentos de poner los ferrocarriles, las minas de carbón y otras grandes industrias en manos del Estado. Dijo: «Cuanto antes se dé cuenta la sociedad burguesa de que, a largo plazo, no podrá defenderse de la oleada de ideas socialistas, más cerca estaremos del momento en que se proclame con toda seriedad el socialismo de Estado y se ponga fin a la última lucha que debe librar la socialdemocracia bajo el lema: «Aquí la socialdemocracia - Allí el socialismo de Estado».

Cunow señala aquí: «En consecuencia, también el Congreso (del Partido Socialdemócrata) se declaró en contra de la nacionalización de las empresas; ya que la socialdemocracia y el socialismo de Estado se denominaron «opuestos irreconciliables».¹⁴

Sin embargo, en la lucha por la «reforma social», esta posición se abandonó en torno a 1900, y la «nacionalización», la puesta de las empresas de diferentes ramas de actividad a cargo del Estado o del municipio, se presentó como un progreso cada vez más progresivo hacia el socialismo. En la terminología socialdemócrata, estas empresas se denominan «empresas comunitarias», aunque los productores no tienen nada que ver con la gestión y la dirección.

La revolución rusa, asimismo, se ajustó totalmente al esquema de la «nacionalización» de la industria. También en este caso, las ramas de

¹³ Cunow, H: *Die Marxsche Geschichts-, Gesellschafts- und Staatstheorie* [La teoría de la historia, la sociedad y el Estado de Marx], Bd. I, p. 309

¹⁴ Cunow, como arriba, p. 340.

actividad que estaban «maduras» para ello se incorporaron al aparato central del Estado. En 1917, los productores empezaron a expropiar a los propietarios en varias empresas, para gran inconveniente de quienes querían dirigir y gestionar la vida económica «desde arriba». Los trabajadores querían organizar la producción sobre nuevas bases, según los principios comunistas.

En lugar de esto, se les dio gato por liebre: el Partido Comunista dio directrices, según las cuales las empresas debían unirse como trusts para ponerlas bajo dirección central. Las que no pudieron incluirse en el plan de gestión central fueron devueltas a los propietarios, porque estas empresas aún no estaban «maduras». Así vemos cómo en el primer Congreso Panruso de Consejos Económicos ya se tomó la siguiente decisión:

«En cuanto a la organización de la producción, necesitamos una nacionalización general. Es necesario pasar de la aplicación de la nacionalización de empresas individuales (de éstas, 304 fueron nacionalizadas y expropiadas) a la nacionalización efectiva de la industria. La nacionalización no debe ser una nacionalización «puntual» sino que debe ser llevada a cabo únicamente por el Consejo Económico Nacional Superior o el Consejo de Representantes del Pueblo, **con la aprobación del Consejo Económico Nacional Superior**».¹⁵

El Partido Comunista no dio, pues, ninguna directriz para que los *proprios* trabajadores integraran su empresa en la vida económica comunista, no proporcionó orientaciones para transferir efectivamente la gestión y el control del proceso productivo a la sociedad. Para él, la liberación de los trabajadores no era obra de los propios trabajadores, sino que la implantación del comunismo era función de los «hombres de ciencia», de los «intelectuales», de los «estadísticos» y de tantos otros nombres de estos señores ilustrados. El Partido Comunista creyó que bastaba con expulsar a los viejos capitanes industriales y asumir él mismo el derecho de mando sobre el trabajo, ¡para conducirlo todo al puerto seguro del comunismo! La clase obrera sólo servía para eliminar a los antiguos patrones del trabajo y sustituirlos por otros nuevos. Su función no era ni podía ir más allá, porque no existía ninguna base para la *autoorganización* por falta de reglas de producción de aplicación general.

¹⁵ Goldschmidt, A: *Die Wirtschaftsorganisation Sowjet-Russlands* [La organización de la economía de la Rusia soviética], p. 42. Subrayado GIKH.

Los bolcheviques, que a menudo se jactan de ser los sucesores consecuentes de Marx, harían bien en rebajar sus miras, porque de hecho han depreciado el significado de la *socialización de los medios de producción* por el de la «nacionalización» de las empresas «maduras», que no es otra cosa que abandonar la revolución proletaria, abandonar el comunismo mismo.

En el sentido marxista no hay empresas «maduras» o «aún no maduras», sino que la sociedad en **su** conjunto está madura para el comunismo. Con toda la razón, F. Oppenheimer en la antología de H. Beck sobre *Caminos y metas de la socialización*,¹⁶ dice:

«La socialización marxista se imagina abordada paso a paso, calificando de socialización la expropiación por parte del Estado o el municipio de empresas individuales. De ahí el misterioso giro de las empresas «maduras», que por otra parte no tiene sentido. Desde el punto de vista marxista, esto es (...) completamente absurdo. Para Marx, la sociedad socialista sólo puede ser «madura» en su conjunto. Para él, las empresas individuales o las ramas de las empresas pueden ser tan inmaduras y «socializadas» como los órganos individuales de un embrión pueden ser maduros en el cuarto mes de embarazo y dar a luz por separado a existencias independientes».

C) *El derecho de mando de la clase obrera en el comunismo de Estado*

Lo que todos los matices de la socialdemocracia consideran socialismo o comunismo no es más que una aplicación consecuente de las formas organizativas que el capitalismo asume en y a través de su proceso de concentración.

Pero, ¿qué significa la organización de la producción creada por la concentración del capital? ¿Qué significa desde el punto de vista de los asalariados, por un lado, y desde el punto de vista de los capitalistas, por otro?

Es la dominación sobre el trabajo, ¡la dominación organizada sobre los asalariados!

El análisis marxista del capitalismo no deja la menor duda al respecto. Para Marx, la posición social del capitalista frente al trabajador asalariado se caracteriza por el hecho de que el capitalista dispone del trabajo, es decir, de los trabajadores en la producción.

¹⁶ Beck, Hermann: *Wege und Ziele der Sozialisierung* [Caminos y metas de la socialización]; Berlin Verlag Neues Vaterland 1919; p. 16-17.

En todos los matices de la socialdemocracia, las teorías de la socialización giran en torno a este punto: cómo dominar a la clase obrera. Creen que es obvio que el trabajo debe ser dominado y comandado, e igualmente piensan que es evidente que esto requiere una organización centralizada y férrea (para hacer un sistema socialmente inquebrantable). La tarea que se proponen estas teorías es organizar este mando sobre los trabajadores de la forma más completa y centralizada posible, y poner este mando bajo la supervisión del parlamento (los reformistas) o del Estado proletario, tal como lo forma el partido de los trabajadores asalariados (los bolcheviques). En otras palabras, la dominación sobre la clase obrera debe ser atemperada por la «democracia».

Es dentro de estas fronteras donde se mueven las orientaciones del movimiento obrero supuestamente «marxista», desde los reformistas puros hasta los revolucionarios convencidos, que quieren destruir la actual organización económica y política de la sociedad para reorganizarla.

El resultado es siempre un aparato de poder con derecho de mando sobre los trabajadores asalariados.

Para que el sistema de producción socialista funcione en estos proyectos de socialización, su dirección debe garantizar, en primer lugar, los medios de producción y, por tanto, el derecho de mando sobre el trabajo, esto es, sobre los trabajadores. En teoría, este derecho es necesario para defenderse de la contrarrevolución; en la práctica, también se dirige contra cualquier interferencia indeseable de los asalariados. Si los propios trabajadores quieren decidir sobre el curso de la producción, esta aspiración se presenta como expresión de un estado de ánimo burgués y estos trabajadores son tratados así como contrarrevolucionarios.

El desarrollo del comunismo de Estado ruso fue un ejemplo muy instructivo de ello.

Ahora, ¿qué quieren conseguir con la creación (a través del parlamento o del partido político de asalariados) de una dirección centralizada de la vida económica en las empresas? Hay que suprimir la explotación; todo el mundo está de acuerdo con esto. Según los reformistas, este fin puede alcanzarse simplemente cuando sólo el Estado se hace cargo de la explotación y cuando los beneficios obtenidos se devuelven a los trabajadores a través de «instituciones sociales» y reformas.

Los bolcheviques trataron de alcanzar el objetivo suprimiendo las leyes del movimiento del actual sistema de producción vigente, distribuyendo los productos sociales in natura, tanto entre las empresas como entre los consumidores. Esto desembocó en un fiasco, muy temprano, que llevó a la

adopción del método reformista antes mencionado. El resultado es el mismo en ambos casos: el capitalismo de Estado.

D) *El ideal bolchevique de la distribución in natura de los medios de producción y consumo*¹⁷

El objetivo de los bolcheviques tenían en mente era lograr una situación en la que se abolieran el trabajo asalariado y la explotación. Para ello, se propusieron deliberadamente abolir el dinero, lo cual debía lograrse mediante una «inflación» masiva de este medio de cambio. Las imprentas estatales trabajaban día y noche para imprimir más y más dinero en papel, que el Estado utilizaba para los pagos, pero para los que no garantizaba ningún contravalor.

«(...) *Los billetes están hechos (...) No se pueden imprimir suficientes. La demanda es mucho mayor que las posibilidades de producción*»¹⁸.

A medida que aumentaba la cantidad total de «dinero» gastado, el «valor de cambio», el poder adquisitivo del rublo, disminuyó naturalmente. Los precios de los bienes subían a pasos agigantados cada día, un fenómeno que también conocemos del periodo de la inflación alemana. El «valor» del medio de cambio cayó tan rápidamente que los que tenían algo que vender ya no querían dar sus bienes a cambio de dinero. Querían dar sus bienes, pero sólo directamente contra otras mercancías, sin utilizar la forma intermedia del dinero: sólo querían intercambiar bienes «in natura».

Esto era exactamente lo que buscaban los bolcheviques. En el Memorial del Comisariado de Finanzas de Rusia, que se entregó a todos los participantes en el III Congreso de la III Internacional en Moscú en 1921, se *elogiaba esta política de inflación como método aplicado deliberadamente para la introducción del comunismo.*

Este comunismo aparecería entonces bajo la forma en que el Consejo Económico Central del Estado Soviético se haría cargo de la producción de bienes, cuando el dinero y el comercio fueran eliminados. Determinaría para todos los habitantes, cuánto pan, mantequilla, ropa, etc. recibiría cada uno por semana o por año, lo que tendría que ser posible *mediante estadísticas precisas de producción y consumo.*

«La economía proletaria es, fundamentalmente, un sistema de producción de mercancías, una economía natural. Con la expansión de la economía estatal desaparece, en primer lugar, el dinero procedente de la

¹⁷ Sobre este tema, véase también el capítulo 12 - La supresión del mercado.

¹⁸ Goldschmidt, *Die Wirtschaftsorganisation Sowjet-Russlands* [La organización de la economía de la Rusia soviética], p. 138.

circulación de las empresas públicas entre sí. Las minas de carbón suministran carbón a los ferrocarriles y a las acerías sin cobrar precios. Las acerías entregan el hierro a las fábricas de maquinaria, y estas últimas a las empresas agrícolas estatales sin la mediación del dinero. Los trabajadores reciben una parte creciente de su salario in natura: vivienda, calefacción, pan, carne, etc. (...) El dinero también se extingue como medio de circulación».¹⁹

Por lo tanto, el cálculo de la producción y la distribución no se basaría en el dinero, ni en ninguna otra medida general, sino únicamente en las cantidades de mercancías. Sólo se calcularía en kilogramos, metros, toneladas, etc. En otras palabras, se procedería a la «economía natural», caracterizada así por Otto Neurath:

«La doctrina de la economía socialista **sólo** conoce un **productor-distribuidor** -la sociedad- que, sin cuenta de pérdidas y ganancias, sin circulación de dinero -ni metálico ni laboral-, organiza la producción sobre la base de un plan de producción y distribuye los niveles de vida según los principios socialistas, **sin basarse en ninguna unidad de cuenta...**».²⁰

De 1917 a 1921, los bolcheviques trataron de hacer realidad este principio, y el Memorial mencionado puede considerarse como uno de los últimos intentos. En 1921 se produjo la estabilización del rublo; volvieron al «dinero de valor estable».

No fue en absoluto el fracaso de la revolución mundial, ni la agricultura campesina individual la razón por la que el Estado soviético tuvo que abandonar sus planes de «producción y distribución sin dinero» con el cálculo de la producción «in natura». No fue por eso por lo que tuvo que estabilizar el rublo. La producción y distribución sobre esta «base comunista» resultó imposible.

La revolución rusa demostró en la práctica que una producción social sin unidad de cálculo ¡es una locura!

En los intentos de dirigir la vida económica rusa en una nueva dirección, el punto de partida era, con toda razón, un plan presupuestario predeterminado, un plan de producción. Las empresas individuales elaboraban sus presupuestos, que luego eran procesados por la dirección

¹⁹ Varga, Eugen: *Die Wirtschaftspolitischen Probleme der proletarischen Diktatur* [Los problemas de la economía política en la dictadura del proletariado], p. 138.

²⁰ Neurath, Otto: *Wirtschaftsplan und Naturalrechnung* [Plan económico y cálculo en la naturaleza], p. 84

central del trust en un plan general del trust. La recopilación de todos los planes del trust proporcionó al Consejo Económico Supremo una visión general de todo el aparato productivo concentrado en el Estado, a partir de la cual se pudo elaborar un plan general de producción para toda la industria estatal.

Todos estos planes *se basaban en el rublo*. ¿Y por qué no en una factura a pagar «in natura»? Porque no se pueden sumar kilos de hierro y toneladas de carbón, etc. Sin embargo, el valor del rublo disminuyó rápidamente y los precios de los productos subieron con la misma rapidez. Como resultado, estos presupuestos sólo existían sobre el papel: no tenían ningún valor para la aplicación efectiva.

Varga, que reconoce los méritos del «método de la inflación», ve aquí su mayor inconveniente. Dice: «La devaluación rápida y continua de la moneda es una desventaja en la medida en que impide la estabilización de los niveles salariales, provoca movimientos salariales y desacuerdos entre los trabajadores del Estado y el propio Estado proletario, obliga a continuos aumentos salariales, dificulta mucho el cálculo e imposibilita la elaboración de un presupuesto estatal adecuado y, sobre todo, para cumplirlo»²¹.

Aquí radica una de las razones prácticas por las que el Estado soviético tuvo que volver sobre sus errores en cuanto a la destrucción del «dinero de valor estable». Ya en 1919 se estableció que «el cálculo por el valor de los productos es cada día más necesario», por lo que el Segundo Congreso Económico (1919) decidió «calcular los gastos públicos más importantes por el valor de los productos».²²

Por supuesto, esto sólo es posible *si toda la producción* se basa en dicho «valor», por lo que la estabilización general del dinero era absolutamente necesaria.

La *estabilización del rublo* significó, pues, que el capitalismo de Estado, que se organizó justo en el momento de la puesta en marcha de la revolución, fijaba sus leyes de movimiento en el desarrollo de su trayectoria. En la economía rusa, los medios de producción industrial han pasado a manos del Estado. Su disponibilidad, así como la disponibilidad sobre el trabajo (y por tanto sobre los trabajadores) y el producto del trabajo, está en manos del Consejo Económico Supremo.

²¹ Varga, Eugen: *Die Wirtschaftspolitischen Probleme der proletarischen Diktatur* [Los problemas económicos de la dictadura del proletariado], p. 138.

²² Goldschmidt: *Die Wirtschaftsorganisation Sowjet-Russlands* [La organización de la economía de la Rusia soviética], p. 133.

Los productores no controlan el producto; la separación entre el trabajador y el producto del trabajo es la característica esencial de la producción.

El Consejo Económico Supremo sólo puede dirigir y gestionar la producción en función del *valor de los productos*. También debe tener en cuenta *el* valor de la fuerza de trabajo; debe dar al trabajador, a cambio de su fuerza de trabajo, una indicación del producto social equivalente al valor de su fuerza de trabajo. Ese es su salario. Por lo tanto, el trabajador es un asalariado.

El Consejo Económico Supremo tiene que comprar la fuerza de trabajo en el mercado, utilizando actualmente el método de los convenios colectivos con los sindicatos, el mismo que se utiliza en el capitalismo occidental.

E) *Trabajo asalariado y comunismo de Estado*

En primer lugar, hay que entender claramente que la producción basada en el valor de la fuerza de trabajo, es decir, en el **trabajo asalariado**, nunca puede conducir a otra cosa que a la privación de derechos de los trabajadores. La causa de ello no reside en la maldad de los administradores del Estado, sino en las leyes de circulación del sistema.

El quid de la cuestión es que existe una contradicción entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor del *trabajo* que el trabajador entrega a su patrón cada día. Nunca se nos paga por nuestro *trabajo* total, pero a cambio de nuestra fuerza de trabajo recibimos lo necesario para nuestra subsistencia.²³

Con nuestro salario nos llevamos, por ejemplo, una serie de bienes del mercado cada semana, en la que no se incorporan más de 24 horas de trabajo social. Pero en realidad trabajamos 40, 50, 60 o más horas a la semana.

El *trabajo* que damos a la sociedad en exceso de lo que sacamos de ella con nuestros salarios se llama *plustrabajo*, que entonces representa la *plusvalía* para los propietarios de los medios de producción o para el Estado. Cuanto más bajos son los salarios y más larga la jornada laboral, mayor es la plusvalía que pertenece al Estado o a los capitalistas.

Está muy extendida la opinión de que la producción de plusvalía es buena en sí misma, pero que esta plusvalía no debe pertenecer a la clase poseedora, sino que debe ser devuelta a los trabajadores por el Estado comunista a través de la legislación social.

Este punto de vista es erróneo porque no tiene en cuenta el significado social del trabajo asalariado.

²³ Véase el capítulo 7 G: El valor de la fuerza de trabajo en el capitalismo según Marx

Ya hemos señalado que existe una contradicción entre el valor de la fuerza de trabajo y el trabajo que realizamos cada día. Así, la peculiaridad es que la cantidad de trabajo que damos a la sociedad no tiene nada que ver con la cantidad de bienes que tomamos del mercado a través de nuestro salario. En otras palabras, no existe una relación directa entre la riqueza de los bienes que producimos y nuestro salario. El trabajador no determina con su trabajo, al mismo tiempo, su participación en el producto producido.

No es nuestro trabajo, sino el valor de nuestra fuerza de trabajo lo que determina qué parte de la riqueza de los bienes recibiremos.

Desde el punto de vista del asalariado, su participación en el producto nacional es, pues, en la práctica, un golpe al aire. Su salario fluctuará, sí, en torno al valor de la fuerza de trabajo, pero tendrá que luchar por él, independientemente de que esté en un Estado capitalista o «comunista». Como los hechos hablan mejor que la aburrida teoría, a continuación demostraremos esto a la luz de la experiencia rusa.

La peculiaridad, sin embargo, de que la cantidad de trabajo que damos a la sociedad no tiene nada que ver con el salario, es mucho más importante que sólo lo considerado desde el punto de vista de la distribución. Significa que el trabajador asalariado no tiene nada que ver con el producto social. Expresa que el productor está separado del producto social.

Significa que el productor no tiene nada que ver con la dirección y gestión del proceso de producción social.

Este es el significado esencial de una producción en la que la fuerza de trabajo se paga en función del valor.

Significa también la existencia de antagonismos sociales en el seno de la clase obrera, antagonismos sociales entre los trabajadores y los «directores rojos» de las fábricas. Significa la lucha de los trabajadores contra «su» Estado.

El valor de la fuerza de trabajo es el portador de todos estos conflictos.

Y es que ¡no es nuestro trabajo el que determina nuestra relación con el producto social!

Los obreros, que creen que una revolución comunista se limita a traspasar al Estado la plusvalía de los propietarios, están por tanto profundamente equivocados. Lo que los trabajadores quieren es, básicamente, organizar una nueva relación con el producto social en una producción comunista. Y creen haber construido una nueva relación cuando excluyen a los capitalistas de la plusvalía, para dejarla fluir hacia el Estado. Lo que realmente ocurre es, sí, una nueva distribución de la plusvalía en la sociedad, pero lo que nos interesa a los trabajadores, una nueva relación entre productor y producto social, no surge de esta situación. En el capitalismo, esta relación estaba determinada

por el valor de la fuerza de trabajo, y en el llamado «comunismo» ... *también*. Para los trabajadores asalariados, por tanto, el objetivo de la revolución proletaria sólo puede ser establecer *una nueva relación entre el productor y el producto social*.

Para el proletario, el objetivo de la revolución social no puede ser otro que determinar, mediante su trabajo, al mismo tiempo, su relación con el producto social.

Esto significa: *¡abolición del trabajo asalariado! El trabajo es la medida del consumo*.

Esta es la única condición para que *la dirección y administración* de la producción social se pongan en manos de los propios trabajadores.

Cuando los bolcheviques rusos procedieron a establecer la producción basada en el valor, proclamaron la expropiación de los trabajadores de los medios de producción, proclamaron que no habría ninguna relación directa entre la riqueza de las mercancías a producir y la participación de los trabajadores en el producto social.

Todos los elementos capitalistas se infiltraron en la vida de la empresa en cuanto *el valor y la plusvalía* han reanudado su labor ordenadora. Es la fuerza secreta, que actúa en todas partes pero que en ninguna se deja captar concretamente, la que dirige la vida social con mano invisible.

Por eso Lenin suspiraba: «El volante escapa a nuestro control; al parecer alguien lo conduce, pero el coche no marcha en el sentido en que lo deseaba el conductor, sino hacia donde lo guía otra persona misteriosa y sin ley, que viene de Dios sabe dónde, tal vez de especuladores privados o capitalistas, o de ambos a la vez. Sea como fuere, el coche no conduce en la dirección en que la persona al volante se imagina que conduce, a menudo va en una dirección completamente diferente (...) ¿quién dirige a quién? A decir verdad no son ellos (los comunistas) los que conducen, sino los conducidos».²⁴

El valor de la fuerza de trabajo pone «en orden» los salarios:

«Nada sorprende más a los visitantes extranjeros que la enorme diferencia salarial entre los trabajadores instruidos y los que no lo

²⁴ V.I. Lenin, XI. Parteitag der K.P.R.(B), *Politischer Bericht des Zentralkomitees der K.P.R.(B)* [XI. Convención del Partido K.P.R.(B), Informe político del Comité Central del K.P.R.(B)], 27-03-1922, en Werke, Band 33. - Berlín: Dietz Verlag, 1962. - pp. 266 y 275.

están, que aquí (...) es tan colosal que no tiene parangón en ninguna otra parte de Europa Occidental».²⁵

Como mostramos a continuación, la lucha para garantizar que los salarios no caigan por debajo del valor de la fuerza de trabajo continuó también en Rusia.

«Mientras que el comunista debe apoyar las reivindicaciones salariales en los países capitalistas, no se le permite actuar así bajo la dictadura proletaria (...) Aquí las reivindicaciones económicas de los trabajadores deben conciliarse con el desarrollo de las fuerzas productivas y la acumulación socialista». Por eso, cuando en julio (1926) se presentó la demanda de aumentos salariales, ninguno de los sindicatos apoyó estas demandas. El Consejo Central de Sindicatos no podía apoyarlas (...) porque desde la primavera se había producido un aumento de los precios (...) En estas circunstancias, la exigencia de un aumento salarial significaba que el salario real debía ajustarse de acuerdo con el aumento de los precios. Pero esto habría supuesto el reconocimiento oficial de la caída del valor de la moneda (...) y no pudimos hablar de ello».²⁶

En 1921 se introdujo el cálculo por valor. Los precios de los productos se dispararon. En 1921 el índice de precios al por menor era de 139 y en 1922... 198. Dado que el trabajo realizado por el trabajador no tiene nada que ver con la riqueza de los bienes producidos, los salarios quedaron muy por debajo del aumento de los precios. En consecuencia, estallaron grandes huelgas para evitar que el precio de la fuerza de trabajo cayera demasiado por debajo de su valor. Estas huelgas fueron casi todas «salvajes» y sólo en algunos casos, para irritación de las centrales sindicales, fueron apoyadas por los sindicatos locales.

El órgano sindical Voprocy Truda 1924, nº 7/8, ofrece los siguientes datos al respecto, aunque la redacción señala que las estadísticas no son completas:

En 1921, 477 huelgas con 184.000 huelguistas.

En 1922, 505 huelgas con 154.000 huelguistas.

²⁵ Tomski - en el 7º Congreso Sindical. Se puede encontrar un análisis más detallado del movimiento salarial en el folleto «De beweging van het kapitalistisch Bedrijfsleven [El movimiento de la economía capitalista]» - Capítulo II sobre «De marxistische loonwetten [Leyes salariales marxistas]» - Edición: GIKH (Holanda).

²⁶ Tomski, Protocolo del 7º Congreso Sindical, p. 49.

El 95% de los huelguistas pertenecían a empresas estatales. De todas estas huelgas, sólo 11 fueron apoyadas por los sindicatos.

A continuación, Dogadov aporta en el 7º Congreso Sindical lo siguiente:

En 1924, 267 huelgas, de las cuales 151 en empresas estatales.

En 1925, 199 huelgas, 99 de ellas en empresas estatales.

Ninguna de estas huelgas fue apoyada por los sindicatos.

El hecho de que los sindicatos no apoyaran estos movimientos salariales se debe, por supuesto, a que estaban incorporados al aparato estatal. En el 11º Congreso del PCR (marzo-abril de 1922), el sindicalista Andréyev reconoció «la difícil condición material de los trabajadores», pero criticó que los sindicatos «*plantan excesivas reivindicaciones salariales al Estado y tratan de obtener de él lo máximo posible*». Andréyev explicó que varios sindicatos apoyan las reivindicaciones salariales porque el aparato sindical está impregnado de antiguos mencheviques y socialistas revolucionarios. A esto le siguió una «*limpieza*» (= purga) del aparato sindical.

La producción basada en el valor del trabajo determina que los trabajadores no tengan nada que ver con la administración y gestión de la producción.

La experiencia rusa:

«(...) la imperiosa necesidad de aumentar la productividad del trabajo, de trabajar sin pérdidas y de lograr la rentabilidad de cada empresa (...) conduce inevitablemente a un cierto choque de intereses en cuanto a las condiciones de trabajo en la empresa entre las masas de trabajadores y los directores, los gestores de las empresas estatales o las autoridades a las que estas empresas están sometidas. Por lo tanto, los sindicatos tienen el deber absoluto de defender los intereses de los trabajadores de las empresas socializadas (...).»²⁷

Esto era muy necesario porque el Consejo Central de Sindicatos consideró que el Consejo Supremo en materia de seguridad laboral «*no se guiaba por los intereses de los trabajadores, sino por los intereses financieros de la industria*» [Trud, 1928, nº 31].

Esto significó que el Consejo Económico Supremo no ponía suficiente dinero a disposición de la seguridad laboral en las empresas. Sin embargo, los «directores rojos» «embellecieron» aún más la situación.

De estos recursos, aparentemente muy escasos, destinados para la seguridad del empleo, sólo utilizaban una pequeña parte. Probablemente

²⁷ Resolución, 11º Congreso del PCR, marzo-abril de 1922.

invertieron el resto en la empresa. Por ejemplo, el «Trud» - 1928, nº 32, da las siguientes cifras:

El fondo estatal ucraniano gastó el 20%. Por lo tanto, es probable que el 80% de los fondos destinados a la seguridad laboral se invirtieran en empresas. La empresa Urals Asbestos Truste gastó sólo el 28%, Donugol el 18,7%, Yugostaal el 14,8% y Yuzhni Rudnitrust sólo el 4,9%. De hecho, ¡una gestión muy económica!

Las consecuencias eran de esperar:

Accidentes de trabajo - (Trud, 1928, nº 159).

En el trust Donugol en 1925 - el 18,7% de todos los trabajadores tuvieron un accidente; en 1926 fue el 26,3% o 18.821 hombres. En 1927 aumentó a 25.749 hombres.

En la industria minera y metalúrgica:

1923: número de accidentes **11,5%**.

1925: número de accidentes **18%**.

1926: número de accidentes **25%**.

Por último, algunos datos de *Trud*, 1928, nº 280:

Número de accidentes mineros 1927/1928:

Octubre-diciembre de 1927 **8,3%**

Enero-marzo de 1928 **9,3%**

Abril-junio de 1928 **10%**.

Así, el número de accidentes aumentó aproximadamente un 1% en cada trimestre. En la industria metalúrgica, el número de accidentes en los mismos periodos fue del 6,8%, 7,1% y 7,9%. Así que, aquí también, un aumento constante.

¡Aquí vemos la función ordenadora del valor y la plusvalía!

Queremos parar aquí. Para nosotros, sólo se trata de mirar estas cosas desde un determinado ángulo. Desde este punto de vista, el curso de las cosas en Rusia no puede atribuirse a la malicia de los administradores estatales rusos, sino que es una consecuencia necesaria de una producción en la que la fuerza de trabajo aparece como una mercancía, independientemente de que el Estado compre esta fuerza de trabajo, o un empresario privado. Tampoco tiene nada que ver con que la plusvalía se cree para los particulares o para el Estado. El **valor** realiza su función de ordenación. Y así, por decirlo con Lenin:

«¿quién dirige a quién? A decir verdad no son ellos (los comunistas) los que conducen, sino los conducidos».

Capítulo 3

La unidad de cálculo en el comunismo

A) *La regulación de la producción*

En la «explicación marxista de la dominación de la clase obrera» vimos que el verdadero problema del comunismo reside en la supresión de la separación entre el trabajo y el producto del trabajo. No es un Consejo Económico Supremo, sino que son los *propios* productores quienes, a través de sus organizaciones en empresas, deben tener el control sobre el producto del trabajo, convirtiéndose así en productores libres y agrupando las relaciones entre ellos, siempre variables, siempre cambiantes, en asociaciones libres e iguales. Dado que la tecnología actual ha socializado toda la producción, dado que todas las empresas son técnicamente dependientes unas de otras y forman un proceso de trabajo ininterrumpido, la tarea de la revolución es también forjarlas *económicamente* unidas. Lo cual sólo es posible si *una única ley económica general* une todo el proceso de producción.

Esta unión es de una naturaleza completamente diferente a la representada por las llamadas «teorías de la socialización». Estas teorías nunca tuvieron en mente otra cosa que la fusión *organizativa* de las distintas ramas de la producción. Abordan la cuestión de *qué industrias* deben unirse y cómo puede resolverse el problema desde el punto de vista organizativo y técnico. Esto no tiene nada que ver con las leyes del movimiento de un nuevo sistema económico. Por lo tanto, la nueva ley económica general, que unifica todo el proceso económico, no dice nada sobre la unificación organizativa de la economía. Sólo define las condiciones en las que los productores unidos en organizaciones empresariales participan en el gran proceso económico socializado. En primer lugar, estas condiciones deben ser las mismas para cada parte del proceso total. A diferencia de Lenin, que parte del principio «Organizar toda la economía nacional como lo está el correo (...) he ahí nuestro objetivo inmediato»²⁸, nosotros decimos:

Igualdad de condiciones económicas en todas las esferas de la producción social, éste es nuestro objetivo inmediato.

Sólo entonces se plantea la cuestión de la tecnología organizativa.

La igualdad de condiciones económicas se refiere, en primer lugar, a la implantación de una unidad de medida fija de *aplicación general*, para la realización de todos los cálculos en la producción y la distribución. Esta

²⁸ V.I. Lenin, *Staat und Revolution [El Estado y la Revolución]*, Werke 25, página 440.

unidad de medida ya no puede ser el dinero, para no introducir una «tercera persona» entre el trabajador y su producto. Aquí el trabajador no es «ajeno» al producto social del trabajo. Aunque el trabajador no consume directamente el producto que él mismo produce, su producto tiene algo que todos los bienes sociales tienen en común: el tiempo de trabajo socialmente necesario que cuesta su fabricación. Por lo tanto, todos los bienes son, *desde el punto de vista social*, cualitativamente iguales. Sólo difieren en la cantidad de trabajo social que han absorbido en el proceso de producción.

Así como la medida del tiempo de trabajo individual es la hora de trabajo, la medida de la cantidad de trabajo social contenida en los productos debe ser *la media social de la hora de trabajo*.

La conclusión ineludible para la revolución proletaria es que las organizaciones de todas las empresas están obligadas a calcular, para los productos que fabrican, cuánto es el tiempo de trabajo socialmente necesario que está incluido en ellos, cuanto es el «precio» que dan por su producto a otras empresas o consumidores. Estas empresas también reciben a cambio el derecho a adquirir igual cantidad de trabajo social en forma de otros productos, para poder seguir produciendo en ellos. De este modo, todos participan en el proceso de producción en las mismas condiciones económicas. Una vez que se lleve a cabo esta regulación de la distribución y la producción, toda la vida económica, que ya está *vinculada* socialmente a través de la división del trabajo, estará ahora también económicamente, es decir, socialmente *regulada*.

El capitalismo intenta llevar a cabo esta regulación por medios organizativos, aumentando la concentración de su poder en la industria. Lo único que consigue es organizar la competencia a un nivel cada vez más alto, con catástrofes cada vez mayores a su paso. Por medios políticos, mediante las reglas de la «democracia», intenta lograr una moderación del antagonismo, pero al final esto sólo sirve para organizar y preservar la permanencia del último y más profundo antagonismo, el que existe entre la clase propietaria y el proletariado. Esta condición social sólo puede superarse si los trabajadores llegan a ser «libres»; si conquistan el derecho a la disponibilidad sobre los medios de producción y participan en el proceso económico en igualdad de condiciones económicas.

Sin embargo, la revolución no se limita a una inversión de las condiciones económicas de producción, sino que también incorpora consigo nuevas condiciones económicas para el consumo individual. Ahora que los trabajadores disponen del producto del trabajo, su relación con este producto necesita una nueva base para ser *redefinida y regulada*. Porque aunque los trabajadores tienen el derecho de disposición sobre el producto,

ya no lo tienen en el sentido del capitalismo privado con *libre disposición arbitraria*. El suministro del producto sólo puede tener lugar en *condiciones sociales y de igualdad para todos*. Los productores y consumidores son libres, pero sólo a través de su vínculo social. A su vez, las mismas condiciones de consumo individual sólo pueden residir en la misma unidad de medida del consumo. Al igual que la hora de trabajo individual es la unidad de medida del trabajo individual, la hora de trabajo individual es también la unidad de medida del consumo individual. En consecuencia, el consumo también está regulado socialmente y se mueve en órbitas completamente exactas.

Por lo tanto, para la realización de la revolución social, basta esencialmente con la imposición en toda la vida económica de la unidad de medida de la hora de trabajo socialmente necesaria. Sirve como medida en la producción y, al mismo tiempo, como medida del derecho de los productores al producto social.

Pero lo esencial es que esta categoría la realicen los propios productores.

Y esto no es porque sea una exigencia «ética» o «moral» del comunismo, sino porque en economía no hay otro camino. Es cierto que «la emancipación del trabajo», el desarrollo del hombre libre, es también una exigencia ética. Ello simplemente significa que la economía y la ética sólo pueden realizarse mutuamente, de forma recíproca. Ambos se funden en una exigencia.

B) La hora de trabajo socialmente media según Marx y Engels

En nuestro análisis de las condiciones de producción y distribución comunistas, partimos del análisis marxista de la dominación de la clase obrera y, como dijimos anteriormente, no nos aferramos a las citas, porque éstas nunca pueden demostrar la validez de un punto de vista, a lo sumo pueden aclarar una explicación. Para aquellos que encuentran en nosotros «graves desviaciones anarquistas», queremos confrontar nuestra visión con la de Marx y Engels. Se verá que estas «desviaciones» eran su visión esencial de la vida económica comunista.

En este contexto, lo primero que hay que señalar es que la estupidez bolchevique de una producción de mercancías sin «unidad de valor» es un elemento completamente ajeno a Marx y Engels.

Engels es muy claro al indicar la hora de trabajo socialmente necesaria como unidad de valor:

«La sociedad puede calcular sencillamente cuántas horas de trabajo se incorporan a una máquina de vapor, a un hectolitro de trigo de la última cosecha, a cien metros cuadrados de ropa de cierta calidad. Por tanto, no se puede pensar en expresar sólo en una medida relativa,

vacilante e insuficiente (que antes era inevitable como mal menor) -en un tercer producto- las cantidades de trabajo incorporadas a los productos, cantidades que ahora conocemos de forma directa y absoluta y que pueden expresarse en su medida natural, adecuada y directa, que es el tiempo. (...) Por lo tanto, a partir de las afirmaciones que hicimos, la sociedad no atribuye ningún valor a sus productos».²⁹

En «El Capital» de Marx volvemos a encontrar el mismo principio. Para exponer mejor el problema del valor, recurre al famoso Robinson en su isla, construyendo él solo toda su vida económica:

«La necesidad misma lo fuerza a distribuir concienzudamente su tiempo entre sus diversas funciones. Que una ocupe más espacio de su actividad global y la otra menos, depende de la mayor o menor dificultad que haya que superar para obtener el efecto útil propuesto. La experiencia se lo inculca, y nuestro Robinsón, que del naufragio ha salvado el reloj, libro mayor, tinta y pluma, se pone, como buen inglés, a llevar la contabilidad de sí mismo. Su inventario incluye una nómina de los objetos útiles que él posee, **de las diversas operaciones requeridas para su producción y por último del tiempo de trabajo que, término medio, le insume elaborar determinadas cantidades de esos diversos productos.** Todas las relaciones entre Robinsón y las cosas que configuran su riqueza, creada por él, son tan sencillas y transparentes que hasta el mismo señor Max Wirth, sin esforzar mucho el magín, podría comprenderlas. Y, sin embargo, quedan contenidas en ellas todas las determinaciones esenciales del valor».

«Imaginémonos finalmente, para variar, una asociación de hombres libres que trabajen con medios de producción colectivos y empleen, conscientemente, sus muchas fuerzas de trabajo individuales como una fuerza de trabajo social. **Todas las determinaciones del trabajo de Robinsón se reiteran aquí, sólo que de manera social, en vez de individual.**».³⁰

Vemos aquí que para Marx, «una asociación de hombres libres» también utiliza un cálculo de producción, *basado en la hora de trabajo*.

²⁹ Engels, Anti-Dühring.

³⁰ Marx, Karl: *Das Kapital* [El Capital], Erster Band, *Kapitel* 1, §4 [Libro 1, Capítulo I, § 4]. Der Fetischcharakter der Ware und sein Geheimnis [El carácter fetichista de la mercancía y su secreto].

Por lo tanto, donde Marx pone a los seres humanos libres en el lugar de Robinson, nosotros queremos leer la «contabilidad de la asociación de personas libres» de la siguiente manera:

Su inventario contiene una relación de las herramientas que posee, de las distintas actividades necesarias para su producción y, por último, *el tiempo de trabajo que cuestan por término medio determinadas cantidades de estos productos.*

Todas las relaciones entre la sociedad y las cosas, que constituyen su riqueza autocreada, son aquí tan simples que cualquiera puede entenderlas.

Marx propone esta contabilidad para la sociedad *en general*, para un proceso de producción con medios de producción comunes. Por lo tanto, deja fuera de consideración si el comunismo está todavía poco desarrollado, o si ya ha alcanzado su nivel más alto. Esto significa que la vida económica bajo el comunismo puede pasar por diferentes fases de desarrollo, mientras que *la categoría del tiempo de producción socialmente necesario sigue siendo el pilar inamovible.*

En cuanto a la distribución individual del producto social, también vemos en Marx la medida del tiempo de trabajo, ahora, del consumo individual:

«A los meros efectos de mantener el paralelo con la producción de mercancías, supongamos que la participación de cada productor en los medios de subsistencia esté determinada por su tiempo de trabajo. Por consiguiente, el tiempo de trabajo desempeñaría un papel doble. Su distribución, socialmente planificada, regulará la proporción adecuada entre las varias funciones laborales y las diversas necesidades. Por otra parte, el tiempo de trabajo servirá a la vez como medida de la participación individual del productor en el trabajo común, y también, por ende, de la parte individualmente consumible del producto común. Las relaciones sociales de los hombres con sus trabajos y con los productos de éstos, siguen siendo aquí diáfananamente sencillas, tanto en lo que respecta a la producción como en lo que atañe a la distribución».³¹

También en otra parte parece que Marx toma el tiempo de trabajo individual como medida de la distribución individual. Aquí es donde dice: El capital monetario desaparece en la producción social. (...) Por mi parte, los productores pueden recibir vales de papel con los que

³¹ Ibid.

retiran de las reservas de consumo una cantidad correspondiente a su tiempo de trabajo. Estos vales no son dinero. No circulan.³²

¡Estas frases comprenden toda la economía comunista! Si el tiempo de trabajo individual debe ser la *medida del valor* del producto que se consume individualmente, ¡la cantidad de los productos debe medirse *por el mismo valor*! En otras palabras, la sociedad debe determinar cuántas horas de trabajo cuestan los productos, por término medio. Sin embargo, esto sólo es posible si todas las categorías de producción (medios de producción, materias primas y bienes de consumo) se expresan en la misma medida de valor, ¡de modo que todo el cálculo de la producción en las empresas debe basarse en la hora de trabajo socialmente necesaria!

Hay que señalar, sin embargo, que Marx no planteó la cuestión de la distribución en términos absolutos, sino que da la impresión de que otro método de distribución sería de hecho posible al decir: «En cuanto a mí, los productores pueden recibir vales de papel...» o en términos de tiempo de trabajo «sólo en paralelo a la producción de bienes».

Al tomar una unidad de medida para valorar el consumo individual, parecería que existe una «libre elección» del sistema de distribución. Pero en el pensamiento marxista esto no es así en absoluto. La razón de esta «ambigüedad» radica en la visión que tiene Marx sobre la distribución en el comunismo plenamente desarrollado, que sería un sistema de «toma lo que necesites». Por supuesto, en este sistema el tiempo de trabajo *no* tiene por qué medir el consumo individual. Esta unidad de medida de ésta sólo es útil para el *período de transición del capitalismo al comunismo* plenamente desarrollado. Este punto de vista se expresa claramente en la Crítica del Programa de Gotha.

Al mismo tiempo, esto arroja una intensa luz sobre el «marxismo» de quienes ven el capitalismo de Estado como una forma de transición al comunismo.

«De lo que aquí se trata no es de una sociedad comunista que se ha desarrollado sobre su propia base, sino, al contrario, de una que acaba de salir precisamente de la sociedad capitalista y que, por tanto, presenta todavía en todos sus aspectos, en el económico, en el moral y en el intelectual, el sello de la vieja sociedad de cuya entraña procede.

³² Marx, Karl: *Das Kapital* [El Capital], *Zweiter Band, Kapittel 18* [Libro 2, Capítulo 18] *Einleitung, II Die Rolle des Geldkapitals* [Introducción, II El papel del capital monetario].

Congruentemente con esto, en ella el productor individual obtiene de la sociedad –después de hechas las obligadas deducciones– exactamente lo que ha dado. Lo que el productor ha dado a la sociedad es su cuota individual de trabajo. Así, por ejemplo, la jornada social de trabajo se compone de la suma de las horas de trabajo individual; el tiempo individual de trabajo de cada productor por separado es la parte de la jornada social de trabajo que él aporta, su participación en ella. La sociedad le entrega un bono consignando que ha rendido tal o cual cantidad de trabajo (después de descontar lo que ha trabajado para el fondo común), y con este bono saca de los depósitos sociales de medios de consumo la parte equivalente a la cantidad de trabajo que rindió. La misma cantidad de trabajo que ha dado a la sociedad bajo una forma, la recibe de esta bajo otra distinta».

(...)

«En una fase superior de la sociedad comunista, cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella, el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces podrá rebasarse totalmente el estrecho horizonte del derecho burgués y la sociedad podrá escribir en sus banderas: ¡De cada cual, según sus capacidades; a cada cual según sus necesidades!»³³

³³ Marx, Karl: Kritik des Gothaer Programms [*Crítica del programa de Gotha* (1875)], I Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei [*I Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán*].

Capítulo 4

Avanzando en la solución de problemas

A) *El comunismo como «sistema negativo»*

En nuestra orientación preliminar sobre el tema constatamos las características de la vida económica comunista: la *autoorganización* de las organizaciones empresariales como una relación exacta entre el productor y el producto basada en el cálculo del tiempo de trabajo. Ahora es importante, más concretamente, examinar cómo llegaron los bolcheviques a su sueño de producción sin «unidad de cuenta». Sin embargo, hay que señalar que no se trataba en absoluto de una visión específicamente bolchevique. Esta perspectiva dominaba a toda la clase obrera, desde los socialdemócratas hasta los anarquistas. Aunque no todos se posicionaron abiertamente al respecto, tampoco se opusieron directamente. Por lo tanto, ¡esto significa que el movimiento obrero aún no estaba tan avanzado!

A primera vista, un sector del movimiento obrero inglés se opone a ello, porque ya antes de 1914 algunos sindicalistas ingleses habían hecho intentos en la dirección del llamado «socialismo gremial». A juzgar por el nombre, da la impresión de que Inglaterra, que en el campo de la teoría socialista siempre estuvo extremadamente atrasada, en estas cuestiones ha superado con creces el movimiento del continente. Sin embargo, la explicación del caso reside en el hecho de que los sindicatos ingleses se habían empantanado en su tarea de «mejorar las condiciones de trabajo» antes de 1914. No lograron más avances y, en consecuencia, tuvieron que buscar «otros medios». Ciertamente, nadie había esperado que los sindicatos ingleses lanzaran un ataque revolucionario contra el sistema capitalista. «Guild Socialism» no es más que el nombre inglés de la cooperación entre el capital y el trabajo, tal y como se entiende aquí [en Holanda] bajo la 'cogestión de los trabajadores' [o 'corporativismo' en Portugal, Nota del Traductor].

En retrospectiva, por muy idiota que sea, es en cualquier caso explicable, que se pensara que el comunismo podía funcionar sin unidad de cuenta. Se pensaba que el propio capitalismo debía evolucionar hacia ese estado. Y los que inmediatamente vieron la locura de tal visión consideraron completamente innecesario perderse en «utopías», porque estas cosas encontrarían su solución *por sí* mismas. De hecho, ¡siempre habrá una solución «por sí sola»!

Sin embargo, sólo ahora sabemos que la supresión de la propiedad privada de los medios de producción, el paso de los medios de producción a

la «propiedad común», no conduce necesariamente al comunismo. Por lo tanto, tal evasión de los problemas no nos atrae en absoluto.

A aquellos de entre los marxistas que consideran superflua toda investigación ulterior de las leyes del movimiento en la vida económica comunista, que ven en tal investigación sólo el renacimiento de una posición refutada, una recaída en el socialismo utópico, les remitimos al gran logro científico de Marx y Engels, que llevaron el comunismo precisamente de la utopía a la ciencia. La realización del comunismo no depende de personas benévolas que lleven a cabo un «plan» predeterminado, que «conciban» un determinado sistema de producción en el que se eliminarán todos los males del capitalismo. La realización del comunismo debe desarrollarse con necesidad natural a partir de las leyes de circulación del capital. El capitalismo cava su propia tumba. La acumulación de capital, condición vital del sistema actual, es también su condición mortal. La acumulación de capital no significa otra cosa que la acumulación de la miseria de la clase obrera, que nos enfrenta a la disyuntiva de anular las leyes de circulación de la producción de mercancías, de la rentabilidad del capital, implantando el comunismo... o bien hundiéndonos en la barbarie.

La depauperación de las masas no es más que la expresión del hecho de que las fuerzas productivas sociales han entrado en conflicto con las relaciones de propiedad, de modo que ya no pueden ser encerradas dentro de los límites de la propiedad privada. Las fuerzas productivas superan así las relaciones de propiedad, transfiriendo los medios de producción a la propiedad comunal. ¡¡¡Esto es comunismo!!!

Entonces, ¿por qué molestarse en estudiar las leyes del movimiento de la producción comunista? ¿Por qué aumentar en una más las utopías existentes? ¿Por qué evolucionar el marxismo hacia atrás, de la ciencia a la utopía?

Pero para propagar ese comunismo se necesitaba una explicación más detallada del nuevo orden que se avecinaba. Los críticos burgueses no dejaron de preguntar repetidamente cómo sería el nuevo orden, por lo que los teóricos se vieron obligados a levantar parte del misterioso velo. Con un despectivo encogimiento de hombros, declararon que el comunismo estaba muy claro para ellos.

Porque, ¿no enseñó Marx: «El dinero desaparece en la producción comunista»? Y, además, habían leído que el trabajo en sí mismo, aunque es un elemento creador de valor, no puede tener valor en sí mismo, por lo que incluso «... un determinado quantum de trabajo no puede ver expresado

ningún valor en su precio, en su equivalencia con un quantum determinado de dinero».³⁴

Así, Kautsky declaró: «El valor es la categoría histórica que sólo se aplica a la producción de mercancías».³⁵

En consecuencia, también se eliminaron los «precios» de los productos, por no hablar del «mercado».

Por lo tanto, los economistas marxistas podrían dar una respuesta muy satisfactoria, en cuanto a sus propios sentimientos, a la pregunta de cómo sería la vida económica en las empresas comunistas. Aunque, en realidad, no se trataba de una respuesta. Siempre dijeron cómo **no** sería: **sin dinero, sin valor, sin mercado, sin precio**.

Por ello, el escritor burgués Erich Horn, a quien le gustaría mucho saber cómo sería en realidad, caracteriza al comunismo como «un sistema negativo».³⁶

Su curiosidad se despertó porque llegó a la conclusión de que ¡él también podía ser comunista! No tiene nada que objetar a la supresión de la propiedad privada de los medios de producción; si es necesario, es muy partidario de transferirlos a la «propiedad comunitaria», ¡pero esto no significa en *absoluto* la supresión del modo de producción capitalista!³⁷

B) *El cártel general de Hilferding*

Rudolf Hilferding tiene el dudoso honor de haber dado una base «teórica» a la petulante superficialidad de este «sistema negativo». Ha resuelto las dificultades de una forma asombrosamente sencilla que hasta un niño puede entender el movimiento del nuevo sistema de producción.

Hilferding señaló que en el curso del desarrollo capitalista se destruye el dinero, el propio capital monetario, porque la concentración cada vez mayor de empresas e industrias, en su opinión, hace superfluos el dinero y la liquidación entre empresas individuales. En los trusts surgen grandes polos industriales, en los que los medios de transporte, las minas de carbón y hierro, los altos hornos, etc., e incluso la distribución del producto final a los

³⁴ Marx, Karl: *Das Kapital*, Zweites Buch, Kapittel [El Capital, Libro Segundo, Capítulo I] - Der Kreislauf des Geldkapitals, I Erstes Stadium [La circulación del capital monetario, Primer Estadio].

³⁵ Kautsky, Karl Marx' *ökonomische Lehren*, (Las enseñanzas económicas de Karl Marx) p. 20.

³⁶ Horn, Erich: *Die ökonomische grenzen der gemeinwirtschaft*, [Las fronteras económicas de la economía comunal] p. 3.

³⁷ Horn, Erich: p. 5, 51 and 52.

consumidores, están organizados, gestionados y dirigidos por una única dirección. En esta vasta organización, los productos pasan de una empresa a otra para su transformación continua sin que tengan que ser «vendidos» cada vez, porque el trust no vende nada a sí mismo.

Dentro del trust, el movimiento de dinero se detiene así (¡según Hilferding!). Sí, los productos en las empresas individuales ya no tienen ni siquiera un «precio»: dentro de su círculo de producción, el trust ha pasado a la producción de bienes «*in natura*». Para regular la producción dentro del trust, la dirección suprema del mismo determina en qué empresa y cuántos nuevos medios de producción se añadirán y qué y cuánto se producirá en las empresas individuales.

¡He aquí la solución sorprendentemente sencilla para la vida económica comunista! Cuanto más se organiza el capital en trusts, más destruye el propio capital el dinero, más hace la sociedad las cuentas «*in natura*». Toda la producción mundial sería en última instancia, teóricamente, un increíble trust monstruoso, donde la producción y la distribución estarán deliberadamente reguladas, ¡pero sobre una base capitalista! En otras palabras: los propietarios del trust mundial dejan que todo el aparato funcione para sus fines privados. Sin embargo, en ese momento el dinero ya no está, los precios y el «mercado» no existen. Los dirigentes del trust fijarían los precios para la distribución de los bienes de consumo a los trabajadores, pero éstos no tendrían ninguna relación con el «valor»: sólo se habrían fijado arbitrariamente, según las normas establecidas por los amos.

Hilferding dice lo siguiente sobre este monstruoso trust o, como él lo llama, el «Cártel General»:

«Toda la producción capitalista está conscientemente regulada por una entidad que determina el alcance de la producción en todas las esferas. Entonces la fijación de los precios se convierte en algo puramente nominal (aquí: arbitrario –GIKH) y sólo indica la distribución del producto total a los magnates del cártel por un lado, a la masa de todos los demás miembros de la sociedad por otro. El precio no es entonces el resultado de una relación comercial que las personas han establecido, sino simplemente una forma calculada de asignar cosas de personas a personas. El dinero, por tanto, no entra en juego. Puede desaparecer por completo, porque se trata de la asignación de cosas y no de valores. Con la anarquía de la producción desaparece la apariencia comercial, desaparece la calidad del valor de las mercancías, desaparece también el dinero. El cártel distribuye el producto. Los elementos materiales de la producción han sido producidos de nuevo

y utilizados para una nueva producción. De la nueva producción, una parte se distribuye a la clase obrera y a los intelectuales, la otra parte va al cártel, para que la emplee a su discreción. Se trata de una sociedad regulada conscientemente de forma antagónica. Pero este antagonismo es un antagonismo de distribución. La propia distribución está regulada conscientemente, por lo que la necesidad de dinero está superada. El capital financiero en su perfección se desprende del vivero en el que fue creado. La circulación del dinero se ha vuelto innecesaria; la inquieta circulación del dinero ha llegado a su fin, la sociedad se ha regulado, y el movimiento perpetuo de la circulación encuentra su descanso».³⁸

Después de leer esto, los «economistas marxistas» se miraron emocionados desde lo alto de sus gafas. Sí, sí, Marx tenía razón en que el capitalismo cava su propia tumba y que la nueva sociedad nace en el vientre de la vieja. ¡Cada nueva trustificación significa un paso más hacia la autodestrucción del capital! ¡Qué sencillo era el comunismo!

La clase obrera sólo tenía que eliminar el obstáculo de la propiedad privada de los medios de producción, que aún impedía la implantación del «cártel general», para unir toda la vida económica en una sola mano y crear así el sistema comunista en el que **no habría dinero, ni mercado, ni valor, ni precios.**

La idea de que en cada producto individual debía expresarse aún cuántas horas promedio de trabajo social contenía, fue obviamente un error de Marx y Engels, que probablemente estaba relacionado a su simple línea de pensamiento sobre la «asociación de productores libres e iguales». Pero al final esto también era perdonable, ya que vivieron en la época de expansión del capitalismo y, por tanto, no habían experimentado la enorme formación de trusts y monopolios.

Porque, bien entendido, toda la formulación de Marx de que el capitalismo cavó su propia tumba se basó en un malentendido, ¡porque el trabajo de este sepulturero tenía un significado completamente diferente para Marx!

Para Marx, el capitalismo cava su propia tumba, porque el capital que se destina a los medios de producción crece cada vez más rápido, mientras que el número de trabajadores que tienen que producir la plusvalía, disminuye constantemente, de forma proporcional. Finalmente, esto crea un punto en el que la rentabilidad del capital se hace imposible, de modo que el sistema

³⁸ Hilferding, Rudolf: *Das Finanzkapital [El capital financiero]*, p. 314.

se derrumba bajo tremendas crisis. Entonces habrá grandes complejos fabriles listos para ser utilizados, pero millones de trabajadores sin trabajo porque el capital no es rentable.

Para los partidarios de Marx, cavar la tumba es mucho menos complicado. En este caso, «Stinnes es el mayor socialista» (esta expresión se utilizó realmente en el «Vorwärts»! Lamentablemente no sabemos en qué número).³⁹ Para estos adeptos, la organización del capitalismo conduce «gradualmente» hacia el comunismo.

Debemos abstenernos aquí de hacer una crítica teórico-valorativa del «cártel general», ya que esto no está directamente relacionado con nuestro tema. Sólo queríamos mostrar cómo se fundó teóricamente el «cártel general», cómo surgió la actual interpretación del comunismo. Encontramos una muy buena crítica, basada en la teoría del valor: H.Grossman, *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*.⁴⁰

Habiendo fundado así teóricamente el comunismo, sin dinero, sin mercado, sin valor y sin precios, la aplicación práctica era sólo una cuestión de organización. Se trataba de adaptar el aparato a las necesidades del pueblo, una adaptación que debían llevar a cabo los dirigentes de la producción y la distribución. Los funcionarios estatales tendrían que elaborar una estadística precisa de estas necesidades, tras lo cual la dirección central se encargaría de fabricar y distribuir los productos a los trabajadores. Así, el problema se reducía a esto:

«Cómo, dónde, cuánto y por qué medios se fabricarán nuevos productos a partir de las condiciones naturales y artificiales de producción disponibles, lo deciden (...) los comisarios municipales, provinciales o nacionales de la sociedad socialista, que (...) utilizando todos los medios de las estadísticas de producción y de consumo organizadas para evaluar las necesidades de la sociedad, prevén y organizan conscientemente toda la vida económica según las necesidades de sus comunidades, conscientemente representadas en ellas y conscientemente dirigidas por ellas».⁴¹

³⁹ Hugo Stinnes fue un gran capitalista alemán que murió en 1924 con un trust vertical de unas 4500 empresas y 3000 fábricas

⁴⁰ Grossman, H.: *Das Akkumulations- und Zusammenbruchsgesetz des kapitalistischen Systems*, Verlag Hirschfeld, Leipzig, 1929, p. 603. [H. Grossmann «La ley de la acumulación y el colapso del sistema capitalista», editorial Hirschfeld 1929, Leipzig].

⁴¹ Hilferding, Rudolf: *Das Finanzkapital* [El capital financiero], p. 1.

La revolución rusa puso fin a este hermoso sueño. Las fábricas pasaron de facto a la «propiedad comunal», el «cártel general» de Hilferding se ha implantado efectivamente en la industria estatal, pero las leyes de la circulación del capital no han terminado. La dirección central del trust tiene que comprar la mano de obra en el mercado, al precio fijado en los contratos colectivos de trabajo con los sindicatos estatales.

La revolución rusa puso fin a las bondades del «cártel general» y *nos obligó* a examinar más de cerca las leyes de la circulación en el mundo económico comunista.

C) *La crítica burguesa al «cártel general»*

El desarrollo de la ciencia de la vida económica comunista no muestra, por tanto, una línea recta, sino que pasa del cálculo de las horas de trabajo con Marx y Engels al cálculo «in natura», para volver a su antiguo camino hacia 1920.

Es una amarga ironía, sin embargo, que sean precisamente los economistas burgueses quienes, aunque sin quererlo, hayan hecho avanzar enormemente la ciencia del comunismo.

Cuando, en el período revolucionario que quedó atrás, la caída del capitalismo parecía inminente y el comunismo parecía tomar el cielo por asalto, los economistas burgueses encabezados por Max Weber y Ludwig Mises comenzaron sus críticas al comunismo. Naturalmente, el objetivo era ante todo el «cártel general» de Hilferding, es decir, el comunismo ruso. Su crítica culminó con la demostración de que *una economía sin método contable, sin un denominador general para medir el valor de los productos, es imposible.*

¡Y acertaron! En el campo «marxista» surgió una gran confusión. Demostraron claramente que el caos de la producción capitalista era un sistema bien ordenado en comparación con la «producción de bienes» sin unidad de cuenta.

Sólo una pequeña parte de los socialdemócratas se aferró al viejo amor (Neurath), mientras que la mayoría reconoció la necesidad de una medida general en la vida económica. Kautsky también se asustó y ahora se vio obligado a tomar partido, apartándose de su antiguo método de librarse de este asunto con una mano en la espalda. Esto es lo que hizo. El valor ha dejado de ser repentinamente una «categoría histórica», porque la «contabilidad» se *basará en el dinero, ya que es indispensable «como medida de valor para la contabilidad y el cálculo de las relaciones de intercambio en una*

sociedad socialista»⁴² y también «como medio de circulación». Lo que será el dinero en la «segunda fase» del comunismo es para él una cuestión abierta, porque ni siquiera sabemos «si será algo más que un deseo piadoso, similar al Reino Milenario».⁴³

Weber y Mises ganaron la batalla: el comunismo fue derrotado. Sin embargo, todavía tenían que vérselas con Marx y Engels, porque éstos nunca participaron en la locura de una producción sin unidad de cuenta, sino que establecieron la hora de trabajo como unidad de medida. La derrota se hizo tan a fondo que Herbert Block, en su *Die Marxsche Geldtheorie* [Teoría del dinero de Marx], página 125, considera superfluo discutir a fondo el cálculo de la hora de trabajo. De hecho, ni una sola parte del cálculo del tiempo de trabajo quedó intacta, pero sólo porque Weber y Mises entendieron tanto, o más bien tan poco, de este tema como Kautsky: ¡nada de nada!

El primer fruto de la crítica de Weber fue la excelente obra de Otto Leichter -*Die Wirtschaftsrechnung in der Sozialistischen Gesellschaft*, Viena, 1923 [El cálculo económico en la sociedad socialista, Viena, 1923]. Al poner la producción en función del tiempo de trabajo, el comunismo da aquí un gran salto adelante. Quiere poner la producción en manos de los productores, pero como no puede o no quiere aplicar la categoría de tiempo de producción socialmente necesario, resulta, sin embargo, en un capitalismo de Estado.

También aprendemos de sus escritos que no fue el primero en basar la producción en la contabilidad de las horas de trabajo; esta línea de pensamiento fue desarrollada no sólo por Marx, sino también alrededor de 1900 por Maurice Bourguin, cuyo trabajo Leichter declara coincidir «casi exactamente» con sus propias concepciones.

Además, hay otros autores que admiten que el tiempo de trabajo juega un papel importante en la producción, pero como *ninguno de ellos incluye los medios de producción* en sus cálculos, sus consideraciones no llevan a ninguna parte. También la explicación de Varga en «*Comunismo*», año 2, nº 9/10, carece de ella, por lo que tampoco es necesario tenerlo en cuenta en la investigación posterior.

D) Avances

Sin embargo, los avances en la formulación de los problemas no sólo son evidentes en el aspecto económico, sino también en el «político». El

⁴² Kautsky, *Die proletarian Revolution und ihr Programm* [La revolución proletaria y su programa], p. 318

⁴³ Kautsky, *Die proletarian Revolution und ihr Programm* [La revolución proletaria y su programa], p. 317.

proletariado revolucionario ya está señalando que el aparato de producción puede ser perfectamente «propiedad común» y, sin embargo, actuar al mismo tiempo como un aparato de dominación y explotación: la revolución rusa ha puesto estas cuestiones también bajo una luz política. Ahora exigimos *garantías* para *conservar* el derecho a decidir sobre los medios de producción. Por ello, ahora exigimos *normas de aplicación general* para la dirección y administración por parte de los propios productores. Hay que vigilar de cerca que estas normas se cumplan efectivamente.

Por lo tanto, hay que combatir seriamente el tipo de sindicalismo que busca la «libre» disponibilidad sobre la empresa.

Además de las garantías de que se mantendrá el derecho a la disponibilidad sobre el aparato productivo, ahora también necesitamos *garantías* de que se suprimirá realmente la explotación. Y estas garantías no pueden residir en una «democracia», en influir en las «autoridades dirigentes» a través de elecciones a todo tipo de consejos, sino que esta garantía debe residir en el proceso fáctico en el aparato de producción y distribución, que está fuera de toda democracia: ¡necesitamos una relación exacta entre el productor y el producto social total!

La base de estas garantías radica en el conocimiento de que tenemos que «saber cuánto trabajo se requiere para la producción de cada objeto de uso». ⁴⁴ [Es decir, conocer el **tiempo de su producción**].

Y así llegamos a un objetivo perfectamente claro para nuestra futura investigación: tenemos que investigar cómo se desarrolla la categoría del tiempo de producción socialmente necesario en la vida económica de las empresas comunistas.

Este será el tema a seguir ahora. Por lo tanto, no estamos de ninguna manera construyendo una «imagen del futuro». En modo alguno estamos «inventando» un «sistema comunista». Sólo examinamos las condiciones en las que puede aplicarse esta categoría central: la hora de trabajo socialmente necesaria. No mantener esta categoría, producirá una cadena de consecuencias fatales. No será posible mantener la relación exacta entre los productores y el producto total y, por tanto, la distribución ya no estará determinada por los hechos en el proceso del aparato de producción. En consecuencia, se producirá una distribución *de personas a personas* y, por tanto, los productores y consumidores perderán el poder de determinar en las empresas el curso de la vida económica. Este poder pasará entonces inevitablemente a la dictadura de los «órganos centrales» y así el Estado *con*

⁴⁴ Friedrich Engels, *Anti-Dühring*, p 335. [Anti-Dühring, Parte III, Socialismo, Capítulo 4, Distribución]

su «democracia» entrará en la vida económica y el capitalismo de Estado será inevitable.

Capítulo 5

Comunismo libertario

A) *¡Ocupad las empresas! ¡Tomad lo que necesitéis!*

Es triste descubrirlo, pero no vale la pena el esfuerzo de estudiar individualmente las distintas corrientes dentro del movimiento obrero en cuanto a su visión de la vida económica bajo el comunismo. Es un desierto desolado, yermo de uniformidad.

En todas las corrientes encontramos los *mismos principios económicos*, presentados sólo bajo diferentes frases. Socialdemocracia; bolchevismo; sindicalismo; la intersección del «marxismo» con el sindicalismo que llamamos socialismo gremial; anarquismo: todo se reduce a lo mismo.

Si dejamos de lado, por el momento, el movimiento obrero socialdemócrata para examinar más de cerca el «comunismo libertario» (sindicalismo y anarquismo), lo que más llama la atención es la estructura federalista de este movimiento. De ello se deduce que la economía comunista se entiende aquí también como una unión federal de productores y consumidores. Esta corriente está, por tanto, fuertemente dirigida contra el Estado, mientras que la *autoorganización* [o *autogestión*, Nota del Traductor] es una de sus características.

Aunque el comunismo libertario no llegó a formular una teoría económica bien fundamentada, su línea general de pensamiento, tal y como se experimentó entre los trabajadores, puede resumirse en unas pocas líneas.

Básicamente, la «teoría» no se eleva por encima del eslogan: «*Las empresas a los trabajadores*». La relación recíproca entre las empresas será «regulada» por el «*libre acuerdo*» y sobre la relación del productor con el producto social total se escuchan los más vagos rumores. Una de las respuestas es que las empresas se convertirán en asociaciones productivas, en las que los trabajadores distribuirán «el producto del trabajo». Otra idea es que las empresas, a través de un «*libre acuerdo*», se dedicarán al transporte directo de mercancías y se limitarán simplemente a entregar su producto de forma gratuita allí donde se requiera. También es típico del comunismo libertario que, con frecuencia, consiga resolver la cuestión del consumo individual de forma muy sencilla utilizando la fórmula «*¡Cada uno toma según sus necesidades!*»

Por su exigencia de *autogestión*, el comunismo libertario *parece* estar bastante próximo de la asociación marxista de productores *libres e iguales*, pero en realidad no es en absoluto así. Los partidarios de esta corriente malinterpretan la noción de productores libres y productores iguales. El

lema «Las fábricas para los trabajadores» significa en el comunismo libertario que los trabajadores consideran las empresas como su «propiedad», de la que pueden disponer a su antojo. Pero en el sentido marxista, la nueva relación jurídica es que las empresas pertenecen a la *comunidad*. Las máquinas y las materias primas son propiedad social, bajo la gestión de los trabajadores y sobre los que éstos tienen el control de la producción. Esto implica también que la comunidad debe obtener el control adecuado sobre sus bienes. El comunismo libertario, sin embargo, se opone rotundamente a tal control, porque entonces los trabajadores, una vez más, volverán a «no estar a cargo de su propia casa».

Esta resistencia ideológica también se encuentra en el *libre acuerdo*. El comunismo no reconoce esta categoría. Sólo reconoce a los productores *iguales*, porque *tienen* que dirigir sus empresas según reglas generalmente aceptadas. *Sólo sobre esta base* pueden establecer sus vínculos económicos con otras empresas. El llamado «libre acuerdo» excluye toda regulación social de aplicación general, por lo que es anticomunista.

B) *El capitalismo de Estado libertario*

La debilidad del llamado comunismo libertario se hace inmediatamente evidente en cuanto sus representantes comienzan a elaborar sus «principios básicos» de forma positiva.

Queremos demostrarlo con el libro del conocido anarquista francés Sébastien Faure, «*Le Bonheur Universel*» [*La Felicidad Universal*], publicado en 1921 y traducido al holandés por la *Roode Bibliotheek* en 1927 con el título «*Het Universeele Geluk*».

Faure nos informa del objetivo de su obra de la siguiente manera:

«Esta obra describe de forma sencilla, clara y atractiva la vida de una gran nación bajo el régimen libertario-comunista, y pretende demostrar que los anarquistas tienen un plan social bien estudiado».⁴⁵

Veamos el punto de vista del comunismo libertario sobre la regulación de la producción. No vemos la creación de condiciones económicas equitativas en las que todos los productores *dirijan*, gestionen y organicen ellos mismos la producción. Por supuesto, tampoco encontramos una relación exacta entre el productor y la totalidad del producto social, porque el sistema funciona según el principio de «toma lo que necesitas». Sin embargo, inmediatamente después de la toma del poder, este sistema de distribución

⁴⁵ Faure, *Het Universeele Geluk* [La felicidad universal], p. 5.

aún no podía aplicarse. En esta situación, los bienes de consumo se «racionarían» de acuerdo con una norma establecida que nos fijan los «maestros de la estadística». Nos «asignan» la cantidad que podemos utilizar. Traducido al lenguaje marxista simple, esto significa que los trabajadores **no** tienen acceso al producto y, por lo tanto, tampoco tienen acceso al aparato de producción. Por cierto, como veremos más adelante, ¡el comunismo libertario de Faure no deja la menor duda al respecto!

La regulación de la vida económica se entiende aquí en la forma socialdemócrata, como es habitual, en la que el comunismo es sólo una cuestión de mera técnica organizativa.

Mientras que la coordinación de la producción, en el comunismo de Estado, se realiza por la autoridad del Estado, en Faure se crea por «*acuerdo libre y fraternal*» (p. 6). Sin embargo, Faure se opone a cualquier «autoridad», por lo que dice de estos múltiples eslabones en la vida económica de las empresas comunistas: «*toda esta organización se basa en el principio inspirador de la libre cooperación*» (p. 213 de la traducción neerlandesa).

La verborrea aquí sustituye a la realidad económica. Siempre seguimos creyendo que un sistema económico se basa en *leyes económicas* y no en algún tipo de principio rector. Esto no puede ser *la base* sobre la que se sustenta un proceso de producción y reproducción. Para que los productores tengan garantizados sus derechos, con o sin un «principio inspirador», toda la organización debe descansar sobre una base muy *material*; al menos por el momento, el tiempo de trabajo debe ser la *medida* de la participación en el consumo social. Eso nos parece bastante seguro.

C) *El libre acuerdo*

En cuanto a la relación entre los productores, la relación entre las diferentes empresas, encontramos el mismo terreno movedizo en el «libre acuerdo». Todo es muy agradable y acogedor: «La gente busca, prueba, resume y experimenta con los resultados de los diferentes métodos. El acuerdo aparece, se ofrece, se impone por sus resultados y gana». (p. 334).

Faure considera muy «natural» esta base de «libertad para todos mediante el acuerdo entre todos». Pues, dice, ¿no ocurre lo mismo en la naturaleza? «El ejemplo de la naturaleza está ahí: elocuente y claro. Todo está conectado por un acuerdo libre y espontáneo (...) cosas infinitamente pequeñas, una especie de polvo, se encuentran, se atraen, se acumulan y forman un núcleo». (p. 334).

Ahora bien, los ejemplos de la naturaleza son siempre cosas muy peligrosas, y en este caso particular muestra claramente la total inadecuación de la metodología libertaria. «*Todo está unido por un acuerdo*

libre y espontáneo». Es bastante maravilloso ver el concepto humano de «libertad» transmitido a la naturaleza, pero en sentido figurado, vaya.

Sólo que... Faure ignora por completo aquí el momento decisivo del «libre acuerdo» en la naturaleza. Y es que el «libre acuerdo» está determinado por las fuerzas mutuas de los «aliados». Si el sol y la tierra concluyen el «libre acuerdo» de que la tierra dará la vuelta al sol en $365\frac{1}{4}$ días, entonces esto está determinado, entre otras cosas, por la *masa* del sol y la *masa* de la tierra. Sobre esta base, se concluye el «libre» acuerdo.

Así es siempre en la naturaleza. Ya sean átomos, electrones o lo que sea, las cosas entran en **conexión** entre sí y la naturaleza de esta conexión está determinada por las fuerzas mutuas de los «aliados». Y es por eso que tomamos el ejemplo de la naturaleza, sólo para mostrar, que debe haber *una relación exacta* entre el productor y el producto y una relación exacta entre los diferentes productos, con la que se puede concluir el «libre acuerdo» en la sociedad. Así es como el acuerdo pasará del discurso a la realidad.

D) *La producción centralizada en el Estado*

Pasando ahora a la organización de la coordinación de las empresas para que toda la máquina trabaje al servicio de las necesidades del pueblo, Faure esboza un cuadro del que los bolcheviques podrían estar orgullosos, ¡pues se trata realmente del «cártel general» de Hilferding!

La producción funcionará en función de la demanda y «por tanto, es necesario determinar **para todo** las necesidades totales y la cantidad de cada necesidad». (página 215).

Para ello, cada municipio comunica sus necesidades en términos de población a la «Oficina Principal de Administración de la Nación», que ofrece a los funcionarios de la nación una visión general de las necesidades totales de toda la población. A continuación, cada municipio emite una segunda lista indicando cuánto puede producir, de modo que la «Administración Principal» conoce ahora las fuerzas productivas de la «nación».

¿Cómo se hace esto? Cada municipio determina sus necesidades en función del número de habitantes. Todas estas comunicaciones llegan a las «oficinas principales de la administración nacional», para que los funcionarios de allí tengan una visión general de toda la población. A continuación, cada municipio emite una segunda lista en la que indica cuánto puede producir, de modo que la «administración principal» ahora también conoce las fuerzas productivas de la «nación».

La solución al problema está clara. Los altos funcionarios deben determinar ahora determinar qué parte de la producción corresponde a cada municipio y «*qué parte de la producción pueden conservar para ellos*». (p. 216)

Este estado de cosas es exactamente el mismo que imaginaron los comunistas de Estado. Abajo están las masas, arriba los funcionarios que dirigen y gestionan la producción y la distribución. Así, la sociedad no se basa en realidades económicas, sino que descansa en la buena o mala voluntad o competencia de ciertos individuos. Para despejar cualquier duda sobre la disposición central del aparato de producción, Faure añade:

«La administración principal conoce la producción global y la necesidad global y, por lo tanto, tiene que comunicar a cada comité de distrito la cantidad de producto que puede disponer y cuántos medios de producción tiene que proporcionar». (página 218).

Dónde se esconde ahora el «comunismo libertario» en este sistema se nos escapa por completo. Tal vez nuestros lectores sean más inteligentes y puedan resolver el enigma por nosotros. Para facilitar esta solución, reimprimimos de nuevo el punto de vista socialdemócrata de Hilferding:

«Cómo, dónde, cuánto y por qué medios han de elaborarse nuevos productos a partir de las condiciones naturales y artificiales de producción disponibles lo deciden (...) los comisarios municipales, provinciales o nacionales de la sociedad socialista, quienes (...) utilizando todos los medios de la producción organizada y las estadísticas de consumo para evaluar las necesidades de la sociedad, prevén y organizan conscientemente el conjunto de toda la vida económica según las necesidades de sus comunidades, conscientemente representadas en ellas y conscientemente dirigidas por ellas».⁴⁶

Hasta que nuestros lectores nos hayan resuelto el enigma, podemos ver, sin embargo, que el *derecho de disposición* sobre el aparato de producción y, por tanto, sobre el producto, se transfiere a los señores que conocen los trucos de la *estadística*. Y ya hemos aprendido tanto de la economía política que de este modo ganarán *poder* en la sociedad.

La «administración principal» *debe* dotarse de los medios para afirmarse, es decir: *¿debe crear un Estado frente a esos trabajadores, «animados» por otro principio*, que quieren establecer una relación exacta entre productor y producto! Esta es una de las leyes del movimiento de este sistema «libertario», lo pretenda Faure o no. También es irrelevante que el plato se

⁴⁶ Hilferding, *Das Finanzkapital* [El capital financiero], p. 1.

sirve con «salsa libremente acordada» o con crema de «principio inspirador». A Las leyes económicas no les importa esto en absoluto.

No se puede culpar a Faure por querer forjar el conjunto de la vida económica en una única visión. Pero esta unificación es un *proceso de desarrollo* que los *proprios* productores deben llevar a cabo desde el interior de sus empresas. Por lo tanto, el primer requisito debe ser la existencia de una base que les *permita* realmente desarrollarlo. Es decir, ¡la *introducción del cálculo del tiempo de trabajo es el primer requisito!*

De este modo, ninguna «administración principal» tendrá que «asignar» nada.

E) *Anarcosindicalismo*

En 1927, el «Gemengd Syndicalistisch Verbond» (Sindicato Sindicalista Mixto, una organización holandesa) publicó un folleto de Müller Lehning titulado «Anarcho-Syndicalisme» (Anarcosindicalismo) para difundir los principios del movimiento sindical anarcosindicalista organizado en la Asociación Internacional de Trabajadores, con sede en Madrid.

En primer lugar, el autor critica a los anarquistas sin pelos en la lengua, una crítica que, en realidad, se reduce a esto: no sois más que charlatanes. Los anarquistas debéis abandonar las frases y convertirnos en personas prácticas, anarcosindicalistas.

Se opone a la conocida opinión de que en primer lugar se trata de destruirlo todo, y luego ver cómo poner las cosas en orden (p.4). Piensa que es necesario elaborar un programa «*que indique cómo deberá realizarse la realización del anarquismo después de la revolución*» (p. 5).

No basta con propagar la revolución económica, «*sino que también es necesario investigar cómo debe llevarse a cabo*» (p. 6).

Los anarquistas en Rusia pusieron en primer plano la autoiniciativa de las masas,

«pero lo que tenía que ser esta iniciativa, lo que tenían que hacer las masas, de hoy para mañana, permaneció siendo confuso y poco positivo» (p. 7).

«Aparecieron muchos manifiestos, pero sobre la cuestión de la práctica diaria sólo unos pocos fueron capaces de dar una respuesta clara e inequívoca» (p. 8).

«Podemos decir que la Revolución Rusa planteó al anarquismo de una vez por todas la cuestión: **¿Cuáles son las bases económicas prácticas de una sociedad sin sistema salarial?** ¿Qué hacer después de la revolución? **El anarquismo tendrá que responder a estas**

preguntas, tendrá que aprender las lecciones de estos últimos años si no quiere fracasar completamente. **Las viejas consignas anarquistas**, por mucha verdad que contengan, **por mucho que se repitan, no resuelven ninguno de los problemas que la vida real plantea**; en particular, no resuelven ninguno de los problemas que la revolución social plantea a la clase obrera» (p. 10).

Y Müller Lehning continúa:

«Sin estas realidades prácticas, toda propaganda sigue siendo negativa y todos los ideales siguen siendo utopías. Esta es la lección que el anarquismo tiene que aprender de la historia y que, nunca se repetirá lo suficiente, fue reafirmada por el trágico desarrollo de la revolución rusa». (p. 11).

Ahora bien, ¿cuál es la alternativa que ofrece el anarcosindicalismo? ¿Cuáles son para ellos los fundamentos prácticos de una sociedad sin sistema salarial?

El anarcosindicalismo permanece tan obstinadamente silencioso sobre esto como el anarquismo. Sí, el autor desarrolla una especie de programa para construir una vida económica anarcosindicalista, ¡pero no contiene ni una sola palabra sobre los *fundamentos* económicos! Una vez más, el problema se ve desde una perspectiva socialdemócrata: desde el punto de vista de la coordinación organizativa de la vida económica en las empresas.

Y es precisamente la revolución rusa la que demostró que el problema no es: ¿Cómo construir la vida económica de las empresas, federativas o centrales, sino que la cuestión es: ¿A qué condiciones *económicas* está ligada la vida económica en las empresas, para que los propios trabajadores puedan gestionar y dirigir la producción?

A continuación, Müller Lehning elabora lo que sirve de programa organizativo:

«Las organizaciones económicas tienen como objetivo la expropiación del Estado y del capitalismo. Los órganos del Estado y del capitalismo deben ser sustituidos por las asociaciones productivas de los trabajadores, como portadoras de toda la vida económica. **La base debe ser la empresa, la organización de la empresa debe ser el núcleo de la nueva organización económica social.** Todo el sistema de producción debe construirse sobre la base de la federación de la industria y la agricultura». (p. 18)

Para una mejor comprensión, hay que señalar que esto se refiere a la construcción del movimiento anarcosindicalista. Los trabajadores deben organizarse en sindicatos obreros industriales y agrícolas para que sus **organizaciones** puedan tomar el control de la vida económica de las empresas después de la revolución. La empresa de transportes quedará entonces bajo la dirección de la federación sindical de transportes, las minas bajo la dirección de la federación sindical de mineros, y así sucesivamente.

En otras palabras: el movimiento sindical anarcosindicalista se ve a sí mismo como el futuro portador de la vida económica.

Desde esta perspectiva, sólo podrá haber una revolución proletaria cuando el movimiento sindical anarcosindicalista sea lo suficientemente fuerte como para dirigir la vida económica de las empresas.

Por eso escribe Müller Lehning: «**Las organizaciones económicas tienen** como objetivo expropiar el Estado y el capitalismo».

Así, la dimensión organizativa del movimiento sindical anarcosindicalista se convierte en *la medida* por la que se determina la «madurez» para la revolución social.

En los países del norte de Europa, donde el anarcosindicalismo no tiene ninguna importancia organizativa, los trabajadores que representan este movimiento sienten muy bien que su organización no puede ser la medida de la revolución, y por eso rechazan esta consecuencia. Pero como no tienen ni idea de los fundamentos *económicos* de la vida económica de las empresas comunistas, carecen de todo suelo bajo sus pies, y al final no tienen más remedio que apartarse del control organizativo de la revolución por parte del movimiento sindical.

Por lo tanto, el movimiento sindical anarcosindicalista puede examinarse mejor allí donde realmente importa. Y eso es en España.

Por supuesto no puede ser nuestra intención someter al movimiento sindical anarcosindicalista en España, la CNT, a una crítica general. Aquí sólo nos interesa saber qué consideraciones prevalecen con respecto a la implantación de la economía comunista. Y no parece haber la menor duda de que la CNT, *como sindicato*, reclama para sí la gestión y administración de la vida económica.

Esto ya es evidente, por ejemplo, al exigir «(...) *el control de los sindicatos sobre la producción*» (De *Syndicalist*, 19 de septiembre de 1931) y no el control de las amplias masas a través de sus consejos.

Y también el desarrollo del congreso de la CNT en junio de 1931 no deja lugar a dudas a este respecto. La revista sindicalista francesa *La Révolution Proletarienne* de julio de 1931 contiene un relato de este congreso, del que extraemos: «El congreso demuestra que la CNT es una fuerza enorme. Sólo

le queda concretar y poner en práctica sus medidas para tomar el control de la industria».

Como se puede ver, la CNT tiene que llevar a cabo la absorción de empresas. Por eso Müller Lehning escribió: «*Las organizaciones económicas* tienen como objetivo la expropiación del Estado y del capitalismo».

Además, el informe francés sobre el congreso de la CNT afirma: «El congreso decidió exigir la expropiación de todas las tierras de más de 50 hectáreas, entregando la tierra, el ganado y el equipo a los sindicatos de trabajadores agrícolas».

Y para aclarar definitivamente cualquier malentendido sobre los planes de socialización del movimiento sindical anarcosindicalista, «Syndicalist» informa el 29 de agosto de 1931: «Hay varios luchadores en el Comité Nacional de la CNT que no creen que la CNT en su estado actual esté preparada **para hacerse cargo de la producción**».

¡Qué error de concepción de los problemas básicos de la revolución social!

¿Por qué el anarcosindicalismo se niega a levantar una esquina del misterioso velo que se cierne sobre el transporte de mercancías entre empresas en la economía comunista?

¿Sobre qué bases económicas tiene lugar el consumo?

¿Cuál es la base económica del productor en relación con la riqueza de los bienes sociales?

No hemos escuchado absolutamente nada al respecto. Eso es un mal presagio. Porque sólo puede significar que aquí se invocan los fundamentos «económicos» del comunismo libertario del anarquista francés Faure. No hay otra manera. Por eso aplicamos como crítica económica del anarcosindicalismo exactamente lo que ya hemos escrito sobre Faure. La crítica económica del comunismo libertario de Faure es también la crítica del anarcosindicalismo.

Capítulo 6

El proceso de producción social en general

A) *Producción y reproducción*

A través de su aparato de producción, la humanidad ha creado un órgano para satisfacer sus diversas necesidades. Con la ayuda de máquinas y herramientas, la fuerza de trabajo humana lucha contra la naturaleza para extender por la tierra un flujo de productos laborales a partir de materias primas naturales.

Este proceso de trabajo es el *proceso de producción*. No sólo produce mercancías, sino que también consume mediante el trabajo de muchas máquinas y herramientas, así como de la propia fuerza de trabajo.

Desde este punto de vista, el proceso de producción es un proceso de *demolición, de destrucción*. Pero al mismo tiempo crea nuevos valores en este proceso de destrucción: las máquinas, las herramientas y nuestro trabajo se consumen, mientras que, al mismo tiempo, se renuevan, restauran y *reproducen*. El proceso de producción social es como el proceso de la vida en el cuerpo humano: de la autodestrucción a la autoconstrucción de forma cada vez más complicada.

«Cualquiera que sea la forma social del proceso de producción, es necesario que éste sea continuo, que recorra periódicamente, siempre de nuevo, las mismas fases. Del mismo modo que una sociedad no puede dejar de consumir, tampoco le es posible cesar de producir. Por tanto, considerado desde el punto de vista de una interdependencia continua y del flujo constante de su renovación, todo proceso social de producción es al propio tiempo proceso de reproducción».⁴⁷

B) *La producción capitalista*

Es precisamente en las leyes del movimiento de esta renovación constante, en las leyes del reproducción, que el capitalismo se presenta como un sistema incontrolado y revolucionario. El capitalismo se presenta como un sistema incontrolado y revolucionario. No conoce punto de detenimiento. Constantemente es arrancado de sus antiguos cimientos para encontrar un nuevo equilibrio en un nivel superior, con mayor capacidad. *Tiene* que crear cada vez más y mayores empresas, *tiene* que reproducir la producción en una escala cada vez mayor, o, para decirlo en términos capitalistas: El capital ***tiene que acumularse*** constantemente.

⁴⁷ Marx, *El Capital*, Libro I, Capítulo 21, La reproducción simple.

La rentabilidad del capital es, de hecho, el objetivo de la producción capitalista, y en este caso el *beneficio* es la fuerza motriz. Y como sólo la fuerza de trabajo viva puede producir *plusvalía*, cada capitalista debe esforzarse por emplear el mayor número posible de trabajadores, es decir, debe producir a la mayor escala posible.

En esta búsqueda de beneficios, los distintos grupos de empresas se oponen entre sí. Cada grupo quiere asegurarse la mayor parte posible de la plusvalía que se exprime de la clase obrera. La caza del botín se convierte en una *lucha mutua por el botín* o, para decirlo más educadamente, compiten entre sí.

Esta lucha por el botín es la gran revolución de la producción. Toda empresa debe estar preparada para producir a precios cada vez más bajos que sus competidores, de modo que la búsqueda de beneficios es, al mismo tiempo, una búsqueda de mejoras técnicas: máquinas cada vez más nuevas, que ahorren trabajo humano, deben sustituir a las antiguas.

Si una empresa, por ejemplo en la industria del acero, consigue encontrar un nuevo método de producción más barato, esta empresa reduce el valor del capital de todos sus competidores. Los demás capitales se vuelven obsoletos o, como los llama Marx, víctimas del «desgaste moral». Esto significa simplemente que la base de la rentabilidad de estos capitales ha desaparecido, por lo que hay que añadir nuevos capitales para que los antiguos no se arruinen por completo.

Está fuera del alcance de nuestras consideraciones discutir el inmenso despilfarro de los bienes sociales, así como de la crisis y otras catástrofes que la lucha por el botín engendra. Para nuestros propósitos, sólo es importante señalar que la renovación constante, la reproducción del instrumento de trabajo, es *una función individual de los capitalistas*.

Son ellos los que deben decidir si se renueva, y en qué medida, aunque, por supuesto, no pueden tomar como guía las necesidades del pueblo, sino que *deben* concentrarse en las oportunidades de beneficio que proporciona la lucha por el botín en el momento actual.

Capítulo 7

La producción comunista

A) *La circulación de bienes*

Antes de examinar más de cerca las normas generales a las que están sujetas la producción y distribución, debemos analizar primero la razón por qué en el comunismo no hay ni *intercambio* ni *valor*. Ya hemos visto que la explicación que dan los exégetas oficiales al señalar el «cártel general» de Hilferding no puede ser correcta en el sentido marxista. Por lo tanto, se plantea la siguiente cuestión: si esto *no* es así, ¿qué es entonces?

A pesar de todos los libros académicos que se han escrito sobre el tema, la supresión de estas categorías sigue oculta en la más profunda oscuridad. Sin embargo, es especialmente importante no hacer las cosas más difíciles de lo que realmente son. Porque la cuestión es que uno tiene que *poseer* algo para poder cambiarlo. Los que no tienen nada, los que no poseen nada, no tienen nada que intercambiar. Por lo tanto, el intercambio no es sólo un acto económico, sino una transferencia *basada en la propiedad privada*. El intercambio es, por tanto, un acto económico que expresa *la relación social* según la cual los productos del trabajo son propiedad privada.

La revolución social, la revolución en las relaciones sociales, la revolución en las relaciones mutuas de las personas en la vida social de la empresa, *suprime esta relación social*: pone los productos del trabajo en propiedad común. El intercambio, que es una función de la propiedad privada, queda así abolido,

«... porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo» (Karl Marx, *Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán*).

En el comunismo, las organizaciones productivas son partes iguales de un todo cerrado, de todo el proceso de producción y distribución. Cada organización productiva realiza sólo una actividad parcial, pasando su producto a otras hasta que esté listo para el consumo.

Sin embargo, esta circulación de productos no es un «intercambio», porque no hay «propietarios» de los productos que se cambian en cada traspaso. La *nueva relación jurídica* entre los productores y el producto fabricado es, por tanto, la misma que entre ellos y los medios de producción: *los productos pertenecen a la comunidad*. Al igual que las organizaciones

productivas reciben maquinaria, edificios y materias primas para procesarlos *de forma independiente* para la comunidad según las normas establecidas, también deben *transmitir* el producto *de forma independiente* según las normas aplicables al proceso de producción o consumo. Las organizaciones productivas dirigen y controlan la producción y distribución de sus productos «en nombre de la sociedad»; es decir, con responsabilidad *hacia* la sociedad.

Ahora bien, en el uso del lenguaje no existe una distinción tan tajante entre términos económicos. Por lo tanto, en el lenguaje ordinario, sólo se presta atención a la naturaleza de la transferencia de productos, que, naturalmente, bajo el comunismo siempre tendrá lugar, y tal vez la gente siga llamando a esta transferencia «**intercambio**», *aunque ahora haya asumido un contenido completamente diferente*. Sin embargo, no queremos dar mal ejemplo utilizando una palabra antigua para un término nuevo, por lo que seguimos hablando de «*transmisión*» de los bienes.

B) *El tiempo de producción*

La misma transformación conceptual se produce con respecto con el término «**valor**». El intercambio de productos no se realiza arbitrariamente, sino que se lleva a cabo en una determinada proporción. El intercambio se realiza sobre la base de que los productos incorporan la *misma* cantidad de trabajo social. Esta cantidad de trabajo es su valor. El valor es, por tanto, la cantidad de trabajo socialmente necesario que contiene un producto.

Ahora bien, es inmediatamente evidente que es precisamente un requisito de la economía comunista que debemos saber «*cuánto trabajo requiere cada mercancía para producirla*».⁴⁸

De ello se desprende que la circulación de los productos en el capitalismo se basa en el trabajo social contenido en las mercancías, ... ¡y bajo el comunismo lo mismo!

Así como el movimiento de los productos bajo el capitalismo se basaba en el valor, también parece estar bajo el comunismo. Sin embargo, no es así en absoluto. La antítesis de la producción capitalista es: *producción social*, por un lado, y *propiedad privada*, por otro.

La circulación de los productos tiene lugar mediante el «intercambio» de los propietarios privados de *sus* bienes.

La proporción en que se intercambian los productos viene determinada por su valor, es decir, por el trabajo socialmente necesario para producirlos. Pero la propiedad privada de los medios de producción significa que el propio

⁴⁸ Engels, *Anti-Dühring*, Marx Engels Werke 19, p. 2.

trabajo social, como trabajo, también se convierte en valor, es decir, es *intercambiado* por los trabajadores asalariados sobre la misma base que los productos.

La circulación de los productos en el capitalismo expresa así, una vez más, el antagonismo de la producción capitalista: el intercambio de valor, es decir, trabajo social en propiedad privada.

En el transcurso de la I Guerra Mundial, los bolcheviques y el Partido Socialdemócrata se encontraban en un estado de colapso.

En el comunismo no hay separación entre los productores y los medios de producción. Los medios de producción ya no son propiedad de una clase separada; la producción social se gestiona colectivamente.

Los productos no son *intercambiados* por propietarios privados, sino que se *transmiten* dentro la comunidad. Esta transmisión de productos se basa en las horas de trabajo socialmente necesarias. En el comunismo, se suprime la antítesis: producción social/proiedad privada. La circulación de los productos en el comunismo –la transmisión de los productos– expresa así la unidad de la gestión comunal y la producción social.

De esto se desprende que en la vida económica comunista la cantidad de trabajo necesaria para fabricar un producto indica algo muy diferente del término «valor». Y ahora es muy posible que en el lenguaje común se hable del «valor» de los productos también en el comunismo, aunque el término ha adquirido un significado completamente diferente. Y una vez más, no queremos dar mal ejemplo utilizando una palabra antigua para un término nuevo para hablar *del tiempo de producción de* los productos.

En lugar de afirmar que las mercancías circulan a través del *intercambio* basado en el *valor*, decimos entonces que las mercancías se *transmiten* en función del *tiempo de producción*. Aunque el movimiento visto desde fuera es el mismo que bajo el capitalismo, la *forma* del movimiento cambia completamente por la desaparición del dinero como forma de valor y el *contenido* de los términos cambia por la transición a la propiedad común. O, en palabras de Marx:

«En el seno de una sociedad **colectivista**, basada en la propiedad común de los medios de producción, los productores no cambian sus productos; el trabajo invertido en los productos no se presenta aquí, tampoco, como valor de estos productos, como una cualidad material, poseída por ellos, pues aquí, por oposición a lo que sucede en la sociedad capitalista, los trabajos individuales no forman ya parte integrante del trabajo común mediante un rodeo, sino directamente.

[...]Aquí reina, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuanto éste es intercambio de equivalentes. Han variado la forma y el contenido, porque bajo las nuevas condiciones nadie puede dar sino su trabajo, y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo. Pero, en lo que se refiere a la distribución de estos entre los distintos productores, rige el mismo principio que en el intercambio de mercancías equivalentes: se cambia una cantidad de trabajo, bajo una forma, por otra cantidad igual de trabajo, bajo otra forma distinta». ⁴⁹

De ello se desprende que el comunismo de Marx no es en absoluto un «sistema negativo». En lugar de las funciones reguladoras del dinero, existe el registro de la circulación de los productos, la contabilidad social, el tiempo de trabajo socialmente necesario y, por tanto, en el tiempo de producción socialmente medio, que se lleva a cabo en el contexto *cooperativo* de productores y consumidores. De este modo, los trabajadores y los consumidores pueden participar en la producción de bienes y servicios. El mercado, que según los capitalistas es un indicador de las necesidades, desaparece por completo - es suprimido por la conexión directa de las organizaciones de consumidores con la producción.

Esta conexión es el verdadero objeto de la *producción planificada*. Aunque es precisamente en este ámbito en el cual los economistas socialistas se dan con un canto en los dientes. En una discusión posterior sobre el «mercado» trataremos la producción planificada pero sólo de pasada. Esto se debe a que está fuera del ámbito de este escrito: está fuera de los *principios básicos* de la economía comunista. La producción planificada sólo puede basarse en principios económicos. Por lo tanto, primero hay que aclarar estos principios.

La producción planificada es, por tanto, una cuestión muy diferente, que, sin embargo, desde las experiencias de la revolución rusa, también puede entrar en el ámbito de la investigación exacta. Para ello, tenemos el estudio del P.Pollock, *Die planwirtschaftlichen Versuche in der Sowjetunion 1917-1927* (edición de Hirschfeld, Leipzig, 1929). Esta obra no critica a Rusia, sino que se limita a mostrar cómo tuvo, y sigue teniendo lugar, la lucha por el control del mercado en el curso de los 10 años mencionados.

⁴⁹ Karl Marx, Glosas marginales al programa del Partido Obrero Alemán

C) *El método de investigación*

Para investigar mejor el paso de los productos en función del tiempo de producción, utilizamos el método habitual de simplificación. Así, por el momento, nos abstendremos de todo tipo de complicaciones que impliquen la alteración del tiempo medio de producción social, como la mejora de la racionalidad del empresa y el progreso tecnológico, con el fin de entrar gradualmente en el funcionamiento de estos factores. Además, por el momento, suponemos una reproducción simple, es decir, que la sociedad no decide ampliar el aparato de producción. Nos dedicaremos al funcionamiento de la producción sobre una base amplia en un capítulo posterior.

D) *La reproducción comunista*

Tras estos supuestos, podemos presentar la vida económica comunista de una forma muy sencilla y clara. Cada empresa calcula cuánto tiempo de trabajo dedica a su producto, es decir, determina cuántas horas de trabajo en medios de producción «fijos» (máquinas y edificios), cuántas horas de trabajo en medios de producción «circulantes» (materias primas y bienes de consumo) y cuántas horas de trabajo directamente gastadas se incorporan al producto.

Cualquiera que sea la naturaleza de la empresa, ya sea una fábrica de azúcar, una empresa ferroviaria o un organismo administrativo, siempre consume medios de producción, materias primas y bienes de consumo, así como mano de obra empleada directamente, por lo que cada empresa puede determinar cuántas horas de trabajo pasa el producto a la sociedad. O dicho de otro modo:

Cada empresa trabaja según esta ecuación de producción:

Construcción y maquinaria	+	Materias primas y auxiliares	+	Fuerza de Trabajo	= Producto
e	+	m	+	Ft	= p

Nota: Las empresas de transporte y los organismos administrativos no proporcionan realmente un «producto» sino un «servicio». Sin embargo, esto no cambia nada. Volveremos sobre este tema más adelante.

Para mayor claridad, podemos sustituir las letras por cantidades ficticias por año, por ejemplo, para una fábrica de zapatos. La producción podría entonces obtenerse mediante la siguiente ecuación:

Construcción y maquinaria		Materias primas y auxiliares		Fuerza de Trabajo	40.000 pares de zapatos
e	+	m	+	Ft	= p
1.250 horas de trabajo	+	61.250 horas de trabajo	+	62.000 horas de trabajo	= 125.000 horas de trabajo

Se necesitaron 125.000 horas de trabajo para producir 40.000 pares de zapatos en un año se necesitaron 125.000 horas de trabajo.

Esto supone una media de 3,125 horas por cada par de zapatos.

Ahora bien, si la empresa de calzado quiere iniciar un nuevo período de producción, tiene que reponer todo lo que se ha perdido en la producción. Tiene que reintroducir el desgaste de los medios de producción (1.250 horas), volver a comprar las materias primas (61.250 horas) y reanudar las 62.500 horas de trabajo de sus trabajadores. Una vez que lo haya hecho, la producción puede empezar desde cero *sobre la misma base*. Visto así, la ecuación de producción es igual a *la fórmula de reproducción*.

Cada empresa se reproduce a sí misma. Y así se reproduce toda la economía social comunista.

La misma ecuación de producción que se aplica a cada empresa individual podemos utilizarla para dar una forma clara a toda la economía comunista. En esta fórmula encontramos, pues, todos los medios de producción de que dispone la sociedad, más todas las materias primas y auxiliares, así como todas las horas de trabajo empleadas directamente por los trabajadores en la producción. La economía total está representada, pues, por todos los medios de producción de que dispone la sociedad. Así, la economía total está representada por:

$$Et + Mt + Ft = \text{Producto total}$$

Nota: El índice t significa: total.

De nuevo podemos sustituir, para mayor claridad, las letras por cantidades ficticias cantidades y así terminamos, por ejemplo, con

$$Et + Mt + Ft = \text{Producto total}$$

108 millones + 650 millones + 650 millones = 1.408 millones de horas de trabajo

La masa del producto social total contiene, pues, 1.408 millones de horas de trabajo. Todas las empresas juntas extraen ahora 108 millones de horas de los medios de producción, más 650 millones en materias primas y auxiliares, mientras que el resto, es decir, 650 millones, se destina al consumo individual de los trabajadores. Como resultado, todo el producto social es consumido mientras *todas las* empresas se han reproducido para que pueda comenzar un nuevo período de producción.

E) La reproducción de la fuerza de trabajo

Sin embargo, es necesario considerar un poco más el consumo individual. En nuestro ejemplo, tenemos 650 millones de productos disponibles para este fin, ¡pero aún nos falta saber cómo se distribuirán entre los trabajadores!

Sería muy posible, por ejemplo, que el trabajo no cualificado, cualificado y el intelectual se «valoraran» de manera diferente. La distribución podría ser, por ejemplo, que a los no cualificados se les «pagara» $\frac{3}{4}$ de hora por una hora de trabajo, el cualificado una hora, el oficinista una hora y media y los directivos tres horas, por ejemplo. En la contabilidad de la empresa, se registraría lo siguiente para una semana laboral de 40 horas: 30 horas para el trabajador no cualificado, 40 horas para el cualificado, 60 horas para el oficinista y 120 horas para el directivo.

Esta es, en efecto, la opinión de los señores economistas. Se olvidan de «valorar» el trabajo por igual, es decir, de dar a todos la misma parte del producto social. Este es el significado de los «estándares de vida» de Neurath (Ver la cita de Neurath en el capítulo 2 de este libro).

Los «fisiólogos nutricionistas» establecerán un mínimo de subsistencia, que será entonces el «ingreso» de los no cualificados, mientras que los otros recibirán más en proporción a su diligencia, sus capacidades y la importancia de su trabajo.

Esta diferencia de «salarios» Kautsky la considera «necesaria»; porque cree que el trabajo «desagradable o pesado debe pagarse mejor que el trabajo agradable y ligero».⁵⁰

También cree que por esta razón la aplicación del cálculo de las horas de trabajo es inviable. Con su compadre Leichter llega a mantener la diferenciación salarial incluso dentro de una profesión, porque los salarios individuales tendrían que ser capaces de aumentar por encima del salario base con la rutina del trabajador cualificado. Por ejemplo, opinaban que el

⁵⁰ Kautsky, *Die proletarische Revolution und ihr Program*, p. 318.

trabajo a destajo también debía mantenerse en el comunismo. Leichter, en cambio, observa con razón que esto no es un obstáculo para el cálculo de las horas de trabajo, como ya se ha mencionado anteriormente. Dice: «Sólo queda la dificultad puramente técnica, que también está presente en el capitalismo, de fijar salarios para actividades laborales individuales, pero esto no es una complicación en comparación con el método capitalista».⁵¹

Por lo tanto, concluimos que para este tipo de comunistas, en principio, se considera correcto la diferente remuneración por diferentes tipos de trabajo, incluso la diferente remuneración por diferencias individuales dentro del mismo tipo de trabajo. En otras palabras, según ellos, incluso en el comunismo, «*la lucha por la mejora de las condiciones de trabajo*» no ha cesado, la distribución del producto social tiene un carácter antagónico y *la lucha por la distribución del producto continúa*.

Esta lucha es una lucha de poder y se librará como tal.

Sin duda, es imposible demostrar mejor que estos señores no pueden imaginar una sociedad sin una clase obrera dominada. Para ellos, las personas son sólo *objetos*. Los trabajadores no son más que partes del aparato de producción, una especie de material para el que los fisiólogos de la nutrición deben calcular la cantidad de alimentos que hay que suministrar para que su fuerza

de trabajo pueda entrar de nuevo en el aparato de producción. La clase obrera debe luchar con la mayor energía contra esa visión y exigir una parte igual de la riqueza social para todos.

F) *El valor de la fuerza de trabajo en el comunismo y los niveles de vida*

La razón por la que los economistas «comunistas» no pueden escapar a la divergencia en la valoración de la fuerza de trabajo reside, creemos, en su espíritu de clase. Una distribución igualitaria del producto social contradice por completo este poderoso baluarte de conceptualización y, por tanto, les parece «imposible». Sin embargo, es ya un principio correcto, si no antiguo, que el mundo del pensamiento se guía principalmente por el mundo de los sentimientos y que, por tanto, la mente no encontrará mucho más que sentimientos. Esto explica por qué Leichter quiere, por ejemplo, abolir el concepto de valor para la producción en las empresas, pero no puede liberarse de él en relación con la fuerza de trabajo. La divergencia en la valoración de los distintos tipos de trabajadores en el capitalismo se debe al hecho de que el trabajador es una «mercancía» que se puede comprar, al igual que otras «mercancías». El precio medio pagado por el empresario es

⁵¹ Leichter, *Die Wirtschaftsrechnung in der Sozialistischen Gesellschaft*, p. 76.

el necesario para reproducir la fuerza de trabajo. Para el trabajador no cualificado, el valor es tanto como el coste de los alimentos para el «nivel de subsistencia» más bajo. En general, los hijos de personas no cualificadas no pueden aprender profesiones, porque tienen que ganar directamente lo máximo posible. De este modo, los *proprios* no cualificados reproducen la mano de obra no cualificada.

Para la reproducción de la mano de obra cualificada se necesita un poco más. En este caso, los niños aprenden una profesión, y así los trabajadores cualificados reproducen *ellos* mismos la mano de obra cualificada. Lo mismo ocurre con los intelectuales. Este «carácter de mercancía» del trabajo también se aplica al «comunismo» de Leichter. Afirma: «Los diferentes tipos de trabajadores (estibadores, funcionarios, ingenieros - GIKH) tienen diferentes costes para reproducir su trabajo. Los trabajadores cualificados tienen mayores necesidades de reproducir su trabajo para el día siguiente, para el año siguiente, es decir, sus gastos corrientes son más elevados. En general, sin embargo, hay costes más elevados para una mano de obra cualificada en su conjunto, es decir, para formar a un ser humano con el mismo nivel de desarrollo y conocimientos, si el anterior portador de esta mano de obra ya no es capaz de trabajar. Todo esto hay que tenerlo en cuenta a la hora de calcular el valor de las distintas fuerzas de trabajo.»⁵²

G) *El valor de la fuerza de trabajo en el capitalismo según Marx*

Si nos fijamos aquí en el análisis marxista del valor de la fuerza de trabajo, queda bastante claro que las *leyes salariales* para el capitalismo y para el «comunismo de los niveles de vida» ¡son completamente idénticas! Marx dice:⁵³

«Ahora bien, ¿cuál es el coste de producción de la fuerza de trabajo?

Es lo que cuesta sostener al obrero como tal obrero y educarlo para este oficio. Por tanto, cuanto menos tiempo de aprendizaje exija un trabajo, menor será el coste de producción del obrero, más bajo el precio de su trabajo, su salario. En las ramas industriales que no exigen apenas tiempo de aprendizaje, bastando con la mera existencia corpórea del obrero, el coste de producción de éste se reduce casi exclusivamente a las mercancías necesarias para que aquél pueda vivir

⁵² Leichter, 'Die Wirtschaftsrechnung in der sozialistischen Gesellschaft' p. 61.

⁵³ Marx supone aquí que el precio coincide con el valor, que existe por tanto un equilibrio en el mercado de trabajo entre la oferta y la demanda.

en condiciones de trabajar. Por tanto, aquí el precio de su trabajo estará determinado por el precio de los medios de vida indispensables.

Pero hay que tener presente, además, otra circunstancia.

El fabricante, al calcular su coste de producción, y con arreglo a él el precio de los productos, incluye en el cálculo el desgaste de los instrumentos de trabajo. Si una máquina le cuesta, por ejemplo, mil marcos y se desgasta totalmente en diez años, agregará cien marcos cada año al precio de las mercancías fabricadas, para, al cabo de los diez años, poder sustituir la máquina ya agotada, por otra nueva. Del mismo modo hay que incluir en el coste de producción de la fuerza de trabajo simple el coste de procreación que permite a la clase obrera estar en condiciones de multiplicarse y de reponer los obreros agotados por otros nuevos. El desgaste del obrero entra, por tanto, en los cálculos, ni más ni menos que el desgaste de las máquinas.

Por tanto, el coste de producción de la fuerza de trabajo simple se cifra siempre en los gastos de existencia y reproducción del obrero. El precio de este coste de existencia y reproducción es el que forma el salario. El salario así determinado es lo que se llama el salario mínimo». ⁵⁴

Así como la reproducción de la parte «material» del aparato de producción es una función individual del capitalista, la reproducción de la fuerza de trabajo es una función individual del trabajador en el capitalismo. Pero al igual que la reproducción de la parte «material» del aparato de producción se convierte en una función social bajo el comunismo, la reproducción de la fuerza de trabajo se convierte en una función social. Ya no se imputa al individuo, sino que corre a cargo de la sociedad. La asistencia a las instituciones educativas ya no está vinculada a la cartera del padre, sino únicamente a las cualidades espirituales del niño. Además, la situación es completamente estúpida, ya que las personas dotadas por la naturaleza de las mejores cualidades hereditarias pueden disfrutar plenamente de la cultura humana y participar con sus camaradas en las artes, las ciencias y los desafíos físicos, ¡y encima recibir una parte mayor del producto social para consumir que los que están física o psicológicamente menos dotados!

Pero hay más.

La distribución del producto social bajo el comunismo no es una simple reproducción de la fuerza de trabajo: es la distribución de toda la riqueza material e intelectual producida por la humanidad con su tecnología, y, por

⁵⁴ K.Marx, *Trabajo asalariado y capital*.

tanto, va mucho más allá de la simple reproducción de la fuerza de trabajo. Lo que los «comunistas» como Kautsky, Leichter, Neurath, etc. quieren con sus «niveles de vida» se reduce a asegurar un «nivel mínimo de subsistencia» para el trabajador «inferior», basado en la fisiología nutricional, mientras que los «superiores» consumen la abundancia.

Esto significa que no piensan en suprimir la explotación. Basándose en la propiedad colectiva de los medios de producción, ¡la explotación continúa!

En el «comunismo del nivel de vida» los productores entregan su fuerza de trabajo a un «algo» grande e indefinible que se llama eufemísticamente «sociedad». Pero allí donde aparece ese «algo», se trata de un elemento ajeno a los productores, que se eleva por encima de ellos, los explota y los domina, como un «algo» que es el verdadero dueño del aparato productivo, como una «sociedad» en la que los productores están incluidos como factores «materiales» de producción.

Capítulo 8

La hora de trabajo socialmente necesaria como base de la producción

A) *Kautsky en problemas*

Ya hemos mencionado (en el capítulo 4c. «La crítica burguesa al cártel general»), cómo Max Weber y Ludwig Mises lograron cubrirse de laureles al rechazar el cálculo de la hora de trabajo, y cómo Kautsky demostró entonces ser un alumno muy susceptible en aquella época. En su libro *La revolución proletaria y su programa*⁵⁵, Kautsky da prueba de ello. Pero aquí se encuentra en la dificultad de que ahora también él tiene que volverse contra Marx. Eso iría en contra de su costumbre. Por supuesto, no lo hace y declara que el cálculo de las horas de trabajo es teóricamente concebible pero inadecuada para su aplicación práctica. Antes de empezar a explicar estas consideraciones, Kautsky comienza dando una formulación del cálculo de la hora de trabajo. Sin embargo, hay que señalar que accidentalmente se olvida de mencionar que éste era el punto de vista de Marx.

Kautsky comienza mostrando la imposibilidad de producir sin una unidad de cuenta y concluye que «la perpetuidad del dinero como medida de valor es indispensable para la contabilidad y el cálculo las relaciones de intercambio en una sociedad socialista».⁵⁶ Pero a continuación pregunta:

«¿Necesitaremos el mismo dinero que sigue existiendo hoy (...), el dinero que se ha hecho a partir de una mercancía especial, generalmente el oro? ¿No podríamos, en lugar de esta mercancía, en lugar de este representante del trabajo humano, determinarlo directamente como medida de valor y crear un dinero-trabajo que certifique el trabajo directamente realizado?

Esto sería concebible en la forma en que cada trabajador recibe un billete por cada hora que ha trabajado; por este billete recibe el derecho al producto de una hora de trabajo. Para cada producto, sería posible calcular cuánto ha costado la mano de obra.

Por el salario de un día de trabajo, el trabajador siempre podía comprar productos cuya producción requiera un día de trabajo. **El cálculo sería siempre perfectamente correcto, toda explotación se haría imposible, y el trabajador sería completamente libre en cuanto a cómo quiere gastar su salario.**

⁵⁵ Edición Dietz, Stuttgart, 2ª edición, 1922.

⁵⁶ Karl Kautsky, *Die proletarische Revolution und ihr Programm*, p. 318.

Cualquier tutela por parte de una autoridad que asigne raciones a los individuos se evitaría. No hay duda de que un dinero así sería concebible. Pero, ¿podría llevarse a la práctica?». ⁵⁷

¡Oh, no! ¡Qué pena que no sea posible! ¿Y por qué no es posible?

Porque Kautsky cree que las diferencias salariales y el trabajo a destajo lo impedirían, y porque sigue viendo al comunismo como el monstruoso cártel de Hilferding, donde los directores de producción controlan toda la economía mundial desde ¡sus oficinas centrales del gobierno! De este modo, llega a una definición completamente errónea del problema. Su problema adquiere el siguiente carácter:

Con la supresión de la propiedad privada, toda la vida económica social se unifica en una sola unidad. Los productos pasan de una empresa a otra hasta que el «producto final» sea apto para el consumo. El mundo entero participa en el traslado de productos semielaborados y materias primas. Miles y miles de trabajadores han puesto a disposición su fuerza de trabajo antes de que, por ejemplo, un par de zapatos esté listo para el consumo, antes de que aparezca como «producto final». Después de todo, ¿cuántas horas de trabajo contiene este producto final?

He aquí el enigma, en cuya solución Kautsky hunde abatido su cabeza. Sí, teóricamente, por supuesto, la solución debería ser posible. ¿Pero en la práctica? No, porque: «Qué tarea imposible sería calcular para cada producto la cantidad de trabajo que ha costado desde el primer comienzo hasta el producto final terminado, incluyendo el transporte y otros trabajos auxiliares». ⁵⁸

«La estimación de las mercancías según el trabajo que incorporan (ni siquiera es posible incluso) con el aparato estadístico más inspirador y perfecto». ⁵⁹

De hecho, Kautsky tiene toda la razón en que es completamente imposible de esta manera. Sin embargo: tal método de cálculo de la producción sólo existe en la imaginación de Kautsky.

B) La respuesta de Leichter

Aunque Leichter esté completamente de acuerdo con Kautsky en que una sociedad libre de explotación es una de las fantasías del Reino Milenario, conoce mucho mejor que su antiguo colega de partido cómo funcionan los

⁵⁷ Kautsky, *Die proletarische Revolution und ihr Programm*, p. 318. Negrita del GIKH.

⁵⁸ Kautsky, *ibidem*, p. 318.

⁵⁹ Kautsky, *ibidem*, p. 321.

cálculos en la producción. Señala con gran énfasis que dentro de un trust o cártel, las mercancías nunca se transfieren sin un «ajuste de cuentas» y que esto también ocurrirá en el comunismo.

«...existen relaciones entre los distintos lugares de producción, y esta relación existirá en el mundo mientras haya división del trabajo. La división del trabajo en este sentido superior continuará desarrollándose a medida que se produzcan «avances tecnológicos».⁶⁰

Todas las condiciones materiales de producción, todos los materiales semiacabados, todas las materias primas, todos los materiales auxiliares, que se entregan desde otras plantas de producción a la planta de procesamiento, se calculan y facturan al mismo tiempo».⁶¹

«Los magnates del cártel o -en una economía socialista- los dirigentes de toda la economía no permitirán que las diferentes fábricas produzcan según el mismo programa con métodos diferentes y con costes diferentes. Por lo tanto, a menudo esto es a veces un estímulo para que los empresarios débiles del capitalismo se dejen «engullir» por una corporación gigante, porque esperan que «su» empresa gozará así de la organización más adecuada, del mejor método de producción, de los empleados más capacitados para aumentar la productividad de la empresa. **Para ello, sin embargo, es necesario registrar los resultados de todas las empresas por separado y actuar -ya sea en un régimen capitalista o economía capitalista o socialista, como si cada empresa tuviera su propio empresario que quiere tener claro el resultado económico de la producción.** Por lo tanto, dentro del cártel hay una contabilidad muy estricta y **forma parte de una visión profana del capitalismo y también del socialismo que dentro del cártel se puedan mover mercancías sin más contabilidad,** o que las empresas individuales del grupo no sepan distinguir muy bien entre «lo mío y lo tuyo».⁶²

Existe, por tanto, un «ajuste de cuentas» entre empresas separadas, pero también dentro de cada empresa la contabilidad se lleva a cabo de acuerdo según los métodos más nuevos y precisos.

Por razones que no se examinarán aquí en detalle, la gestión empresarial capitalista después de 1921 se vio obligada a «racionalizar» las empresas. Así

⁶⁰ Otto Leichter, *Die Wirtschaftsrechnung in der sozialistischen Gesellschaft*, p. 54

⁶¹ Leichter, *ibidem*, p. 68

⁶² Leichter, *ibidem*, p. 52/53. GIKH

pues, alrededor 1920, apareció una literatura totalmente nueva sobre el desarrollo de métodos para calcular con gran precisión los «costes de producción» de cada actividad parcial y de cada proceso individual. Estos costes se componen de muchos factores: el desgaste de los medios de producción, el consumo de materias primas y auxiliares, una determinada norma para la seguridad social así como para los oficinistas, etc. Mediante fórmulas generales puede calcularse los «costes de producción» de cada artículo.

Leichter dice a este respecto:

«La liquidación capitalista, cuando se lleva a cabo en una fábrica de forma perfecta y fluida, puede determinar en cualquier momento con exactitud el valor de un producto semiacabado, de un trabajo en curso, del coste de cada trabajo en curso, el coste de cada operación individual de trabajo. Puede determinar en cuál de los distintos trabajadores, en cuál de las diversas máquinas, es más barato una operación; puede así aumentar en todo momento la racionalidad del proceso de producción hasta el máximo grado. Además, hay otro logro del método capitalista de contabilidad; en toda gran fábrica hay una serie de gastos y desembolsos que no entran directamente en el producto intercambiable (por ejemplo, los salarios del personal de la oficina, la calefacción de los locales, etc.).

También es uno de los grandes logros del método capitalista de contabilidad el haber hecho posible estas sutilezas en la contabilidad económica».⁶³

Sin embargo, las fórmulas, tal y como se aplican actualmente en una determinada empresa no son utilizables en el comunismo, porque diversos factores que ahora se incluyen en la contabilidad de costes, como los intereses sobre el capital, ya no nos son aplicables a nosotros y porque se basan en el denominador común del dinero, pero el método como tal constituye un avance duradero.

También en este aspecto, la nueva sociedad nace en el seno de la vieja.

C) *El beneficio*

Visto desde este ángulo, la «imposibilidad de realizar un cálculo práctico» de la cantidad de trabajo en un determinado producto dado aparece bajo una luz completamente diferente. Esto es un asunto

⁶³ Leichter, *ibid.* p. 22-23.

completamente diferente. Lo que Kautsky no puede hacer desde su centro económico, lo pueden hacer muy bien los propios productores. El secreto está en que cada empresa, dirigida por su propia organización obrera, actúa como una unidad «independiente», al igual que en el capitalismo. «A primera vista, se supone que cada unidad de producción individual es bastante independiente, pero si se mira más de cerca se ve claramente el cordón umbilical por el que la unidad individual está conectada al resto de la economía y su gestión».⁶⁴

Cada unidad «independiente» tiene un «producto final» y, aplicando la fórmula $e+m+f$, siempre puede determinar cuánta mano de obra se necesita para su producción. Una vez que la «empresa final» ha completado su producto «acabado» para que pueda pasar al consumo, sabemos inmediatamente cuánta mano de obra ha gastado «desde el principio hasta el producto final, incluyendo el transporte y otras actividades auxiliares». Al igual que la producción se compone de subprocesos, también lo es el cálculo del tiempo de trabajo, un cálculo que es realizado por los productores y que, por lo tanto, no es una función de la economía central de Kautsky.

Kautsky reconoce así la necesidad de calcular el tiempo de trabajo de los productos, pero no ve ninguna posibilidad de hacerlo concretamente. Por ello, es incapaz de encontrar una fórmula exacta para el «trabajo socialmente necesario». No es de extrañar, entonces, que sea incapaz de entender cualquiera de los diversos problemas que rodean a esta categoría. Dice toda clase de tonterías sobre los «precios» de los productos⁶⁵, mientras que la diferencia de productividad de las empresas y el progreso de la tecnología le causan las mayores dificultades.

Aunque es superfluo, después de haber expuesto el error de principio, nos centraremos más en sus objeciones. Por esta razón, nos gustaría continuar con sus reflexiones en aras de una comprensión concreta de la categoría de trabajo socialmente necesario.

D) *La brecha de productividad de las empresas*

Para ello, nos centraremos primero en los «precios» de los productos. Kautsky señala que no todas las empresas son igualmente productivas. Una empresa está mejor situada que otra, o tiene mejor organización de la producción, o dispone de mejores máquinas: en resumen, los costes de producción difieren ligeramente, quizás incluso mucho, en todas las empresas que están fabricando el mismo producto. Por ejemplo, una fábrica

⁶⁴ Leichter, *ibid.*, p. 100-101

⁶⁵ Kautsky, *Die proletarische Revolution und ihr Programm*, p. 321.

de zapatos puede producir zapatos en 3,125 horas, otra en 3,5 horas y otra en 3 horas por par. Así, cada empresa dará un tiempo de producción diferente, cada empresa tiene su propia *media empresarial*.

Sin embargo, la producción social consiste en determinar la *media social*, es decir, cuánto trabajo se invierte en un par de zapatos, calculado sobre toda la producción social de zapatos. Por lo tanto, no difiere de la media de todas las fábricas de calzado del distrito. En los ejemplos que hemos dado, por ejemplo, sería muy posible que la *media social* fuera de 3,3 horas por par.

Se trata, por tanto, de un caso peculiar. La media social en nuestro ejemplo podría ser 3.3, mientras que no hay ninguna empresa que trabaje según este ¡promedio! Por lo tanto, existe una contradicción entre la mano de obra empleada en cada empresa individual, la media de la empresa y la media social.

Esta contradicción *siempre* existirá, aunque la vida económica comunista esté perfectamente organizada. Después de todo, dos empresas rara vez serán completamente iguales. Sólo el progreso tecnológico significa que siempre hay diferencias, porque cuando se introduce un nuevo tipo de maquinaria, no se pondrá en marcha en todas partes al mismo tiempo.

Es esta contradicción la que enfrenta a Kautsky a dificultades insuperables y le lleva a afirmar la «imposibilidad» de calcular las horas de trabajo.

Pregunta:

«¿Y qué trabajo hay que cobrar? Ciertamente, no es lo que cada producto realmente cuesta. Ya que, diferentes ejemplares de la misma clase tendrían precios diferentes, siendo más caros los producidos en condiciones menos favorables que los demás. Pero eso sería absurdo. Todos tendrían que tener el mismo precio, y ese precio tendría que calcularse, no en función del trabajo realmente realizado, sino de acuerdo **con el trabajo socialmente necesario**».⁶⁶

Kautsky exige aquí, con razón, que los precios de los productos (según su terminología) correspondan al trabajo socialmente necesario. Por lo tanto, *no se corresponde* con el trabajo realmente invertido en el producto en cada empresa individual, porque éste es a veces superior, a veces inferior, a la cantidad de trabajo socialmente necesario.

Sin embargo, la solución al problema radica de nuevo en que son los propios productores, es decir, su departamento de *contabilidad*, quienes

⁶⁶ Kautsky, *Die proletarische Revolution und ihr Programm*, p. 319. Negrita de GIKH.

pueden determinar esta media social ¡y no Kautsky! Lo que no pueden hacer los dirigentes del «Cártel General de Hilferding» ¡lo pueden hacer muy bien los propios productores!

¿De qué se trata realmente?

Se trata de determinar la media de toda la industria del calzado. De ello se desprende que la exigencia de determinar el trabajo socialmente necesario *conduce directamente* a un vínculo contable entre empresas similares, a una fusión horizontal. Por lo tanto, el primer período de transición no irá mucho más allá de esta fusión contable, pero con el tiempo los resultados de la contabilidad deberían conducir a una interpenetración técnica mutua. Esta fusión horizontal no es, sin embargo, un «cártel» impuesto cuyos objetivos se hacen cumplir por la administración estatal excluyendo a los productores de la dirección del proceso de producción, emitiendo órdenes fuera de las propias empresas. El cómo y el porqué está completamente claro, «transparente» para cada trabajador, porque, en primer lugar, los trabajadores entienden muy bien que no deben «competir» entre ellos; y, en segundo lugar, porque aprenden rápidamente que la producción planificada sólo es posible sobre la base de la media social.

Por lo tanto, la vinculación de empresas individuales en *sectores industriales* parece similar a la «cartelización» capitalista. Sin embargo, las empresas capitalistas se unen para maximizar los beneficios. *Fijan* los precios de modo que la empresa más desfavorecida pueda seguir obteniendo beneficios, mientras que a las empresas bien equipadas les da un beneficio extra. La rama industrial comunista, sin embargo, determina la media de todas las empresas. Juntas, las empresas *tienen la productividad media social*.

Cuando una empresa está por debajo de la productividad, otra debe necesariamente estar por encima, precisamente *porque* la media se determina a partir de todas ellas. Por lo tanto, las desviaciones hacia abajo y hacia arriba siempre suman cero. Cuando todas las empresas, tanto las que producen menos como las que producen más, transfieren su producto a la sociedad según el tiempo de producción social, la contabilidad del sector industrial debe ser *siempre* «correcta».

La eliminación de la contradicción entre el trabajo realmente realizado en cada empresa individual y la media social es, por tanto, una cuestión a resolver dentro del sector. Es una cuestión de contabilidad. *La forma de llevar* esta contabilidad queda fuera del ámbito de las consideraciones teóricas generales, porque esta operación cambiará según la naturaleza de las empresas. Aquí hay muchos caminos diferentes para llegar al mismo objetivo.

Pero en principio se trata de lo siguiente:

Industria del calzado

La fábrica nº 1 produce 40.000 pares de zapatos en 3,125 horas, es decir, 125.000 horas.

La fábrica nº 2 produce 65.000 pares de zapatos en 3,5 horas, es decir, 227.500 horas.

La fábrica nº 3 produce 100.000 pares de zapatos en 3 horas, es decir, 300.000 horas.

Toda la industria produce 205.000 pares de zapatos en 652.500 horas.

Esto es por par: 652.500 dividido por 205.000 es igual a 3,18 horas.

Por tanto, las medias por fábrica son de 3,125; 3,5 y 3 horas. La media social es 3,18 horas. La fábrica nº 1 tiene un tiempo de producción inferior a la media social y, por tanto, tiene una productividad superior a la media. Lo mismo ocurre con la fábrica nº 3. La fábrica nº 2 trabaja más «caro» que la media social y, por tanto, tiene una productividad inferior a la media. Si los zapatos se producen durante 3,18 horas, entonces las fábricas nº 1 y nº 3 tienen un «exceso» de horas, pero son precisamente las horas que le «faltan» a la fábrica nº 2 en términos contables.

E) *El progreso de la tecnología*

Pero Kautsky tiene aún más argumentos en la manga para demostrar la «imposibilidad» de calcular el tiempo de trabajo. Después de demostrar la «gigantesca tarea» que sería calcular la cantidad de trabajo desde el principio hasta el producto final, dice: «*Y si se terminara, habría que empezar de nuevo, ya que las condiciones técnicas de algunas industrias han cambiado*».⁶⁷

¡Todo esto es muy triste! En su torre de control, donde todos los hilos de la producción convergen, has comprobado minuciosamente todos los *subprocesos del trabajo* y calculado cuánto trabajo contienen los productos. Por fin está hecho, ¡gracias a Dios! Pero ahora llega esta maldita tecnología...¡que vuelve a echar por tierra todos tus cálculos!

Debemos apresurarnos a calmar a Kautsky. La cantidad de trabajo que el producto contiene después de pasar por todos los subprocesos no aparece de repente bajo la frenética escritura de su lápiz, sino que son los productores quienes determinan el tiempo de trabajo en cada subproceso. Cuando la tecnología avanza o la productividad aumenta de alguna otra manera, el tiempo de trabajo socialmente medio de este subproceso disminuye. Si el producto en cuestión es el producto final para el consumo individual, entonces entra en el consumo con una media reducida, y eso es todo. Sin

⁶⁷ Kautsky, *ibid*, p. 318.

embargo, si se va a pasar de una empresa como e o m (como medio de producción o como materia prima), los «costes» para esta otra empresa se reducen para que también pueda trabajar «más barato». De este modo, la reducción del tiempo de producción social en un sector se extiende a toda la industria sin alterar los cálculos de nadie.

Todas las objeciones de Kautsky al cálculo del tiempo de trabajo provienen de su extraña visión de la producción social. Está atrapado en el «cártel general» y por ello habla de «trabajo socialmente necesario» pero no ve ninguna posibilidad de concretar este concepto. No es de extrañar. Sólo adquiere su forma concreta al poner la gestión de la producción en manos de productores, realizando «la asociación de productores libres e iguales».

Así vemos cómo la lucha de clases revolucionaria, que creó el sistema de consejos, dio simultáneamente forma concreta al trabajo socialmente necesario.

Capítulo 9

La hora de trabajo socialmente necesaria como base del consumo

A) *El consumo en función de la producción*

Aunque el movimiento obrero ha estudiado muy poco las leyes del movimiento de la producción comunista, ha surgido una duda aún mayor sobre la relación entre los productores con los bienes sociales de consumo. Esto, sin embargo, es totalmente comprensible. Marx ha demostrado que la producción, la distribución y el consumo no son áreas independientes entre sí, sino que determinan sus formas recíprocamente. Este fue precisamente el mayor avance en la comprensión de las interrelaciones en la vida económica. Por esta razón, parecía «superfluo», «utópico» y por lo tanto «poco científico» buscar más de cerca la cuestión del consumo comunista.

Este pensamiento «científico» era, por tanto, muy primitivo según nuestra comprensión actual. La pregunta se formuló así: **con la revolución proletaria los medios de producción pasan a ser de propiedad colectiva y con ello entramos en la vida económica comunista.**

Pero entonces es absolutamente *necesario* que las leyes del movimiento del consumo individual se ajusten a ello, precisamente *porque* son inseparables de las leyes del movimiento de la producción. Por ello, con la transición a la vida económica comunista, por lo tanto, este asunto «se resolverá por sí mismo».

En efecto, ¡esto es absolutamente correcto!

¡Sólo que... la transición a la «propiedad colectiva» no conduce necesariamente a la vida económica comunista!

Es indudable que existe un impulso hacia el capitalismo de Estado y en la implantación del capitalismo de Estado se regulará el consumo.

Es innegable que existe un impulso a favor del capitalismo de Estado y en su implementación el consumo estará regulado por las leyes del movimiento del capitalismo de Estado.

B) *¿Qué se está jugando en la revolución?*

Por ejemplo, típicamente vemos esto expresado en los defensores del comunismo de estado. No es posible establecer una *relación* fija entre productor y producto, no es posible que el trabajador determine su relación con el producto social *inmediatamente* a través de su trabajo, aunque esto excluya «*cualquier explotación y evite toda tutela por parte de una u otra «autoridad»*» (véase el capítulo 8a. Kautsky en problemas). Ahora, sin

embargo, dependerá de estos señores que disponen de los medios de producción y el producto del trabajo, cuánto recibirá el trabajador del producto social. Son *estos señores* que llevarán a cabo una «política de precios», es decir, fijarán los precios de los productos, mientras que al mismo tiempo celebrarán contratos colectivos con los sindicatos para fijar los salarios.

De las siguientes consideraciones se desprende que es necesario que los trabajadores sean conscientes de los planes que están en la cabeza de los que pretenden dirigir la economía «comunista» hacia el futuro. Por lo tanto, debe de quedar claro que la relación exacta entre el productor y el producto es la principal razón que está en juego durante la revolución.

C) *El consumo del dinero*

Lo que está en juego en la revolución es la abolición real del salario por el trabajo. La revolución social, que suprime efectivamente el trabajo asalariado, tiene que regular la relación de los trabajadores con el producto social sobre nuevas bases (véase el capítulo 3a. *La regulación de la producción*).

En otras palabras, el consumo individual debe organizarse sobre la base de nuevos principios.

La supresión del trabajo asalariado implica directamente la supresión de los salarios del trabajo. El comunismo no conoce los salarios. Sólo conoce a los productores interconectados que luchan unidos contra la naturaleza para producir bienes de consumo con el fin de distribuirlos equitativamente entre ellos. La fijación del tiempo de trabajo como medida de consumo no es más que una medida técnicamente necesaria para poder consumir y producir según lo previsto.

La ordenación técnica del consumo exige, por tanto, que los trabajadores de la empresa reciban un «bono de trabajo» (Marx) que indique cuántas horas de trabajo han prestado a la sociedad. Estos «bonos de trabajo» o «dinero del consumo» (Owen), o estos «vales de consumo» son, por tanto, una indicación de los bienes de consumo que los trabajadores pueden adquirir libremente de las existencias sociales.

«Aquí añadiremos que, por ejemplo, los «bonos de trabajo» de Owen tienen tan poco de «dinero» como, por ejemplo, una entrada al teatro (...) El certificado de trabajo sólo constata la cuota individual del productor en el trabajo colectivo y su derecho individual a la parte del producto colectivo destinado al consumo».⁶⁸

⁶⁸ Marx, *El Capital*, Libro I, nota 50.

D) *El dinero del consumidor en Leichter*

Pero... si dos personas dicen lo mismo, ello no significa que siempre sea la misma cosa. Esta vieja sabiduría es confirmada una vez más por Leichter. Introduce en su sistema de producción de tiempo de trabajo también el «dinero del trabajo» para el consumo individual, creando así la impresión de que el trabajo sería el patrón (norma) para este consumo. Sin embargo, no es así en absoluto. En la «imagen de la sociedad» de Leichter, a los trabajadores se les paga según el valor de su fuerza de trabajo, igual que en el capitalismo. Utiliza la palabra «dinero del trabajo» sólo para disfrazar las relaciones salariales capitalistas. Muy torpemente, dice

«De hecho (...) el plan social aquí presentado se basa en la idea de la **asignación de productos in natura en proporción al trabajo realizado por cada individuo**. El dinero del trabajo es sólo una forma de instrucción sobre la parte del producto nacional, elegida por razones técnico-económicas».⁶⁹

Parece que Leichter dice lo mismo que Marx, pero en realidad acabamos decepcionados. Ello se encuentra en la peculiar concepción de Leichter del «trabajo realizado por cada individuo» (véase el capítulo 7e). Para él, sólo esto significa que las relaciones salariales capitalistas deben mantenerse, y utiliza el término «dinero del trabajo» para disfrazar el mantenimiento de las relaciones salariales. Los productores *no reciben* tantas horas de trabajo en bienes de consumo como las que han dado a la sociedad, pero la regulación del consumo se lleva a cabo según normas que nada tienen que ver con la contabilización del tiempo de trabajo.

¿Cuáles son estas normas?

Los «fisiólogos de la nutrición» determinan qué cantidad y qué alimentos «representan más o menos el mínimo de subsistencia» (Leichter, *ibid.*, p. 64), con lo que luego determinan «la ración de vida normal, científicamente calculada y equilibrada». Y ésta es entonces la base del pago. ¿Qué tiene esto que ver con el cálculo del tiempo de trabajo en la producción?

Este mínimo es entonces para los no cualificados, mientras que los salarios de los trabajadores semicualificados y cualificados se fijan algo más altos mediante «convenios colectivos». Estos convenios colectivos determinan el salario base, mientras que «el gerente socialista (...) fija el salario del trabajador individual», en función de sus capacidades.

⁶⁹ Otto Leichter, *Die Wirtschaftsrechnung in der sozialistischen Gesellschaft*, p. 75.

Es evidente que los trabajadores nunca podrán sentir las empresas como una parte de ellos mismos, si existen estas contradicciones entre ellos. Nunca podrán ser responsables de la producción, algo que tampoco es del todo la intención de los comunistas estatales. Con Leichter, además, no son los productores los que responden con respecto al desarrollo de los eventos, ni la organización empresarial en su conjunto, sino el *director*.

Según él, «el dirigente designado de una empresa es *personalmente responsable de ella*. Puede ser destituido sin más, igual que un directivo de una empresa capitalista que no cumple los requisitos que se le exigen, y recibiendo entonces los ingresos *mínimos garantizados por la sociedad* si está «en paro», o es utilizado en un puesto correspondientemente inferior y, por tanto, también peor pagado. De este modo, la llamada «iniciativa privada» de los gerentes y directores de las empresas capitalistas y su sentido de la responsabilidad, que también descansa en sus intereses personales, pueden ser sustituidos y preservados para la vida económica socialista».⁷⁰

No es gratuito que Leichter lo considere uno de los castigos más severos que se reduzca a alguien al nivel de subsistencia sobre una base nutricional establecida científicamente.

E) El salario del trabajo en Leichter

Aunque está suficientemente claro lo que se ha dicho, que el trabajo asalariado es la piedra angular del socialismo de Leichter, nos gustaría examinar más de cerca la cuestión de los salarios. Para ello, es necesario llamar la atención sobre la «política de precios». Quien haya pensado que el «tiempo de producción socialmente necesario» era el «precio» de los productos está profundamente equivocado. Leichter no es muy claro a este respecto, pero no deja de ser cierto que los productos pasan a la sociedad a un «precio» más elevado. Habla, por ejemplo, de los «beneficios» que se obtienen, pero que no van a la empresa, sino al tesoro general (¡Rusia!). A partir de estos «beneficios», el tesoro general proporciona entonces los fondos para la expansión de las empresas.

Este «fondo de beneficios» se convierte así en un «fondo de acumulación». Volveremos sobre la expansión de las empresas más adelante, pero por ahora nos limitaremos a señalar que el tiempo de trabajo socialmente necesario en este sistema de producción con contabilidad del tiempo de trabajo no se expresa en los «precios» de los productos. La cuestión es que la «dirección de la producción» fija los precios de la manera que considera útil y necesaria. Persigue una «política de precios».

⁷⁰ Leichter, *ibidem*, p. 101; la cursiva es de GIKH.

De este modo, se restablecen irrevocablemente las relaciones salariales capitalistas.

La economía marxista distingue tres categorías de salarios del trabajo en la producción capitalista:

1º: El salario nominal del trabajo,

2º: El salario real o verdadero y;

3º: El salario relativo.

El salario nominal del trabajo es el precio monetario de la fuerza de trabajo. Así, en el comunismo de los fisiólogos de la nutrición, el salario nominal es cuántas horas de trabajo cobra el trabajador, después de haber trabajado 40 horas reales.

El salario real es la cantidad de producción que podemos obtener por nuestro salario nominal. Aunque nuestro salario nominal, expresado en dinero, puede seguir siendo el mismo, el salario real aumenta si el precio de la producción baja. Por ejemplo, las caídas de precios en una recesión económica actúan como un aumento salarial para quienes tienen una «renta fija». Aunque su salario monetario sigue siendo el mismo, su salario real aumenta. Cuando comienza una nueva oleada de producción, los precios suelen volver a subir, por lo que el salario real de los que tienen una «renta fija» disminuye.

En la visión del futuro de Leichter, los dirigentes aplican una «política de precios», por supuesto (!) en interés de los consumidores. Pero esto no cambia el hecho de que determinan realmente el salario real del trabajo, a pesar de todos los «convenios colectivos» que sólo pueden referirse a salarios nominales. Los productores y los consumidores pueden opinar sobre esta política de precios a través de la «democracia», pero las relaciones reales, la política real de precios, están, sin embargo, determinadas por los amos de la «estadística».

El salario relativo es la relación entre el salario real y el beneficio del empresario. Si el salario real sigue siendo el mismo, pero el beneficio del empresario aumenta, entonces el salario relativo ha disminuido.

En su «imagen de la sociedad», Leichter pone el mayor énfasis en la racionalización de las empresas, es decir, en una mayor productividad, esto es, en la creación de más productos en el mismo tiempo de trabajo o en un tiempo más corto. De este modo, el tiempo medio socialmente necesario para la fabricación de productos disminuye constantemente. Sin embargo, la relación real entre el productor y el producto no está fijada en las obras de Leichter. Leichter sólo conoce máquinas de trabajo inteligentes, alimentadas sobre una base nutricional científicamente establecida, que no necesitan calorías adicionales con el aumento de la masa de los productos que crean.

Los trabajadores pueden llegar a recibir una parte de la mayor riqueza creada, pero no hay garantía alguna.

Así pues, hemos demostrado que la introducción de la categoría del tiempo de trabajo socialmente necesario en la economía comunista no tiene sentido a menos que la tomemos al mismo tiempo como base del consumo. En cuanto a la relación de los productores con el producto que se fija directamente en las cosas mismas, no habrá lugar para la «política de precios», y el resultado de cada mejora del aparato de producción recaerá directamente en todos los consumidores de forma automática, sin que nadie se *asigne* nada.

F) *El comunismo en la Hungría soviética*

Sin embargo, Leichter no es el único que busca la salvación en la política de precios. Al contrario: es el punto central de todas las discusiones sobre la vida económica comunista. Sin embargo, la experiencia práctica es más importante que todas las discusiones, y por ello queremos examinar con más detalle cómo se desarrolló la práctica de la política de precios y la vida económica comunista en la Hungría soviética. (No tomamos a Rusia como ejemplo, porque esto no es posible en un espacio tan reducido. En principio, sin embargo, es lo mismo).

En «*Los problemas económicos de la dictadura proletaria*» (Die wirtschaftlichen Probleme der proletarische Diktatur), Eugen Varga, antiguo comisario del pueblo en la Hungría soviética, expuso sus experiencias y reflexiones teóricas sobre la antigua república soviética.⁷¹ Para el estudio de la economía comunista la historia de Hungría es muy importante, porque aquí, por un lado, la teoría del comunismo de Estado se forjó en la práctica y, por otro, la práctica se transformó en teoría. En Hungría, el comunismo se construyó según las reglas del arte del comunismo de Estado, y sin duda en condiciones tan favorables que «la transformación y la reconstrucción organizativa procedieron más rápida y vigorosamente en Hungría que en Rusia».⁷²

El país es mucho más pequeño y está más densamente poblado, lo que «hizo posible organizar centralmente mucho de lo que debe descentralizarse en la vasta extensión de Rusia».⁷³

La estructuración se basaba en la visión de Hilferding del «cártel general» (véase Varga, *ibíd.*, p. 122), en el que el Estado, como director general y líder

⁷¹ En el año 1919.

⁷² Varga, *ibidem*, p. 78.

⁷³ véase Varga, *ibid.*, p. 122.

de la producción y distribución, tenía pleno derecho a disponer de todos los productos. Las mercancías que aún se producían en la empresa capitalista «libre» eran adquiridas por el Estado, de modo que éste era de hecho el amo de toda *la* producción.

G) *La distribución de los medios de producción*

Una vez que los dirigentes disponían de todo el producto de la sociedad, debían distribuirlo, empezando por suministrar a las empresas nuevos medios de producción y materias primas. Para ello, el Consejo Superior de Economía creó varios *Centros de Materias Primas*, que «asignaban» a las empresas o ramas industriales tantas materias primas, etc., como se consideraban útiles y necesarias. *Estos centros, sin embargo, no eran en absoluto meros órganos de distribución*: también funcionaban como palancas de poder político y económico contra la clase obrera. Estos centros debían llevar a cabo la concentración de empresas, lo que se hacía simplemente cortando el suministro de materias primas a las empresas que debían cerrarse. Esto paralizaba automáticamente las empresas y echaba a la calle a los trabajadores implicados. Es obvio que los trabajadores se resistieron a este proceso de concentración, que en sus consecuencias económicas era tan fatal para ellos como el capitalismo.

En la práctica, *se les hizo entender a los trabajadores que no tenían derecho a controlar el aparato productivo, sino que este derecho pertenecía a los funcionarios del Consejo Económico Supremo, ¡a los que se colocó en oposición insoluble a los trabajadores!* (Véase: Varga, *ibid.*, p. 71).

En nuestra opinión, es probable que el proceso de concentración se produzca más rápidamente «desde arriba» que «desde abajo», pero el precio que hay que pagar por esta aceleración es demasiado alto: cuesta a los productores el derecho a disponer del aparato productivo... es decir, ¡el propio comunismo!

H) *La política de precios en Hungría*

Abordando ahora al ámbito del consumo, cabe señalar que Varga aboga, en principio, por una distribución equitativa del producto. Esta distribución se haría sin unidad de cuenta «in natura» (véase el capítulo 2d). Varga, sin embargo, señala que inicialmente los propios trabajadores se oponían a una distribución igualitaria del producto social y señala que hay que tener en cuenta una «*generación de la clase obrera, corrompida por el capitalismo y educada en una ideología codiciosa-egoísta*».⁷⁴

⁷⁴ Varga, *ibid.* p. 42.

Conocemos bien esta ideología, que hace que los trabajadores instruidos desprecien a los incultos, mientras que también encuentran justificado que los miembros de las profesiones intelectuales, como médicos e ingenieros, reciban una parte mayor del producto social. Sin embargo, están convencidos de que la diferencia hoy en día es demasiado grande, pero... un médico no es un basurero. Está por ver hasta qué punto los trabajadores convertirán esta ideología en el curso de la revolución. Lo que es seguro es que esta conversión tendrá que producirse rápidamente después de la revolución, porque una distribución desigual de los productos siempre provocará nuevos enfrentamientos dentro de la propia clase obrera.

Para la distribución de los productos en la Hungría soviética, se fijaron ahora raciones para cada producto, que podían comprarse en las cooperativas. Pero *«como por el momento siguen existiendo precios y salarios monetarios»*, habrá que lidiar con la *«fijación estatal de precios»*. Varga da primero la «solución de principio», que, sin embargo, no se pudo aplicar. A continuación, la fórmula de la siguiente manera:

«¿A cuánto debe ascender el precio de los bienes producidos por el Estado? Si los bienes producidos por el Estado se vendieran a su precio de coste, no quedaría ningún ingreso para los grupos improductivos de la población antes mencionados (es decir, soldados, funcionarios, profesores, parados, enfermos, discapacitados, GIKH). Tampoco habría posibilidad de una verdadera acumulación de medios de producción, lo que es aún más urgente en el Estado proletario para elevar el nivel de vida de los habitantes que en el Estado capitalista. En principio, por tanto, todos los bienes del Estado deben venderse al «coste social de producción». Por esto entendemos **el precio de coste de producción más un recargo suficiente para cubrir los costes de mantenimiento de la población no trabajadora, además de otro recargo para permitir la acumulación efectiva**. En otras palabras, los precios de venta deben fijarse de tal manera que el Estado no sólo no tenga déficit, sino que disponga de un excedente para la creación de nuevas empresas productivas. Esta es la solución de principio».⁷⁵

Más adelante examinaremos con más detalle esta «solución de principio». Por ahora, nos limitaremos a señalar que no fue posible determinar el llamado «coste social de producción», por lo que hubo que

⁷⁵ Varga, *ibidem*, p. 147.

recurrir a una simple política de precios. En otras palabras, se aplicó un impuesto indirecto a diversos productos.

Sin duda, Varga quiere que esta política de precios sea **una política de clase**, de modo que se privilegie a la clase trabajadora. Por ejemplo, quiere gravar muy poco los productos vitales para los trabajadores, como el pan y el azúcar, y gravar más los artículos que representan un cierto «lujo». Declara, sin embargo, que esto tiene más un sentido propagandístico que económico, porque las enormes sumas que se traga el Estado deben, al fin y al cabo, proceder de las masas, es decir, del proletariado.

Esta política de clase, por muy bienintencionada que sea, **revela toda la podredumbre de la distribución en el comunismo de Estado. Muestra muy claramente que aquí el productor no determina** al mismo tiempo su parte del producto social mediante su trabajo, sino que esta parte se determina en las «instancias superiores» por la decisión de una persona.

La vieja lucha por los puestos de gobierno continúa así bajo una nueva forma.

Es evidente que los que ejercen el poder político en el Estado son, al mismo tiempo, los propietarios de todo el producto social y controlan la distribución de la «renta del pueblo» mediante la «política de precios». Se trata de la vieja lucha por el poder, librada a espaldas de los consumidores. Si a esto añadimos que en Hungría los *salarios* fueron fijados por el Consejo Económico Supremo (véase: Varga, *ibid.*, p. 75), el cuadro de la esclavitud de masas bajo el comunismo de Estado es completo.

La dirección central de la producción tiene ahora un poder total sobre los salarios, porque incluso un aumento forzado en la lucha puede ser anulado inmediatamente mediante su política de precios. Esto demuestra claramente que, en el proceso de construcción del comunismo de Estado, la clase obrera está creando un aparato de producción que se eleva por encima de las masas y se está convirtiendo en un aparato de opresión aún más difícil de combatir que el capitalismo.

Esta relación entre gobernantes y gobernados queda oscurecida por las formas democráticas de las organizaciones de distribución. En Rusia, el 20 de marzo de 1919, se promulgó un decreto que obligaba a toda la población rusa a unirse en cooperativas de consumo. Todas estas cooperativas, que tienen su propia agilidad dentro de sus esferas de acción, se forjaron entonces en un todo orgánico, mientras que los consumidores, mediante la celebración de reuniones y congresos, determinaban el curso de la distribución: eran «amos en su propia casa». Aunque el Estado era la fuerza estimulante de la formación y asociación de cooperativas, una vez

establecida la organización, la distribución del producto quedaba en manos de los propios ciudadanos.⁷⁶

Esta actividad organizativa del Estado consiguió, según la «*Russische Korrespondenz*», en sólo cinco meses dicho aparato de distribución.

Es cierto que la dictadura del Partido Comunista en Rusia hizo un trabajo formidable en este sentido, y ciertamente proporcionó un espléndido ejemplo de cómo los consumidores pueden crear su propio aparato de consumo en un corto espacio de tiempo. Sin embargo, lo que está en juego en el comunismo, la relación entre el productor y el producto, *no lo deciden ellos*. Esta relación se determina «fuera de casa», en las oficinas del gobierno central. Los consumidores pueden entonces distribuir independientemente, pero sólo según las normas determinadas por la «política de precios».

1) ¿Distribución «justa»?

En la producción comunista, por tanto, exigimos que el tiempo de trabajo sea la medida del consumo. Cada trabajador determina con su trabajo al mismo tiempo su parte del stock social de bienes de consumo.

O como dice Marx: «Recibe de la sociedad un certificado de cuánto trabajo ha prestado aquí y allá (una vez deducido su trabajo para el fondo comunitario), y con este certificado extrae de la reserva social de medios de consumo tanto como le ha costado en cantidad de trabajo. La misma cantidad de trabajo que ha dado a la sociedad en una forma, la recibe de vuelta en otra».⁷⁷

Esto se interpreta a veces muy erróneamente como una distribución «justa» del producto social. Y esto es correcto, en la medida en que nadie puede ganarse la vida sin hacer nada, como los accionistas que cobran dividendos. Pero esto agota la justicia. A primera vista, parece bastante justo que se supriman todas las diferencias salariales y que todas las funciones de la vida social, tanto el trabajo manual como el intelectual, den los mismos derechos a las prestaciones sociales. Pero si se mira más de cerca, esta igualdad de derechos funciona de forma muy injusta.

Consideremos dos trabajadores, ambos dando lo mejor de sí mismos a la sociedad. Pero uno es soltero, mientras que el otro tiene una familia de cinco hijos. Otro está casado y trabajan los dos, por lo que tienen un «doble» ingreso. En otras palabras, la igualdad de derecho a las prestaciones sociales se convierte en una gran injusticia en el consumo práctico.

⁷⁶ *Russische Korrespondenz* - Correspondencia rusa, 20 de enero de 1920, véase Varga, *ibid.*, p. 126.

⁷⁷ Véase el final del capítulo 3.

Así, la distribución de bienes con la norma del tiempo de trabajo nunca puede ser justa. La norma del tiempo de trabajo tiene las mismas imperfecciones que cualquier otra norma. En otras palabras: no existe un patrón justo y nunca podrá existir. Sea cual sea la norma elegida, siempre será injusta. Porque utilizar un estándar significa ignorar las diferencias individuales en las necesidades. Un individuo tiene pocas necesidades, otro tiene muchas. Así, uno puede satisfacer ricamente todas sus necesidades con sus certificados de acciones sociales, mientras que otro tiene que negarse a sí mismo todo tipo de cosas. Ambos dan todo su potencial a la sociedad y, sin embargo, el primero consigue satisfacer sus necesidades y el segundo no.

Esta es la imperfección inherente a todas las unidades de medida. El establecimiento de una medida de consumo se convierte así en la expresión misma de la disparidad del consumo.

La reivindicación de la igualdad de derechos a las existencias sociales no tiene, pues, nada que ver con la justicia. Se trata, pues, de una reivindicación política por excelencia, que planteamos como trabajadores asalariados. Para nosotros, la abolición del trabajo asalariado es el punto crucial de la revolución proletaria. Mientras el trabajo no sea la medida del consumo, habrá «salarios», ya sean altos o bajos. En cualquier caso, no hay relación directa entre la riqueza de los bienes producidos y el salario. En consecuencia, la gestión de la producción, la distribución de las mercancías y, por tanto, también la plusvalía generada deben remitirse a «autoridades superiores». Si el tiempo de trabajo es la unidad de medida para el consumo individual, esto implica ni más ni menos que el trabajo asalariado ha sido abolido, que no hay producción de plusvalía y que, en consecuencia, no se necesitan «autoridades superiores» para distribuir la «renta del pueblo».

La exigencia de un derecho igualitario a las acciones sociales no se basa, por tanto, en modo alguno en la «justicia» ni en ningún tipo de valoración moral. Se basa en la convicción de que sólo así los asalariados pueden mantener el control sobre la vida comunista. Es a partir de la «injusticia» de la igualdad de derechos que comienza a desarrollarse la sociedad comunista.

Capítulo 10

El trabajo social general

A) *Las dos formas de distribución*

En los capítulos anteriores ya hemos tratado la base general de la distribución. Mientras las mercancías permanecen en el ciclo de producción, se *transmiten*, se «distribuyen» sobre la base del tiempo de producción socialmente necesario. Cuando abandonan este ciclo para pasar al consumo individual, la distribución se produce sobre la misma base, siendo el tiempo de trabajo la medida del consumo individual. Una única ley económica regula, por tanto, toda la vida económica, tanto la producción como el consumo. La misma ley económica regula cada parte de la vida de la fábrica, así como su conjunto. O, como también podemos decir: *La única ley general que rige toda la vida económica se manifiesta en cada manifestación individual del proceso del metabolismo social.*

Sin embargo, ahora debemos considerar un grupo de empresas que parecen violar esta ley general. En primer lugar, nos referimos a las empresas que están fuera de la esfera de la producción pero que, sin embargo, son indispensables para la vida social. Se trata, por ejemplo, de todo tipo de consejos económicos y políticos, organizaciones empresariales de contabilidad social general, asistencia sanitaria, educación, construcción y mantenimiento de parques, todo tipo de instituciones culturales y sociales, etcétera. La peculiaridad de estas empresas es que, en realidad, no producen un producto, sino que prestan un «servicio» a la sociedad. Todas estas organizaciones empresariales consumen medios de producción, materias primas y alimentos para sus trabajadores, pero es imposible para algunas, e indeseable para otras, transformar este «servicio» en consumo a cambio de certificados de trabajo. La propia naturaleza de estas empresas es tal que pasan su «producto», su «servicio», a consumo *sin* ninguna unidad de medida económica. De este modo, trabajan «gratis» para los consumidores, *al mismo tiempo que se ocupan aquí de lo necesario*. Así, tenemos aquí un grupo de empresas para cuyo «producto» el tiempo de trabajo no es la medida del consumo.

En cuanto a la distribución de «bienes de consumo», podemos distinguir dos tipos de empresas. El primer tipo, que distribuye su producto para el consumo a cambio de bonos, se denomina *empresas productivas*. Las otras, que trabajan «gratuitamente», según el principio de «tomar lo necesario», se denominan *empresas públicas*, o *empresas de obras sociales en general* (abreviado empresas TSG).

B) *El presupuesto de las TSG (Unidades de trabajo social general)*

Es obvio que esta diferencia en la distribución trae complicaciones a la vida económica social. «Servicios» como la sanidad, la educación, etc. consumen todo tipo de productos sociales, pero no añaden un nuevo producto a las prestaciones sociales. Así pues, la cuestión se reduce a la consecuencia de que los trabajadores de las empresas productivas no pueden consumir únicamente «el producto de su trabajo», sino que también deben apoyar a los trabajadores de las empresas públicas, sí, incluso deben producir los medios de producción y las materias primas para estos «servicios».

Aquí radica su peculiar dificultad.

Por ejemplo, si los trabajadores trabajaran 40 horas a la semana en su empresa, no podrían recibir 40 horas de trabajo remunerado, porque entonces no habría nada disponible para los servicios públicos! Así que tienen que dar una parte del producto de su trabajo a estos servicios. Pero la cuestión es: ¿cuánta parte? ¿Cuántos bonos de horas de trabajo tienen que dar a los servicios públicos?

Afortunadamente, esta última pregunta tiene fácil y rápida respuesta. Los servicios públicos se contabilizan de la misma manera que las empresas productivas. También calculan su consumo de medios de producción, materias primas y fuerza de trabajo, de modo que la sociedad sabe exactamente cuánta mano de obra consumen la educación, la sanidad, etcétera. Básicamente, por lo tanto, ocurre exactamente lo mismo que ocurre ahora bajo el capitalismo: las distintas ramas de la empresa TSG hacen cada una un presupuesto de cuánto trabajo en las distintas formas de e, m, ef creen que se consumirá en el año en curso. Esta es la cantidad de trabajo que la sociedad quiere poner a disposición de las empresas públicas para el año en curso.

Para dar a este presupuesto una forma organizada, utilizamos la misma fórmula de producción que para las empresas productivas. Sin embargo, ponemos el índice *p* al final de las letras, para indicar que se trata de empresas públicas. Así, la fórmula de producción para cualquier empresa pública es la siguiente:

$$(e_p + m_p) + f_p$$

Si ahora sumamos los «gastos» de todas las empresas públicas, tenemos una visión general del consumo total de todas las empresas públicas, que queremos representar simplemente mediante la fórmula:

$$(E_p + M_p) + F_p$$

Si sustituimos las letras por números ficticios, en aras de la claridad, el presupuesto global de los servicios públicos podría ser el siguiente:

$(E_p + M_p) + F_p =$ presupuesto de las TSG
(8 millones + 50 millones) + 50 millones = 108 millones
Sólo queda por ver cómo se sufragarán estos «costes sociales».

C) *La solución habitual*

La solución habitual en el capitalismo es que el Estado se dote de los medios necesarios mediante la recaudación de todo tipo de impuestos directos e indirectos, es decir, privando al consumidor del derecho a una parte de sus bienes de consumo. Rusia resuelve el problema transfiriendo al tesoro público la mayor parte de los beneficios de las empresas estatales y recaudando impuestos indirectos. Así, Rusia también se dotó de los medios necesarios reintroduciendo el vodka (ginebra)⁷⁸, ya que aportó varios millones al erario. La Hungría soviética utilizó los mismos métodos: obtuvo los fondos necesarios a través de su «política de precios», es decir, de los beneficios monopolísticos de las empresas y de la plusvalía de la fuerza de trabajo.

Esta es la solución práctica.

En teoría, sin embargo, hay otras dos soluciones. En primer lugar, la solución que Hilferding aplica a su «cártel general». En esta fantasía fantástica, el problema no presenta dificultad alguna. La dirección central de la producción determina adónde deben ir a parar los medios de producción y las materias primas, al tiempo que «asigna» a los consumidores la cantidad disponible para el consumo individual. Es cierto que esta teoría es bastante pobre, pero no es culpa nuestra.

La segunda solución consiste en calcular los «costes sociales de producción», es decir, la llamada «solución de principio» de Varga. Quiere incluir los «gastos sociales» en el precio de los productos. Sin embargo, esto no puede llamarse una «política de precios», porque quiere que cada producto social se incremente en un porcentaje fijo. Por lo tanto, no es una «política de precios». Lamentablemente, Varga no detalla su «solución de principio», por lo que tenemos que contentarnos con esta escasa indicación. Sin embargo, es posible seguir esta teoría a través de Leichter. Con él tenemos la ventaja de tratar con un autor que entiende el problema en términos exactos. Más adelante veremos que Leichter abandona su solución exacta y se entrega también a la «política de precios». Por último, debemos mencionar la solución de Marx (en las *Glosas marginales sobre el Programa de Gotha*), que no implica una «política de precios», no incluye los costes

⁷⁸ La venta de vodka estuvo prohibida en Rusia desde 1914 hasta 1925 (Nota del traductor).

sociales en el precio de los productos, sino que da a los trabajadores una parte menor del producto social.

Resumiendo las soluciones teóricas y prácticas, encontramos que todo el mundo está de acuerdo en este punto: que los costes sociales deben incluirse en los precios de los productos (**¡excepto Marx!**).

Sin embargo, desde un punto de vista teórico, este método es muy cuestionable, porque nunca nos da una buena visión de «cuánto trabajo requiere cada mercancía para producirse» (véase el *capítulo 7b. Tiempo de producción*). Por lo tanto, impide comprender correctamente la racionalidad de los distintos métodos comerciales. Además, el porcentaje que se aplica a los precios debe determinarse anualmente, lo que provoca «incómodas fluctuaciones de precios». Además, los teóricos que quieren subir el precio de todos los productos no lo hacen, sino que recurren a una simple «política de precios». Por lo tanto, en el estado actual de la investigación sobre las empresas comunistas, no podemos obtener una relación exacta productor-producto. Lo que nos queda a los consumidores es siempre incierto: tenemos que esperar a ver lo que se nos «asigna».

Sin embargo, nunca insistiremos demasiado en que este problema es una de las cuestiones más importantes del comunismo. Por eso los trabajadores deben preguntarse siempre ante todas las fantasías de futuro que se les presentan desde diversos ámbitos: ¿cómo se resolverá el problema de los gastos sociales?

Pues ésta es una de las principales raíces del comunismo de Estado. He aquí una de las principales raíces de la dominación de la clase obrera.

Las clases privilegiadas se retirarán para mantener su privilegio, como última posición, al bastión de la política de precios.

D) La solución de Leichter

El primero en plantear la solución a este problema fue Otto Leichter, y ello porque fue el primero en situar la economía comunista sobre la base exacta de la «contabilidad del tiempo de trabajo». La primera «fuente de ingresos» para el gasto social se encuentra en los «beneficios» de las empresas. Esto es, en efecto, algo curioso en Leichter. Aunque considera «lo más obvio» dirigir el flujo de productos por la vía del «tiempo de trabajo social empleado en ellos» (Leichter, p. 38), *no lo hace*. Aunque agrupa empresas similares en un «gremio», no utiliza esto para resolver la contradicción entre los diversos promedios empresariales y el promedio social (véase el capítulo 8a. «Kautsky en problemas»).

El tiempo de producción de la peor empresa, es decir, la «más cara», se considera el «precio» del producto, de modo que las empresas mejor

equipadas pueden obtener un «beneficio extra», como en el capitalismo. De estas empresas «rentables», dice a continuación: *«Obtendrán entonces un interés diferencial, o - capitalísticamente hablando - un beneficio extra, que naturalmente no debería revertir sólo en esta fábrica, sino que - de nuevo capitalísticamente hablando - debería liquidarse mediante impuestos»*.⁷⁹

Por supuesto, estas «recetas» no bastan, y para Leichter tampoco son una cuestión de principios. Explorando más a fondo la cuestión, intenta comprenderla en términos exactos, lo que constituye un avance sustancial sobre todo lo que tenemos al respecto. En primer lugar, quiere sumar todos los gastos generales, como hicimos en nuestro presupuesto ficticio de la TSG, y luego determinar también cuántas horas de trabajo realizan al año todos los trabajadores juntos (huelga decir que para ello se necesita una contabilidad social general). Relacionando estas dos cifras, Leichter cree haber encontrado un número que indica cuánto tiempo de trabajo debe aportar cada trabajador a la sociedad por hora para cubrir todos los costes sociales. A continuación, calcula esta «contribución» aumentando el tiempo de producción de los productos en función del número de horas utilizadas para producir los costes sociales. Antes de explicar esto con más detalle, empezamos citando textualmente lo que dice sobre el tema:

«Cada unidad de producción deberá contar, pues, con un coeficiente de costes administrativos para el conjunto de la fábrica que se determinará anualmente cuando se elabore el balance total o, en términos socialistas, el plan económico. (...) La suma total de los costes administrativos, que gravan así el conjunto de la producción, se relacionará con alguna cantidad, probablemente mejor con el número total de horas trabajadas en la producción y la distribución, **y el coeficiente resultante se añadirá a los importes salariales en el cálculo de los costes, de modo que el precio de coste de la mercancía incluirá también los costes de la sociedad**».⁸⁰

Como los números siempre dicen más que las palabras, nos gustaría expresar la intención de Leichter en números ficticios.

Leichter lo expresa así: Que el presupuesto del TSG ascienda a 108 millones de horas de trabajo. Que el número de horas trabajadas por todos los trabajadores sea de 650 millones en total. Por hora y per cápita, eso da un coste social de $108/650 = 0,166$ horas.

⁷⁹ Leichter, *ibid*, p. 31.

⁸⁰ Leichter, *ibidem*, p. 65-66.

Ahora tenemos que incluir los costes sociales en el precio de las mercancías. Para ello, retomamos el ejemplo de la fábrica de zapatos (véase el capítulo 7d. *Reproducción comunista*). El precio Leichter será ahora el siguiente:

Construcción y maquinaria	+	Materias primas y auxiliares	+	Fuerza de Trabajo	+	TSG	40.000 pares de zapatos
e	+	m	+	Ft	+	TSG	= precio
1.250	+	61.250	+	62.500	+	(62.500 x 0,166)	135.375

La producción de 40.000 pares de zapatos requiere una media de 3.384 horas por par.

Los «costes de producción» son ahora más elevados que en nuestros cálculos anteriores, lo cual es obvio. Los «ingresos adicionales» deben ser pagados ahora por todas las empresas a la tesorería general, que cubre efectivamente todos los costes.

No presentamos esta explicación adicional del principio de Leichter porque estemos de acuerdo con ella. Al contrario. La fórmula es errónea. Lo revelaría el hecho de que con este método de cálculo se cubriría incluso *más* que los costes sociales. Pero **no queremos** eliminar esta «impureza» porque rechazamos el principio en sí. El error, **sin embargo**, se debe a que Leichter no tiene una idea clara de lo que ocurre en realidad. Así lo demuestra el hecho de que afirme que los costes sociales están *probablemente* mejor relacionados con el número total de horas trabajadas. La realidad, sin embargo, es que ¡no existe otra posibilidad!

E) *La solución práctica de Leichter*

Sin embargo, las consideraciones anteriores de Leichter no son más que una broma teórica para él. No se las toma muy en serio. Y para quien no las entienda, no es ningún problema, porque Leichter no las pone en práctica. En la práctica, no se preocupa en absoluto de su coeficiente. Sí, ¡ni siquiera lo mira! Incluso es un misterio por qué quiere que se calcule. Esta relación sólo tiene sentido si *todos* los productos aumentan de precio según el *mismo criterio*. ¿Y cómo la aplica Leichter? Veámoslo:

«Sería evidentemente una injusticia, y casi parecería un impuesto indirecto, que se aplicase el mismo tipo general a todos los bienes, ya sean los más primitivos o los más lujosos, los más simples o los más complicados, los más absolutamente necesarios o los más superfluos. Será una de las tareas más importantes del Parlamento Económico o de la Dirección Suprema de la Economía fijar el tipo general de gasto para cada rama de la industria o para cada producto, pero siempre de manera que se recoja el gasto total de la sociedad. De esta manera también será posible influir en la política de precios desde un punto de vista central (...).»⁸¹

A nuestro pesar, debemos señalar aquí que en el caso de Leichter las palabras sirven aparentemente para ocultar el pensamiento. Para evitar la acusación de «imposición indirecta», no quiere que todos los miembros de la sociedad soporten por igual los costes de la educación, la sanidad, etc., sino que parece apoyarse en los que tienen una «renta más alta» en favor de los que están contentos con su renta, tal como establecen los fisiólogos de la nutrición. Debemos decir con toda franqueza que para nosotros éste es precisamente el carácter de la fiscalidad indirecta. La cuestión aquí es el coste de los servicios sociales generales. ¿Por qué los ricos deben contribuir más que los que sólo pueden alimentarse con lo que los fisiólogos de la nutrición han establecido científicamente para ellos?

¿Será acaso por la mala conciencia de Leichter debido a su distribución antagónica del producto social?

Por cierto, creemos con Leichter que una de las tareas más importantes del «parlamento económico» será, de hecho, determinar *qué productos* deben gravarse y *cuánto* indirectamente. Por supuesto. ¡Se trata de la lucha por la distribución de la «renta nacional» y cómo se consiga finalmente esta distribución lo decidirá la *relación de fuerzas en la sociedad de clases de Leichter!*

De ello dependerá cuánto poder pueda desarrollar la clase obrera contra la «Dirección Suprema».

F) *La solución marxista*

Cuando hablamos de la «solución marxista» al problema, esto no significa que Marx la diera. Que se expresara o no sobre la cuestión no tiene nada *que ver* con ello. Para aclarar esto, hay que señalar aquí que no conocíamos el escrito más importante de Marx sobre este tema, las «Glosas marginales», cuando investigamos los problemas de la economía comunista.

⁸¹ Leichter, *ibid.*, p. 66.

Para resolver el problema de los «costes sociales», tuvimos que guiarnos por el *modo de pensar* marxista, lo que nos enfrentó directamente con todos los economistas comunistas. Sólo más tarde, una vez concluidas nuestras investigaciones, obtuvimos las «Glosas marginales», y resultó que nuestro punto de vista se correspondía *plenamente* con el de Marx.

Al estudiar los movimientos de la economía comunista, debemos guiarnos por la conciencia de que cada forma de sociedad tiene sus propias «leyes del movimiento» económico. Como categoría central que regula y ordena la economía en su conjunto, así como cada parte por separado, encontramos el tiempo socialmente medio de producción.

Esta ley del movimiento, sin embargo, determina simultáneamente la solución al problema de los «costes sociales». Es ciertamente «concebible» que estos costes puedan ser satisfechos *desviando los «aumentos de precios»*. Pero entonces se viola la ley del tiempo medio de producción, lo que conduce a todo tipo de complicaciones en la circulación «internacional» de mercancías y (como veremos más adelante) *impide el crecimiento del comunismo*. La función reguladora del tiempo medio de producción debe mantenerse **por completo**, de modo que el «coste social» *sólo pueda obtenerse mediante una deducción directa del dinero de consumo*. **Esta es la solución fundamental**. Que esta deducción se haga directamente en la empresa o se contabilice de otra manera es irrelevante.

G) *El factor bolsillo*

Tras esta solución de principio, podemos pasar a una consideración más concreta. Para ello, tenemos que fijarnos bien en lo que ocurre realmente en la distribución del producto social. Hagamos lo siguiente:

Imaginemos que todos los bienes producidos, digamos, en un año, se han reunido en un gran almacén. De este stock social, en primer lugar, las empresas llamadas «productivas» toman sus medios de producción y materias primas para iniciar un nuevo período de producción. A continuación, las empresas «públicas» toman tantos medios de producción y materias primas como indique su presupuesto. El resto es para el consumo de todos los trabajadores juntos.

Esta es la esencia de lo que ocurre en realidad. Pero la forma en que funciona la distribución no es, por supuesto, así. En realidad, no ocurre al cabo de un año, sino cada minuto del día. También hay que recordar que la principal característica que define a las empresas «productivas» es que no trabajan «gratis» y, por tanto, se reproducen. Sin embargo, no tienen que proporcionar ningún «producto» real. Por ejemplo, las empresas de

transporte, siempre que no sean empresas «públicas». Todos estos efectos secundarios oscurecen el curso esencial de los acontecimientos.

Dejaremos estos velos como están por el momento, y utilizaremos números para ilustrar de nuevo el proceso esencial tal como se ha formulado anteriormente. Para ello, supondremos que el presupuesto de las empresas «productivas» es el siguiente:

$$(E_t + M_t) + F_t = \text{masa de productos}$$

100 millones + 600 millones + 600 millones = 1.300 millones de horas de trabajo.

De esta masa de productos de 1.300 millones de horas de trabajo, estas empresas renuevan primero sus medios de producción y materias primas, quedando una masa de producto que engloba 600 millones de horas de trabajo.

De este remanente hay que cubrir las necesidades de las empresas públicas. Así pues, está claro que el «coste social» sólo puede ser soportado por la mano de obra viva [i.e. F_t].

Para continuar con la distribución de todo el producto social, tenemos que elaborar el presupuesto para las empresas sociales, como se indica más arriba [en este capítulo, apartado b: El presupuesto del TSG].

Así fue:

$$E_p + M_p + F_p = \text{«servicios» (= presupuesto del TSG)}$$

$$8 \text{ millones} + 50 \text{ millones} + 50 \text{ millones} = 108 \text{ horas de trabajo}$$

Según este presupuesto, las empresas públicas necesitan los productos de 58 millones de horas de trabajo para renovar sus medios de producción y materias primas. De los 600 millones restantes se deducen los productos de 542 millones de horas de trabajo. Estos 542 millones de horas son para el consumo individual de *todos los trabajadores juntos*.

La pregunta ahora es simplemente: ¿cuánto es esto para cada trabajador? Para responder a esta pregunta, tenemos que determinar *qué parte del producto recibe* cada trabajador. Esto resolverá el problema.

Todos los trabajadores juntos trabajan 650 millones de horas. (En las empresas «productivas» 600 millones y en las «públicas» 50 millones). Pero sólo quedan 542 millones de horas de trabajo para el consumo individual. Así pues, cada persona sólo recibe su parte de $542/650 = 0,83$.

El valor así obtenido, que indica qué parte del trabajo reciben los trabajadores como dinero por su trabajo, lo llamamos, en definitiva, *factor de bolsillo*, aunque sería mejor hablar de «*factor de consumo individual*». En nuestro ejemplo es 0,83, lo que indica que un trabajador que ha trabajado 40 horas sólo recibe $0,83 \times 40 = 33,2$ horas de dinero por su trabajo para consumir.

Tratemos ahora el mismo tema por tercera vez. Primero dimos la «solución de principio», luego esta solución en cifras, y ahora la pondremos en *forma general*. Se trata siempre de lo mismo, pero expresado de forma diferente. ¿Cuál es la forma general del factor de pago?

El problema es la división de F_t [la masa de los productos menos las horas de renovación de la producción].

De aquí se resta, $(E_p + M_p)$, con lo que resulta $F_t - (E_p + M_p)$

El resto se divide en $F_t + F_p$ horas de trabajo, de modo que esté a disposición de cada uno:

$$\frac{F_t - (E_p + M_p)}{F_t + F_p}$$

Ahora, para mayor claridad, podemos sustituir las letras de la fórmula por los números reales de nuestro ejemplo, y llamamos al factor de bolsillo «Factor de Consumo Individual» (FCI), dice la fórmula:

$$\text{FCI} = \frac{(600 - 58) 542}{(600 + 50) 650} = 0.83$$

Este cálculo, muy sencillo, es posible gracias a que todas las empresas llevan un registro exacto de sus consumos de medios de producción, materias primas y mano de obra viva. El sistema de contabilidad social general, que registra el flujo de productos por simple «transferencia», tiene a su disposición, de forma sencilla, todos los datos necesarios para determinar el factor de bolsillo; éstos se obtienen por simple adición en la oficina de contabilidad social general.

En este estado de cosas, nada es «asignado» por nadie. No se trata de un reparto por las personas, sino por la producción de la propia empresa. La relación del productor con el producto social reside en las cosas mismas. Esta es, pues, la explicación del secreto, por qué un aparato estatal no tiene nada que ver con la producción. Toda la economía de la empresa está en un terreno muy real, porque los productores y los consumidores pueden dirigir y administrar todo el proceso por sí mismos, y al mismo tiempo no hay terreno fértil para la explotación y la opresión. Sólo sobre esta base se crean las condiciones para que el Estado pueda «marchitarse» y ocupar su lugar en el museo de antigüedades, junto a la rueda y el hacha de bronce.⁸²

⁸² Friedrich Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, cap. IX.

H) *El proceso de expansión del comunismo*

En nuestras consideraciones sobre el factor de bolsillo para el consumo individual, también es importante tener en cuenta el proceso de crecimiento, porque está estrechamente relacionado con él.

Como característica de las empresas públicas, mencionamos que han logrado «tomar según las necesidades», de modo que aquí la medida del tiempo de trabajo ya no desempeña ningún papel en el consumo individual. Con el crecimiento del comunismo, es probable que este tipo de empresas se extienda cada vez más, de modo que diversas ramas del suministro de alimentos, el transporte de pasajeros (éste también es un consumo individual), el servicio de vivienda, en resumen: el suministro de las *necesidades* generales se basará en este principio. Por supuesto, siempre hay que considerar de antemano si una distribución de este tipo para un sector concreto no supone un sacrificio demasiado grande para la sociedad. En cualquier caso, este desarrollo es un *proceso* que, en lo que se refiere al aspecto técnico de la tarea, puede tener lugar rápidamente. Cuanto más crezca la sociedad en esta dirección, cuanto más se distribuyan los bienes de consumo sobre la base de este principio, menos servirá el trabajo individual como medida para el consumo individual del producto social. Aunque el tiempo de trabajo desempeñe el papel de ser la medida de la distribución individual, *¡esta medida se destruirá en el curso del desarrollo!*

En este contexto, recordamos lo que dijo Marx sobre la distribución (ver cap. 3b):

«El tipo de distribución variará con el tipo particular del propio organismo social de producción y el correspondiente nivel de desarrollo histórico de los productores. Sólo para mantener el paralelo con la producción mercantil, supongamos que la participación de cada productor en los medios de subsistencia está determinada por su tiempo de trabajo».⁸³

Sin embargo, lo que hemos demostrado con nuestras reflexiones es que el camino hacia la *socialización de la distribución de los bienes de consumo* es claro y está bien definido. El tiempo de trabajo es siempre sólo la medida de referencia para la parte del producto social que aún debe consumirse individualmente.

⁸³ Marx, *El Capital*, Libro 1, Sección 1, Capítulo I, § 4. El carácter fetichista de la mercancía y su secreto.

Esta socialización de la distribución no se produce automáticamente, sino que depende de la iniciativa de los trabajadores. Pero hay margen para tales iniciativas. Si la producción está tan avanzada que una determinada rama de la producción, que suministra un bien de consumo, funciona «sin problemas», nada impide que esta empresa se incorpore a las empresas públicas. Al fin y al cabo, *todos los cálculos en estas empresas siguen siendo los mismos*.

Aquí los trabajadores no tienen que esperar a que los funcionarios del Estado decidan que su rama de la industria está suficientemente controlada. Como cada empresa o complejo de empresas lleva su contabilidad como una unidad cerrada, los productores pueden llevar a cabo la socialización por sí mismos. Precisamente gracias a su propio control, la gestión de la producción es muy flexible.

A este respecto, cabe señalar que el crecimiento del comunismo se producirá a ritmos diferentes en lugares diferentes. En un lugar, la necesidad de instalaciones «culturales» se sentirá con más fuerza que en otro. Si los trabajadores de un distrito deciden abrir varias salas de lectura, por ejemplo, podrán hacerlo sin ningún problema. Esto creará nuevas instituciones con un interés más local, de modo que los costes necesarios también deberán ser sufragados por el distrito en cuestión. En otras palabras, para ese distrito, el factor bolsillo cambia, funcionando como un «impuesto local». De este modo, los trabajadores pueden configurar su propia vida de mil maneras diferentes.

Es precisamente este proceso de crecimiento del comunismo el que hace necesario que los «costes sociales» se sufraguen mediante un factor de bolsillo y no mediante el desvío de «subidas de precios», ya que esto restringiría directamente la propia iniciativa y la configuración de la propia vida.

El proceso de crecimiento de «tomar según las necesidades» es, por tanto, un acto consciente de la sociedad, mientras que la velocidad de este crecimiento viene determinada esencialmente por el «nivel de desarrollo» de los consumidores. Cuanto antes aprendan a economizar el producto social, es decir, cuanto antes aprendan a no consumirlo innecesariamente, más rápidamente podrá socializarse la distribución.

En el cálculo de la producción total, poco importa que haya muchas o pocas empresas públicas. En cuanto una empresa que al principio ofrecía su producto para el consumo remunerado cambia al tipo público, el presupuesto total de las empresas públicas aumenta y el de las empresas «productivas» disminuye. Así, el factor bolsillo se hace cada vez más *pequeño* a medida que crece el comunismo. Es probable que nunca pueda desaparecer

por completo, porque, por supuesto, sólo las empresas que satisfacen las *necesidades generales* pueden cambiar al tipo público.

Las múltiples necesidades derivadas de la naturaleza individual de las personas difícilmente pueden incluirse en la distribución social general. En cualquier caso, no se trata de una cuestión de principio. La cuestión principal es que el proceso general de crecimiento del comunismo está delimitado, mientras que los matices particulares serán moldeados por la práctica de la vida.

I) *Las empresas mixtas*

Para evitar malentendidos, es necesario señalar una complicación que la socialización de la distribución aporta a la determinación del factor de bolsillo. Tiene que ver con el hecho de que esta socialización también lleva a la esfera pública a empresas que no operan exclusivamente para el consumo individual. Por ejemplo, una central eléctrica. En la medida en que suministra luz y corriente eléctrica a domicilios particulares, opera para el consumo individual. Pero en la medida en que la electricidad se transmite a las distintas empresas, actúa como *materia prima*. En otras palabras, la central eléctrica *no debe* suministrar «gratis». Por esta razón, por ejemplo, *el transporte* de mercancías nunca puede incluirse en la categoría de «toma en función de las necesidades», porque un producto no es un bien de consumo hasta que llega a su destino.

Llamamos a estas empresas «empresas mixtas» porque realizan la «toma en función de las necesidades» para el consumo individual y, por otra parte, suministran su producto a otras empresas como medio de producción o como materia prima en el proceso de producción. Es de esperar que su número aumente a medida que se socialice la distribución individual.

Queda por ver qué complicaciones trae esto al factor bolsillo, ya que el consumo de las empresas mixtas no está totalmente cubierto por el «coste social», sino sólo por la parte que trabaja «gratis».

En cuanto el presupuesto de las TSG incluye las empresas mixtas, contiene, en primer lugar, una relación de cuántos medios de producción y materias primas retiran de la sociedad y, en segundo lugar, cuántos medios de producción y materias primas transfieren en el proceso de producción. Mediante una simple deducción, determinamos entonces cuántos medios de producción y materias primas siguen estando cubiertos por los «costes sociales».

Para los que les gusten las fórmulas, expresaremos lo anterior en el factor de bolsillo. Y si no les gusta, pueden saltárselo, porque dice exactamente lo mismo, sólo que en otro «idioma».

Si llamamos al consumo de medios de producción y materias primas del presupuesto de las TSG, $(E_p + M_p)$ y a la cantidad transmitida en producción $(E'_p + M'_p)$, entonces el presupuesto de las ETG se carga sólo con una cantidad de: $(E_p + M_p) - (E'_p + M'_p)$. Así pues, el factor de desembolso pasa a ser:

$$F_t = \frac{(E_p + M_p) - (E'_p + M'_p)}{F_t + F_p}$$

Capítulo 11

La contabilidad como síntesis ideacional del proceso de producción y distribución

A) *El significado de la contabilidad en general*

En general, el objetivo de la contabilidad de una empresa capitalista es dar al empresario una visión general de los beneficios o pérdidas que ha obtenido. Para ello, registra todos sus ingresos y gastos o sus activos y deudas. Además de esta visión de conjunto, las anotaciones individuales en los libros también le permiten comprender todos los movimientos de sus activos. Cuando el capitalista consulta los libros de su empresa en su despacho, encuentra allí un resumen del proceso de producción y distribución de su negocio. Ve qué y cuánto ha entrado en la empresa, y qué y cuánto ha salido. Es importante señalar aquí que la contabilidad es una función completamente pasiva: la contabilidad no es más que una especie de fotografía de lo que ha ocurrido en la empresa. Es una especie de espejo decreciente que refleja fielmente los acontecimientos en las vastas instalaciones de la fábrica de forma concisa. La contabilidad es el resumen ideacional de la empresa.

La empresa comunista también tiene su resumen ideacional en su contabilidad. También aquí encontramos un registro preciso del movimiento de mercancías a su paso por la empresa. Por un lado, tenemos una visión de conjunto de la cantidad de trabajo social que entra en la empresa en forma de materias primas y medios de producción y, por otro, de la cantidad de producto entregado que vuelve a salir. Además, encontramos aquí una declaración precisa de cuántas horas de trabajo vivo fueron necesarias para el proceso de transformación de la materia prima en producto. O, retomando nuestro ejemplo con cifras concretas:

$$(e + m) + f$$

máquinas + materias primas + mano de obra = 40.000 pares de zapatos
1.250 horas de trabajo + 61.250 horas de trabajo + 62.500 horas de trabajo
= 125.000 horas de trabajo.

B) *La transferencia de volumen como liquidación*

Sin embargo, en cuanto entran o salen mercancías de la empresa, ésta entra en contacto con otras empresas. Sólo un profano podría pensar que las mercancías pueden transferirse sin liquidación. En el capitalismo, como en el comunismo, la empresa receptora tendrá que «liquidar» los bienes recibidos con la empresa que los entrega. La cuestión es cómo hacerlo. En el

capitalismo, esto se hace mediante el pago directo en efectivo o (y éste es el modo habitual de «liquidación») a través de un banco o una agencia de transferencias. En este caso, se trata simplemente de una transferencia o endoso. Los pagos se realizan sin poner dinero en circulación; es una transacción «sin efectivo».

Leichter opina que la vida práctica tendrá que decidir si estos dos métodos de liquidación se mantendrán bajo el comunismo. Dice a este respecto:

«Todas las condiciones comerciales de la producción, todos los productos semiacabados, todas las materias primas, todos los materiales auxiliares, que son suministrados a la empresa por otras empresas de producción, se cobran, se facturan. La cuestión de si esto se traducirá en pagos directos en efectivo con las horas de trabajo o simplemente en transferencias, es decir, transacciones sin efectivo, se resolverá mejor con la práctica».⁸⁴

Es cierto que la práctica tendrá la palabra, pero en principio una liquidación en efectivo de las horas de trabajo fuera de la oficina de transferencias es absolutamente errónea. Por eso la rechazamos completamente aquí, tanto más cuanto que se trata de un estudio teórico. En el curso del desarrollo, todas las liquidaciones *deben* pasar por una oficina central de transferencias. De la misma manera que cada empresa individual necesita una representación ideológica de su proceso de producción, mucho más la necesita toda la vida económica de la sociedad. Si *todas las liquidaciones* pasan por la oficina de transferencia, entonces tenemos aquí un *registro completo del movimiento de mercancías* a través de toda la sociedad. Es la contabilidad social general del proceso de producción y distribución. Si, por el contrario, una parte de las liquidaciones tiene lugar fuera de esta contabilidad, no tenemos este registro, es decir, ¡no podemos hablar de una contabilidad social general!

Esta es una de las razones por las que el comunismo debe rechazar la liquidación directa de las horas de trabajo en dinero, y por las que no utilizamos el término dinero de trabajo, sino dinero de consumo. Esto es para expresar el hecho de que estas «instrucciones de producto» sólo pueden utilizarse para la compra de bienes de consumo individuales y no para la liquidación entre empresas.

⁸⁴ Leichter, *ibid.* , p. 68.

C) *Conceptualizaciones. Sin «ingresos» ni «gastos»*

Tras estas observaciones preliminares, podemos examinar más detenidamente la contabilidad comunista de las empresas individuales. Aunque a muchos les parezca un detalle sin importancia, queremos hacerlo de todos modos, porque profundiza nuestra comprensión de la *esencia* del comunismo. Veremos que los términos contables beneficios y pérdidas, ingresos y gastos, activos y deudas, pierden su validez bajo el comunismo. Muchos de estos términos seguirán utilizándose en el lenguaje cotidiano también bajo el comunismo, pero para entenderlos correctamente es necesario darse cuenta de que a partir de entonces tienen un *significado completamente distinto*.

Para ver el carácter de las transformaciones conceptuales, hay que partir de las nuevas relaciones sociales, es decir, del *nuevo orden jurídico*. Es decir, ni la empresa ni el producto fabricado son propiedad de las organizaciones empresariales: todos son *propiedad de la comunidad*, gestionada por la empresa «en nombre de la sociedad». Los acontecimientos de la empresa, por lo tanto, no pueden aparecer como un cambio en los activos y deudas de la empresa, y por lo tanto no puede tener «ingresos» y «gastos» reales. Sin embargo, la empresa puede hablar de la cantidad de bienes que *ha tomado* de la sociedad y que *devuelve* a la sociedad.

Una vez que la empresa ha suministrado bienes, es decir, los ha registrado en la contabilidad de la empresa, el importe de los mismos se transfiere de la cuenta corriente de la empresa receptora a la cuenta de la empresa suministradora. Sin embargo, esto sólo significa que la empresa ha registrado esta transferencia de bienes. Así pues, el importe aparece en los libros contables, pero no tiene el carácter de «ingreso». Es simplemente un registro.

Lo mismo ocurre cuando una empresa compra medios de producción o materias primas a otra empresa. En este caso, aunque se registre el número de horas de trabajo utilizadas por la empresa para este producto, y aunque el servicio general de transferencias traslade este importe a otra cuenta, no se trata en absoluto de un «gasto», como tampoco es un «ingreso» para la otra empresa. Una vez más, se trata simplemente de un registro del movimiento de mercancías. En lugar de utilizar los términos «débitos» y «créditos», como se hace actualmente, en la contabilidad comunista utilizaríamos nuevos términos:

Tomado de la comunidad

Lo que entra en la empresa como medio de producción o como materia prima, expresado en horas de trabajo. Además, el consumo con dinero del consumidor.

Emitido a la comunidad

La cantidad de producto entregado.

D) Conceptualizaciones. Sin «beneficios» ni «pérdidas»⁸⁵

Al igual que una empresa no tiene ni «ingresos» ni «gastos», tampoco tiene «beneficios» ni «pérdidas». La organización empresarial sólo registra la cantidad de trabajo social que *ha tomado de la sociedad* en forma de trabajo vivo, y *devuelve esa misma cantidad* a la sociedad, pero de otra forma, en forma del producto que produce. No puede, por tanto, tener «excedentes» o «déficits». El mismo fenómeno puede expresarse de otra manera: ¡también podemos decir que la *rentabilidad es desconocida!*

Pero aunque se desconozca la rentabilidad, se conoce muy bien la *racionalidad* de la operación. Es muy posible que la colectividad considere que la cantidad de productos suministrados es demasiado pequeña. Esto no significaría que la empresa funcionará con «déficit» o con «pérdidas», pero mostraría que en esta empresa el tiempo de producción del producto sería demasiado elevado por encima de la media social.

La comunidad o, en su nombre, las organizaciones empresariales del sector industrial, podrían exigir *responsabilidades* a esta empresa para que explicara *por qué* su tiempo de producción es mucho mayor que el de otras empresas similares.

E) El significado de la contabilidad comunista

Y esto nos lleva a la diferencia característica entre la contabilidad capitalista y la comunista. Ambas hacen un resumen ideológico de la empresa, pero en la contabilidad capitalista significa determinar si la empresa ha obtenido beneficios o pérdidas, y en la contabilidad comunista significa, además de la autogestión de la producción dentro de la empresa, *la justificación de la gestión responsable de los bienes sociales* que se transmiten a la sociedad.

F) La contabilidad social general

El resumen ideacional de la economía en la contabilidad social general no es una medida «inventada» o construida, sino que es el resultado «natural» de la aplicación rigurosa del tiempo de trabajo socialmente necesario como fuerza principal de producción y distribución. Esta fuerza une y regula toda

⁸⁵ En esta consideración, suponemos, como siempre, que la economía se conduce de forma planificada y que no se producen perturbaciones accidentales. Sólo así es posible comprender la *esencia* del asunto y llegar así a una conceptualización clara.

la economía empresarial, mientras que los registros de la transferencia de mercancías conducen «automáticamente» a una visión de conjunto de toda la actividad social. Surge así la contabilidad general de la producción y el consumo de toda la sociedad. Aquí encontramos una visión general de todo el «inventario» social (véase el capítulo 3b. *La hora de trabajo socialmente necesaria en Marx y Engels*), así como una descripción de cómo se utiliza.

Por supuesto, este «inventario» no contiene información como: cuántas taladradoras, cuántos tornos, cuántas piquetas, etc., etc. Pero muestra cuántos medios de producción utiliza cada rama de la industria, así como cuántas materias primas y fuerza de trabajo viva. En otras palabras, muestra cómo se distribuye el trabajo social entre las distintas actividades sociales, tanto en su forma solidificada (medios de producción y materias primas) como en su forma fluida (trabajo vivo). Esto significa también que aquí se encuentran todos los elementos de la llamada producción «planificada».

Esta contabilidad es una contabilidad en el verdadero sentido de la palabra: es simplemente una contabilidad contable. Es, en efecto, el punto central en el que convergen todos los hilos de la vida económica, pero este punto central económico *no* tiene ni dirección, *ni* administración, *ni* poder de disposición sobre la producción y la distribución. La «organización de la empresa contable social general» sólo tiene algo que decir en una empresa, en la suya propia. No resulta de tal o cual decreto del Congreso de los Consejos, ni depende de la buena voluntad de los obreros de la oficina contable, sino que está determinada por el movimiento mismo de la producción.

Capítulo 12

La supresión del mercado

A) *En los bolcheviques: El Consejo Económico Supremo divide el producto social*

Además de demostrar que la producción sin unidad de cuenta es una de las fantasías más infantiles de los fantasiosos ingenuos, la Revolución Rusa también nos dio una visión clara de la misteriosa y muy discutida cuestión de la «eliminación del mercado». Esta ha sido siempre una cuestión muy difícil. Sí, para Marx era fácil decirlo. Podía decir que bajo el comunismo se eliminaría el mercado, pero ¿cómo obtendrían las empresas sus medios de producción y sus materias primas si ya no podían colocarlas en el mercado? ¿Y cómo obtendrían los trabajadores sus alimentos si el mercado no actuara como intermediario entre productores y consumidores?

Los bolcheviques intentaron resolver el problema aplicando el «cártel general» de Hilferding. Todo el aparato de producción y distribución funcionaría como una enorme empresa monstruosa sin dinero, sin mercado y sin precios para los productos. El proceso de eliminación del mercado fue muy rápido, ya que el valor del rublo cayó tan rápidamente que los precios de los productos subieron al instante. Pronto casi no quedaba dinero para comprar nada, por lo que todo el suministro de alimentos estaba casi por completo en manos del Estado.

Zinoviev escribe a este respecto:

«Si el valor del dinero cae con nosotros en Rusia, sin duda nos resultará muy difícil soportarlo (...) Pero tenemos una salida, una esperanza. Avanzamos hacia la abolición total del dinero. Estamos pagando los salarios en especie, estamos introduciendo el uso gratuito de los tranvías, tenemos educación gratuita, almuerzos gratuitos - aunque todavía pobres-, vivienda gratuita, alumbrado, etcétera. Estamos llevando esto a cabo muy lentamente, en circunstancias extremadamente difíciles, tenemos que luchar sin cesar, pero tenemos una salida, una esperanza, un plan (...)».⁸⁶

De hecho, toda la vida económica de las ciudades estaba regulada de esta manera (los campesinos estaban excluidos), de modo que el Comisariado de

⁸⁶ Zinoviev, *Zwölf Tagen in Deutschland (Twelve Days in Germany)*, p. 74, cited by F. Pollock, *Planwirtschaftliche Versuche in der Sowjet-Union 1917-1927 (Experiences of a planned economy in the Soviet Union 1917-1927)*, p. 73.

Abastecimiento Alimentario (el Narcomprod) se hizo cargo de 38 millones de personas. Si tenemos en cuenta que el teléfono, el suministro de agua, el gas, la electricidad, el alquiler, los medios de transporte y el combustible se proporcionaban gratuitamente, es justo decir que se eliminó el «mercado» en las ciudades.

Parece, por tanto, que en este caso tenemos una excelente oportunidad para investigar la cuestión de la eliminación del mercado. Sin embargo, la situación posrevolucionaria de la Unión Soviética apenas sirve para este propósito, ya que tal «socialización de la distribución» tuvo que llevarse a cabo en condiciones muy desfavorables. Rusia fue asolada por guerras civiles, de modo que el aparato productivo tuvo que adaptarse en gran medida a la producción de guerra, mientras que un número considerable de trabajadores industriales también fueron retirados de la producción. El resultado fue que los campesinos no pudieron *abastecerse* de ningún producto industrial y tuvieron que entregar su grano sin recibir nada a cambio. En estas circunstancias, es lógico que los campesinos se negaran a cultivar sus tierras, de modo que cada vez había menos que repartir.

Presentamos estos hechos para demostrar que la concepción rusa de la eliminación del mercado tenía pocas posibilidades de realizarse. El fiasco que finalmente sufrió el sistema podía, por tanto, ser explicado por los partidarios de esta posición en función de las circunstancias. La evaluación de la viabilidad de un sistema de este tipo sólo sería posible si realmente pudiera aplicarse en su totalidad. Por lo tanto, los problemas de la eliminación del mercado en Rusia sólo podrían examinarse *en la práctica* si se pudiera *abastecer* realmente a los campesinos con todo tipo de productos. Desgraciadamente, no fue así, por lo que el único resultado es que hemos obtenido una idea clara de lo que los rusos querían decir con la eliminación del mercado. Sin embargo, esto en sí mismo es de gran importancia.

Se dice que el punto de vista ruso es el siguiente:

Los bolcheviques querían sustituir el mercado por estadísticas de producción y consumo. El Consejo Económico Supremo, junto con Narcomprod, determinaría estadísticamente cuánto pan, carne, azúcar, textiles, etc., se necesitaban para satisfacer las necesidades de la población. En consecuencia, el Consejo Económico Supremo daba órdenes de producción a las empresas. El Consejo Económico Supremo tenía una visión de conjunto de las necesidades, conocía las fuerzas de producción y, a partir de ese momento, pondría la producción al servicio de las necesidades de la población. La primera condición para dirigir la producción de esta manera era que la gestión y la dirección de toda la actividad de las empresas estuvieran concentradas en manos del Consejo Económico Supremo.

De hecho, la investigación, en la medida en que la hemos realizado hasta ahora, no aporta ninguna novedad. Es la realización de una vieja teoría, que ya encontramos en la discusión del «comunismo libertario» de Sébastien Faure.

En la práctica, sin embargo, ya se ha demostrado que en realidad no puede haber cálculo de la producción en un sistema de este tipo (véase el capítulo 2d. «La distribución en especie de los medios de producción y de los bienes de consumo como ideal bolchevique»), de modo que tampoco puede haber producción planificada.

B) El Consejo Económico Supremo «distribuye» la fuerza de trabajo

Sin embargo, estas experiencias prácticas pueden no tener un significado convincente para los trabajadores. Por lo tanto, ¡dejemos que la práctica hable por sí misma desde un ángulo muy diferente! La práctica ya ha demostrado que en este sistema los productores no son más que los juguetes de quienes poseen los medios de producción y el producto social. El Consejo Económico Supremo se encarga de distribuir la «renta del pueblo». Decide qué parte del producto debe ir a los consumidores, qué parte debe utilizarse para ampliar el aparato productivo... y qué parte utilizará para reforzar su posición de poder en el aparato estatal.

Aunque a los trabajadores todavía no les convenza de que esa producción sea *imposible*, el significado político es mucho más importante.

En la concentración cada vez mayor del aparato productivo en manos del Estado, vemos cómo la dictadura del proletariado se transforma en ¡dictadura sobre el proletariado!

Esta es la lección política que debemos aprender de la «eliminación del mercado» ruso. ¡Y ello es urgentemente necesario! Pues entre los obreros revolucionarios todavía encontramos la opinión generalizada de que los primeros años de la revolución rusa mostraron una evolución hacia el comunismo, pero que con la introducción de la NEP, con la reintroducción del mercado, ésta se invirtió en dirección capitalista. Nuestra investigación demuestra que este punto de vista es *erróneo*. El desarrollo de los primeros años fue de creciente esclavización de la clase obrera, una esclavización que acompañó a la concentración de las fuerzas productivas, con el crecimiento del «comunismo». Cada nuevo paso hacia el suministro «en especie» significaba una mayor dependencia del aparato central. La situación llegó a ser tal que los dirigentes de la producción tenían a su disposición un vasto ejército de esclavos, y que eran estos *dirigentes* los que determinaban cuánto producto asignarían a este ejército en concepto de salario.

Quizás muchos lectores consideren exagerada esta formulación. Pero no es así en absoluto. ¡Vamos a demostrarlo! Esta esclavitud surgió no porque Lenin, Trotsky, etc., estuvieran tan obsesionados con el poder, *sino porque no podía ser de otra manera*. Si la dirección y gestión del inmenso aparato de producción está en manos de un Consejo Económico Supremo, ¡también debe tener acceso al material humano!

Esto es lo que proporcionó la práctica de la Revolución Rusa. Ahora mostraremos cómo, bajo este sistema, ha cesado toda libertad individual y todo el mundo sólo tiene que seguir las instrucciones de los dirigentes de la producción.

Trotsky no tiene pelos en la lengua y así lo declara:

«Si queremos hablar seriamente de producción planificada, si queremos que la fuerza de trabajo se distribuya de acuerdo con el plan de producción en una determinada fase de desarrollo, la clase obrera no debe llevar una vida nómada. Debe ser transportada, distribuida y dirigida como soldados».⁸⁷

Así, la comisión principal para el trabajo general obligatorio, bajo la presidencia de Trotsky, decidió en diciembre de 1919:

«que el obrero cualificado procedente del ejército, con la libreta de trabajo en la mano, tiene que ir, en nombre del plan de producción del país, allí donde su presencia sea necesaria».⁸⁸

Además, la Comisión de Trabajo Obligatorio dictaminó que se podía obligar a los trabajadores a renunciar a su trabajo doméstico para trabajar en empresas estatales. Al mismo tiempo, dictaminó que podía ordenar «la transferencia de mano de obra de una empresa a otra, en nombre del plan de producción...» (ibíd.).

Para aplicar el plan de producción, los trabajadores eran simplemente obligados a trabajar, y a menudo se les obligaba a hacerlo sin remuneración alguna. Esto adquirió proporciones mayúsculas en el caso de la tala de árboles, donde se obligaba a los campesinos a cortar madera de los bosques a punta de bayoneta sin remuneración. Bajo el «comunismo» se reintrodujo la «corvée feudal».

⁸⁷ L. Trotsky, *Russian Korrespondenz*, 1920, n.º 10, p. 12.

⁸⁸ *Russian Korrespondenz*, n.º 8/9, p. 39.

No es de extrañar que a los trabajadores no les gustara mucho este tipo de comunismo. Por eso Trotsky se queja de que cientos de miles de obreros «desertaron». Dice:

«En las principales ramas de la industria tenemos 1.150.000 obreros registrados, pero en realidad sólo trabajan 850.000 (...). ¿Dónde se han ido los 300.000? Se han ido. ¿Adónde se han ido? Al pueblo, quizá a otras ramas de la industria, quizá se dedican a la especulación».⁸⁹

Concluimos que la práctica ya ha decidido que la eliminación del mercado mediante el control centralizado de la producción y la distribución significa también el control centralizado del «material humano» que «*debe ser transportado, distribuido y dirigido como soldados*». Así pues, surge la pregunta: ¿se trata de la «eliminación del mercado» en el sentido comunista?

Antes de responder con más detalle, nos gustaría examinar más de cerca el punto de vista bolchevique, aunque la práctica ya nos sea suficiente para ello.

C) *Las estadísticas de consumo*

La verdadera intención de los bolcheviques, como sabemos, era producir para las necesidades de los trabajadores. Esto es fácil de decir, pero más difícil de hacer. ¿Cómo puede saber el Consejo Económico Supremo cuáles son las necesidades de los obreros? ¿Qué *medida* tiene de sus necesidades? Ciertamente, puede determinar aproximadamente la cantidad de pan, carne, etc. que necesitarán todos los trabajadores juntos, de modo que las estadísticas sobre la producción y el consumo de estas cosas pueden elaborarse con relativa facilidad. Sin embargo, esto tiene sus inconvenientes, porque es muy difícil tener en cuenta estadísticamente las variaciones de las necesidades. Por lo tanto, será difícil ir más allá del pan estándar, la confitería de talla única y el embutido uniforme. Los problemas se agravan aún más cuando consideramos productos que no utiliza todo el mundo, sino que surgen de la idiosincrasia de diferentes personas. ¿Cuál es la demanda de estos productos? Por supuesto, el estadístico puede conjeturar cualquier cosa... pero esto ya es *lo contrario* de alinearse con las necesidades de la gente. Y por último, pero no menos importante, está la gran objeción de que si producimos según las estadísticas, la vida económica se paralizará. Si las

⁸⁹ L. Trotsky, *Russian Korrespondenz*, 1920, n° 10, p. 12. Los datos sobre la militarización del trabajo proceden de F. Pollock, p. 57 y 58.

empresas han fabricado productos según las estadísticas de consumo, probablemente las necesidades habrán cambiado entretanto y, por tanto, el sistema no se ajustará a las necesidades.

La cuestión, por tanto, es que no es posible expresar el flujo de la vida en las fórmulas de las estadísticas de consumo y que, por tanto, no tiene sentido intentar determinar las necesidades estadísticamente. Las estadísticas no van más allá de lo muy general: no pueden comprender lo particular. Podemos decir, pues, que la producción según las estadísticas de consumo no es en absoluto producción según las necesidades, sino producción según ciertas normas que la dirección central de la industria nos fija.

Pero, como ya hemos dicho, se trata en realidad de una cuestión académica. Al fin y al cabo, no nos interesa saber si es posible una producción basada en estadísticas. En cualquier caso, sólo podría llevarse a cabo con un poder central que dispusiera del «material humano», y, gracias, pero prescindiremos de eso.

D) En los economistas burgueses: el mercado como medida de las necesidades

Los críticos burgueses del comunismo centran sus críticas en la «supresión del mercado». Esta es también su defensa más fuerte y no es casualidad que esta sea su arma más afilada. En la lucha contra el comunismo, sólo pueden volverse contra la concepción del comunismo tal como ha prevalecido hasta ahora, que no es más que la sustitución del mercado por un aparato estadístico. Este crítico señala con razón que tal supresión del mercado no es más que un juego de palabras destinado a disimular la falta de conceptos claros.

Todos los críticos burgueses están de acuerdo en que, por mucho que a uno le disguste el mercado, no deja de ser una medida de las necesidades. El mercado resuelve el problema de adaptar los medios de producción a las necesidades de forma fácil y sin esfuerzo. El «mecanismo del mercado» garantiza que un cambio en las necesidades se traslade inmediatamente al aparato productivo, sin necesidad de recurrir a ninguna estadística. Cuando aumenta la necesidad de un determinado producto, aumenta la demanda en el mercado, suben los precios y los capitalistas amplían la producción de ese producto. Cuando la demanda de un determinado producto cae, el mercado reduce inmediatamente la producción para adaptarse a la disminución de las necesidades. Lo que las estadísticas de consumo no pueden hacer, el «mecanismo de mercado» es perfectamente capaz de hacerlo, dicen. Por eso declaran que el comunismo no es posible hasta que se pueda afirmar qué es lo que va a sustituir a este «mecanismo».

El economista H. Block lo formula de la siguiente manera:

«Si se suprime el intercambio individual, la producción es necesariamente social, por lo que los productos son también necesariamente sociales. Marx ya no se ocupó de los métodos mediante los cuales se ha de alcanzar y establecer la necesidad social. (...) Mientras no sea posible demostrar por qué medios ha de sustituirse el mecanismo del mercado, no es concebible un cálculo de la producción en producción comunal, es decir, un socialismo racional».⁹⁰

Antes de abordar este tema, debemos considerar la diferencia de carácter entre la distribución capitalista y la comunista. Es cierto que el mercado es una medida de las necesidades, pero sólo en el sentido capitalista. La cuestión es que la fuerza de trabajo es una «mercancía» que puede comprarse en el mercado, mientras que el precio gira en torno al nivel de subsistencia. El producto social puede aumentar enormemente, pero el trabajador no recibe más que la cantidad determinada por el valor de su fuerza de trabajo. Sus necesidades son, sin duda, mucho mayores; las despierta precisamente la gran cantidad del producto social, que, sin embargo, él no puede obtener.

El capitalismo puede muy bien gesticular un amplio gesto señalando su «mecanismo de mercado», que se supone que es una medida de necesidad, pero de hecho *no sabe nada acerca de la necesidad*, ciertamente mucho menos con respecto a aquellos que quieren sustituir el mercado por un aparato estadístico. Ni siquiera es necesario que el capitalismo conozca la necesidad, precisamente porque no trabaja para la necesidad sino para el beneficio. El capitalismo funciona mejor, es más «sano», cuando obtiene beneficios respetables, es decir, cuando da a los trabajadores lo menos posible. Todo el famoso «mecanismo de mercado» se mueve para el proletariado sólo dentro de los estrechos límites que la producción capitalista de beneficios deja a la «mercancía» fuerza de trabajo. Aquí no se trata de ningún conocimiento, en el sentido comunista, de la necesidad.

E) La supresión del mercado en el sentido marxista

Hasta ahora, la cuestión de la supresión del mercado no ha progresado ni un ápice. Examinemos entonces en qué consiste realmente la concepción marxista de la «supresión del mercado».

⁹⁰ H. Block, *Die Marxsche Geldtheorie*, p. 121-122.

El mercado es el lugar donde los propietarios de los productos se reúnen para intercambiar sus «mercancías». Por tanto, es a través del mercado como se produce la circulación de mercancías entre las empresas y la distribución de los bienes de consumo. Esta circulación de mercancías y esta distribución deben tener lugar también en el comunismo, de modo que no se trata de un fenómeno específicamente capitalista. Por tanto, no se puede ocultar en ello la supresión del mercado.

El mercado, sin embargo, *no sólo garantiza la distribución de mercancías*, sino que expresa al mismo tiempo las condiciones sociales en las que vivimos. Es una expresión del hecho de que los bienes son *propiedad privada*. El mercado es también una expresión de las relaciones de propiedad. Esta es la esencia del mercado.

En el comunismo, por lo tanto, el mercado simplemente se suprime sólo «porque, bajo las nuevas condiciones, nadie puede dar sino su trabajo y porque, por otra parte, ahora nada puede pasar a ser propiedad del individuo, fuera de los medios individuales de consumo».⁹¹

Esta es la famosa supresión del mercado. La supresión del mercado, en el sentido marxista, no es más que el resultado de nuevas relaciones jurídicas. No dice ni una palabra sobre la organización de la producción o del consumo, ni sobre la manera en que la producción está ligada a las necesidades. El bolchevismo considera la supresión del mercado como una cuestión de organización: ¿cómo unir todas las empresas en una sola mano? El marxismo expresa con la supresión del mercado única y exclusivamente el cambio en las relaciones sociales, el cambio en las relaciones de propiedad.

Como ya se ha dicho, la circulación de mercancías se mantiene, por supuesto, también bajo el comunismo. Sin embargo, el precio de las mercancías no está determinado por la oferta y la demanda, sino que se mueve en función de su tiempo de producción.

En la «asociación de productores libres e iguales», las organizaciones de las distintas empresas deben, por tanto, establecer una relación entre sí si quieren obtener mercancías. Las empresas «arreglan» sus horarios de trabajo entre ellas y así parece que se trata de comprar y vender, por lo que el mercado sigue estando presente.

Lo mismo ocurre con la distribución de bienes de consumo. Los consumidores obtienen los productos de su cooperativa a cambio de dinero de consumo y tienen total libertad para elegir los bienes. Así que, una vez más, *parece* que están comprando y vendiendo, aunque no sea más que intercambiando vales de consumo por productos. También se podría decir

⁹¹ Karl Marx, *Glosas marginales sobre el programa del Partido Obrero Alemán*.

que el consumidor dispone de una serie de vales, en los que recoge los bienes de su elección.

A *primera vista*, el mercado sigue existiendo incluso bajo el comunismo, por lo que la supresión del mercado no puede entenderse como tal. Sin embargo, el *contenido* social de la circulación de mercancías ha cambiado fundamentalmente: la *transmisión* de mercancías basada en el tiempo de producción es la expresión de nuevas relaciones sociales.

Así, de hecho, se trata aquí de una transformación de conceptos, como hemos visto anteriormente en relación con el valor, la renta y el gasto, etc. Y del mismo modo que el lenguaje conservará por el momento todas estas viejas denominaciones, conservará también el nombre de «mercado», porque aquí *«reina, evidentemente, el mismo principio que regula el intercambio de mercancías, por cuánto éste es un intercambio de equivalentes»*. Han variado *«la forma y el contenido»*.⁹²

F) *Adaptar la producción a las necesidades*

El economista Block, sin embargo, no está satisfecho con esta explicación de la supresión del mercado, porque no resuelve el problema que realmente le preocupa. Quiere saber cómo hay que sustituir el «mecanismo de mercado», qué medida de las necesidades tiene el comunismo, es decir, cómo hay que adaptar el sistema de producción a las necesidades. Nuestra respuesta es que el capitalismo no tiene medida de las necesidades y que, por tanto, no es necesario «sustituirlo». El comunismo sólo las creará vinculando directamente las organizaciones de distribución a la producción, de modo que las necesidades se conviertan en la guía directa de la producción.

Gracias al tan canonizado mecanismo de mercado, que adapta de forma destacada la producción a las necesidades, la clase obrera, al asumir el poder, carga con un aparato productivo que desperdicia improductivamente al menos la mitad de la fuerza de trabajo. Ha crecido, no para satisfacer las necesidades de millones de personas, sino para satisfacer su poder adquisitivo.

«De los obreros que se dedican enteramente a la producción de artículos de consumo que sirven para el consumo de la renta, una proporción mayor producirá artículos que sirven para el consumo de los capitalistas, terratenientes y su entorno (funcionarios del Estado, eclesiásticos, etc.) para el consumo de su renta; sólo una pequeña

⁹² Karl Marx, *Glosas marginales sobre el programa del Partido Obrero Alemán*.

proporción producirá artículos que sirven para el consumo de la renta de las clases trabajadoras. (...) Con el cambio de la relación social entre el obrero y el capitalista, con la transformación revolucionaria de las relaciones capitalistas de producción, esto cambiaría inmediatamente. (...) Si la clase obrera está al mando, si tiene el poder de producir para sí misma, aumentará muy rápidamente y sin mucho esfuerzo el capital (para hablar con los economistas vulgares) hasta el nivel de sus propias necesidades».⁹³

La adaptación de la producción a las necesidades de las masas implica, pues, una transformación completa del aparato productivo. Las empresas que trabajan exclusivamente para las necesidades suntuarias de la burguesía se paralizarán o deberán orientarse lo más rápidamente posible hacia las necesidades de la clase obrera. La rapidez con que puede producirse tal transformación se observó en todos los países durante la guerra mundial y en los años siguientes. Primero todo el aparato productivo se adaptó a la producción de material de guerra, para volver a transformarse después de 1918 para los «productos de la paz». Hay que señalar de paso que el propio capitalismo eliminó el «mecanismo de mercado» cuando en realidad iba a adaptar la producción a sus necesidades: las necesidades de la guerra.

La construcción organizativa de la producción comunista puede llevarse a cabo rápidamente, a pesar de estas grandes dificultades. En primer lugar, las necesidades de alimentación, vestido y vivienda se convierten en las directrices de la transformación. La industria de la alimentación y de las bebidas estimulantes se transforma de tal manera que se dejan de fabricar productos que antes se producían exclusivamente para la burguesía, para dedicar todas sus energías a satisfacer las necesidades del proletariado. La vivienda es una cuestión candente para la clase obrera. Por tanto, una gran parte de la producción debe dirigirse a la fabricación de materiales para la construcción de viviendas. En resumen: toda la producción sufre una transformación acorde con las nuevas necesidades.

La primera fase de la producción comunista se caracterizará, por tanto, por una vigorosa expansión de algunas industrias y la contracción de otras. Se trata de un proceso de transformación que, sin duda, no estará exento de problemas e inconvenientes. Hay que subrayar, por ello, que esta transformación no puede producirse simplemente de manera incontrolada, sino que debe llevarse a cabo «sistemáticamente». A este respecto, los diversos intentos que se han hecho y se están haciendo en Rusia con este fin

⁹³ Karl Marx, *Theorien über den Mehrwert*, II, p. 376, citado por Varga, p. 49.

proporcionan sin duda un valioso material. Si bien es cierto que la economía rusa se basa en la rentabilidad del capital estatal y no en las necesidades de los trabajadores, es la única experiencia práctica que tenemos en este campo, y debemos contentarnos con lo que tenemos.

G) Las cooperativas y la «medición» de las necesidades

Así pues, las necesidades son la fuerza motriz y el principio rector de la producción comunista. O, como también podríamos decir: la producción se orienta hacia la «demanda». Pero no se trata de una exigencia a voleo, como se conoce en el capitalismo. No debemos perder de vista que la producción y la distribución no son en absoluto independientes la una de la otra, sino que se determinan mutuamente. Por lo tanto, la «asociación de productores libres e iguales» requiere al mismo tiempo la «asociación de consumidores libres e iguales». Al igual que la producción se lleva a cabo colectivamente por las organizaciones empresariales, la distribución se lleva a cabo colectivamente por todo tipo de cooperativas. En estas cooperativas, los deseos individuales de los consumidores encuentran su expresión colectiva. Y como en el comunismo los «intermediarios» dejan de existir, y las cooperativas están directamente vinculadas a las empresas, las necesidades, tal como se manifiestan en las cooperativas, se trasladan directamente a la producción.

Estamos seguros de que el actual aparato de producción está tan mal adaptado a las necesidades que, en el primer período del comunismo, ciertamente no será posible satisfacerlas. Sin embargo, las empresas no pueden ahora limitarse a ampliar la producción al azar para responder rápidamente a los pedidos recibidos. No pueden salirse del marco establecido en el plan general de producción. Pueden moverse libremente, pero dentro del plan, porque de lo contrario otras ramas de la industria se encontrarían con dificultades y no podría hablarse así de una transformación económica deliberada y consciente.

Esta adecuación del aparato productivo a las necesidades es una cuestión que sólo puede resolver el flujo de la vida, en el que el plan de producción es la guía de la iniciativa y la actividad de los propios productores.

Al igual que la liberación de los trabajadores sólo puede ser obra de los propios trabajadores, aquí también la alineación organizativa de la producción con las necesidades sólo puede ser obra de los productores-consumidores.

Capítulo 13

La ampliación de la producción

A) *La reproducción simple como punto de partida*

Sin embargo, la adaptación de la producción a las necesidades plantea otra cuestión en el análisis que aún no hemos tratado. Es la cuestión de la *expansión* de las empresas existentes y la creación de otras nuevas; en otras palabras, es la cuestión de la expansión del aparato productivo, la cuestión de la «acumulación». Esta expansión plantea varias dificultades en la distribución del producto social, que hasta ahora ha estado fuera del alcance de nuestra investigación.

Para poder estudiar las leyes del movimiento de la industria comunista, partimos de una situación social que nunca se dará en la práctica. Suponemos que todas las empresas producen cada año sobre la misma base. En otras palabras, suponemos que el aparato productivo no se ampliaría. Como punto de partida, suponemos que cada año sólo se repone el desgaste y que el resto del producto social se destina al consumo.

Tomemos como ejemplo el siguiente:

El desgaste total de todos los medios de producción es de 108 millones de horas de trabajo, las materias primas son de 650 millones de horas de trabajo y el trabajo de todos los trabajadores juntos es también de 650 millones de horas. El producto total pasa a ser entonces:

$$(E t + M t) + F t = \text{producto total, es decir,}$$

108 millones + 650 millones + 650 millones = 1,408 millones de horas de trabajo.

Esta masa de producto se distribuye ahora entre las empresas y los consumidores de la siguiente manera (véase el capítulo 10g: El factor bolsillo):

I. Las empresas productivas extraen de él su material de desgaste y sus nuevas materias primas **700 millones**.

II. Las empresas públicas extraen de él su consumo y sus nuevas materias primas **58 millones**.

III. Los consumidores consumen tanto como horas trabajadas **650 millones**.

Existencias totales de bienes **1.408 millones**.

Nota:

Con respecto a este stock de bienes, no debemos pensar sólo en cosas «materiales». También incluye «bienes de consumo inmateriales» (representaciones teatrales, exposiciones). Su producción sigue, por tanto, el

cálculo habitual del consumo de tiempo de trabajo $(e + m) + f =$ representación teatral. Los trabajadores que asisten a esta representación pueden «consumirla» a cambio de su dinero de consumo, al menos en la medida en que este tipo de servicio no esté ya cubierto por la «toma en función de las necesidades». Nuestro concepto de «stock de bienes» incluye, por tanto, el resultado de todo el trabajo social.

La distribución de la «renta del pueblo» entre los tres grupos de consumidores que hemos mencionado (I, II, III) no es el resultado de un aparato burocrático central que gestiona y controla el aparato de producción y los bienes sociales, sino que esta distribución se produce «por sí misma» a medida que las organizaciones de las empresas reponen su desgaste y sus materias primas. Lo mismo ocurre con el consumo. Dado que el tiempo de trabajo es la **unidad de medida** de la distribución de los productos sociales, toda distribución está al margen de cualquier «política». En consecuencia, **los sindicatos no tienen función alguna** en el comunismo: la lucha por la «mejora de las condiciones de trabajo» ha cesado. **El movimiento económico de la propia empresa** determina cuánto producto vuelve al aparato productivo y cuánto de él recibe cada trabajador para su consumo. Es el automovimiento de la vida económica de las empresas.

Habiendo tomado conciencia de lo que ocurre realmente, al establecer el tiempo de trabajo como medida del consumo, podemos pasar a la cuestión de la *ampliación* del aparato productivo.

Así pues, ahora debemos abandonar nuestra hipótesis provisional de que todas las empresas siguen produciendo sobre la misma base. Una empresa en expansión **no sólo** debe reponer su desgaste y sus materias primas, sino **también** absorber *más* recursos de producción y materias primas.

B) La expansión siempre se produce a expensas del consumo

Ahora vemos que en nuestro plan de producción anterior, ¡no están presentes los bienes necesarios para la expansión del aparato! Ya se ha consumido todo el producto social. Por lo tanto, es necesario proporcionar mano de obra adicional para la ampliación. Por ejemplo, habría que aumentar la jornada laboral en cinco horas semanales, que se dedicarían exclusivamente a la expansión de la empresa. En otras palabras, no podemos agotar el «producto total de nuestro trabajo», sino que hay que «ahorrar» una parte. Así pues, la expansión de las empresas se produce siempre a expensas del consumo social. La velocidad de expansión de las empresas será, por tanto, uno de los puntos importantes de discusión en el comunismo, porque en realidad esta velocidad determina la duración de la jornada laboral, o en otras palabras: esta velocidad determina la cantidad de

producto que quedará para el consumo. Lo que importa ahora es cómo se produce esta reducción del consumo y cómo se puede determinar este «coste» de la expansión empresarial.

C) *La regla general para la expansión de una empresa*

La regla general, que se aplica en Rusia y que se aplicaba en la Hungría soviética, es que los precios de los productos se fijen tan altos que las empresas obtengan beneficios suficientes para permitirles expandirse. Además, contribuyen los impuestos directos e indirectos. Rusia es un excelente ejemplo de cómo los propios trabajadores están excluidos de las decisiones sobre el trabajo en las empresas y de cómo estas decisiones están totalmente en manos de la clase burocrática gobernante. Ya hemos tratado este método de «política de precios» en el análisis del trabajo social general (capítulo 10 c, *la solución habitual*), por lo que no es necesario volver a tratarlo.

Ahora bien, ¿cómo resuelve la «asociación de productores libres e iguales» el problema de la «acumulación»? Esta solución forma parte de la tarea esencial de la revolución social y proletaria.

En nuestra opinión (que consideramos marxista), la verdadera tarea de la revolución proletaria consiste en la aplicación de *reglas universales* según las cuales los productores y los consumidores organicen independientemente la producción y la distribución. En cuanto a la producción, encontramos la regla universal según la cual *todas las* organizaciones empresariales deben calcular el tiempo de producción de su producto. En cuanto al consumo, encontramos la regla universal según la cual el tiempo de trabajo será la unidad de medida del consumo. Dado que la gestión de la empresa es una función de los propios productores, se sigue ahora una tercera regla universal para la expansión de la empresa. Con la aplicación de estas reglas, todos los productores participarán en el proceso de producción en *igualdad de condiciones económicas* y se convertirán así en *productores iguales*.

Si examinamos ahora en detalle la regla universal de la expansión de la empresa, debe observarse de inmediato que al tratar esta cuestión no nos guiamos principalmente por consideraciones económicas, sino políticas. La solución de *todas* las cuestiones de la economía comunista debe plantearse desde la perspectiva de que los propios trabajadores mantengan el control de la empresa. Es cierto que, a menudo, existirá una contradicción entre este control independiente de la empresa y una producción más racional. En tales casos, trabajaremos menos «racionalmente» y aceptaremos como inherente, al principio, un desarrollo más lento de la vida económica de la empresa. Si nos desviamos de nuestro principio de gestión independiente de las empresas, muy pronto nos encontraremos con una casta burocrática en el

control, que entonces procederá a distribuir los «ingresos del pueblo» de una manera considerada más «equitativa». Por eso, la cuestión de la expansión de las empresas debe plantearse también desde la perspectiva del control independiente.

Para transferir las necesidades de los trabajadores directamente a la producción, es necesario vincular directamente a las organizaciones de consumidores con la producción. Sin embargo, esto también significa que las organizaciones de trabajadores deben tener la posibilidad de ampliar sus empresas si así lo exigen las necesidades. Por lo tanto, deben tener *derecho* a expandirse. La transformación de las relaciones sociales conduce, por tanto, a nuevas *relaciones jurídicas* también en este ámbito.

Sin embargo, la expansión de la empresa no puede tener lugar arbitrariamente, porque entonces no habría producción regulada socialmente. Por lo tanto, el Congreso General de Comités de Empresa debe establecer una determinada norma general dentro de la cual debe tener lugar la expansión. Por ejemplo, el congreso puede estipular que la empresa no debe ampliarse en más del 10% de los medios de producción y materias primas.

Esta simple *decisión regula entonces toda la vida económica, en lo que se refiere a la expansión de las empresas*, sin hacer depender a los productores de un organismo económico central. Cada organización empresarial sabe ahora exactamente hasta dónde puede llegar sin perturbar el cálculo social de la producción. Utilizando nuestro ejemplo anterior de la fábrica de zapatos, la producción se calcula de la siguiente manera:

Construcción y maquinaria		Materias primas y auxiliares		Fuerza de Trabajo	40.000 pares de zapatos
e	+	m	+	Ft	= p
1.250 horas de trabajo	+	61.250 horas de trabajo	+	62.500 horas de trabajo	= 125.000 horas de trabajo

Se necesitaron 125.000 horas de trabajo para producir 40.000 pares de zapatos en un año.

Esto supone una media de 3.125 horas por par de zapatos.

Para esta empresa, el 10% de sus medios de producción y materias primas están ahora disponibles para su expansión, es decir, el 10% de 62.500 = 6.250

horas de trabajo. Por lo tanto, el año siguiente, en la contabilidad de la empresa y en la contabilidad social general aparece un importe de 62.500 + 6.250 horas de trabajo bajo el epígrafe «retiradas a la colectividad».

Si todas las empresas utilizan ahora sus derechos, todas ellas se ampliarán en un 10%, lo que significa que todo el aparato productivo se habrá ampliado en un 10%.

Así, la ecuación de producción para el año en curso es:

$$(E_t + M_t) + F_t = \text{Producción total}$$

y será para el año siguiente

$$1,1 \times (E_t + M_t) + F_t = \text{Producción total.}$$

D) *La aplicación de la norma general*

Sin embargo, tal decisión de limitar la expansión de la producción en general a, por ejemplo, un 10% no puede ir más allá del objetivo de regular la producción y el consumo en términos generales; no puede ir más allá del objetivo de establecer, en términos generales, la cantidad de producto que puede retirarse del consumo sin causar perturbaciones. Sólo sirve para garantizar la flexibilidad de las empresas, de modo que los productores puedan ajustar eficazmente la producción a las necesidades.

Con todo, es evidente que no todas las empresas necesitan ejercer su derecho a expandirse, ya que algunas podrán satisfacer todas las demandas. Por otra parte, hay otras ramas de la industria (vivienda, industria alimentaria) que están lejos de poder satisfacer las demandas en este momento. Estas industrias requieren una expansión mucho mayor del 10% del consumo de medios de producción y materias primas. Sin embargo, no se les permitirá ir más allá de la norma establecida, ya que de lo contrario podría surgir escasez de consumo. No obstante, es muy posible, sobre todo en el periodo inicial, que varias empresas transfieran sus derechos de expansión a estas industrias «necesitadas», proporcionándoles así un fondo de expansión mayor.

Sea como fuere, lo decisivo es que las organizaciones de empresas se aseguren el derecho a expandirse si esta expansión es necesaria en relación con las necesidades. Sobre esta base, son posibles muchas formas de organización, destinadas a garantizar la regularidad de la producción. La *forma en que* el principio económico se materializará en la organización sólo puede decidirse en la práctica; depende de las circunstancias en que la clase obrera llegue al poder y de la naturaleza de las empresas. La organización de la vida económica en las empresas, y en particular de la producción racional, no tiene lugar al comienzo de la revolución, sino que tiene lugar en el proceso de desarrollo. La revolución destruye las antiguas relaciones sociales y

establece nuevas leyes para la circulación de mercancías. El control organizativo y *social* de la vida económica de las empresas surge de estas nuevas leyes de circulación. En este proceso, las organizaciones son las manifestaciones siempre cambiantes en las que se refleja cada vez más la base social general.

E) La consecuencia para el factor bolsillo

Ya hemos visto que, en nuestra opinión, el coste de la expansión empresarial no puede encontrarse en los «beneficios» de las empresas, es decir, a través de algún tipo de imposición indirecta. La base de la circulación de mercancías es, para siempre, el tiempo socialmente necesario de producción de los productos. La reducción del consumo, por tanto, no puede lograrse desviándose de una «política de precios», sino que debe conseguirse mediante una reducción directa del dinero de los consumidores.

¿Cuánto tendrá que contribuir cada trabajador a esta expansión de la empresa?

Para quienes hayan seguido de cerca nuestras reflexiones sobre el factor bolsillo, la solución es bastante sencilla.

Para la producción total, suponemos:

$$(E t + M t) + F t = \text{producción total}$$

108 millones de horas de trabajo + 650 millones de horas de trabajo + 650 millones de horas de trabajo

El coste de la ampliación es ahora el 10% de $(E t + M t) = 10\%$ de 758 millones = 75,8 millones. Esta cantidad tendrá que ser soportada por todos los trabajadores juntos, de modo que cada trabajador tendrá que renunciar a $75,8 : 650 = 0,12$ de su consumo.

Según nuestros cálculos, el factor bolsillo de la empresa sin ampliación era de 0,83 (véase el capítulo 10g). Ahora es de $0,83 - 0,12 = 0,71$ *con la ampliación*. Por lo tanto, durante una semana laboral de 40 horas, cada persona recibe $0,71 \times 40 = 28,4$ horas de dinero de consumo.

F) La acumulación especial

Después de la acumulación ordinaria, abordaremos ahora la acumulación especial. Se trata de la ejecución de grandes obras que duran varios años, como la construcción de ferrocarriles, canales, puentes, diques marítimos, la limpieza de terrenos baldíos, etc. Estas obras también reducen la cantidad de producto disponible para el consumo individual. Por ejemplo, mientras se construye una vía férrea, se utilizan todo tipo de herramientas y materias primas, pero por el momento ningún producto nuevo las sustituirá. Además, los obreros que trabajan en él son retirados de la producción normal, de

modo que también ellos consumen pero no devuelven ningún producto durante esos años. Este tipo de expansión absorbe así una parte considerable del producto social, de lo que se deduce inmediatamente que una parte importante de las discusiones en los congresos económicos de los consejos de empresa versará sobre la medida en que se acometerán estas obras y cuáles son las más urgentes. Cuanto mayor sea la productividad del proceso de trabajo, más fácilmente podremos satisfacer nuestras necesidades, mayor será la escala en que podremos llevarlas a cabo:

«Si concebimos la sociedad no al modo capitalista sino al modo comunista: desaparecerá completamente el capital-dinero y, por tanto, el disfraz de las transacciones realizadas por medio de él. El problema se reducirá, sencillamente, a que la sociedad calcule de antemano la cantidad de trabajo, medios de producción y medios de subsistencia que puede emplear, sin quebranto de ninguna de las ramas industriales que, como la construcción de ferrocarriles, por ejemplo, pasan largo tiempo, un año o más, sin suministrar ni medios de producción ni medios de subsistencia ni rendir efecto útil alguno y que, sin embargo, sustraen trabajo, medios de producción y medios de subsistencia a la producción global anual. En cambio, en la sociedad capitalista, por el contrario, (...) pueden producirse y se producen necesariamente y sin cesar grandes perturbaciones. Por una parte, presión sobre el mercado de dinero, mientras que, a la inversa, las facilidades de este mercado provocan a su vez la aparición de éstas empresas en masa, es decir, aquellas circunstancias precisamente que más tarde presionarán sobre el mercado monetario».⁹⁴

Por lo tanto, si parece deseable construir un nuevo ferrocarril, hay que elaborar primero un presupuesto de la cantidad de producto social (es decir, de cuántas horas de trabajo) que ello requerirá en total (y a lo largo de cuántos años se repartirá). El carácter de este trabajo es que es de tipo «público», es decir, se imputa al presupuesto general de obras sociales (PGO). De este modo se reduce el desembolso, pero el coste de esa ampliación lo soporta toda la sociedad, sin que se rompa el vínculo entre el productor y el producto social. Una vez finalizado el trabajo, puede transferirse a la administración y gestión de la organización empresarial, que ahora realiza los cálculos de una empresa normal. Con ello puede, por ejemplo, en caso necesario, pasar al tipo «productivo».

⁹⁴ Karl Marx. *Das Kapital*, II, págs. 316-317, Dietz Verlag Berlin.

G) *El Fondo general*

Por último, queremos señalar una circunstancia que también afecta al factor bolsillo. Se trata de la necesidad que tiene la sociedad de abastecerse de diversos productos para prestar ayuda en caso de catástrofes naturales o tecnológicas. Estamos pensando en grandes inundaciones, ciclones, incendios forestales, etc., en los que las víctimas dependen de la ayuda de la «caridad privada». En el comunismo, este tipo de desgracias tendrían que ser sufragadas por el conjunto de la sociedad, por lo que huelga decir que habría que crear un «fondo general» mediante el factor bolsillo. La rapidez con que se realice esta constitución de reservas está en manos de los **Consejos**, que deben determinar en sus congresos la cantidad de dinero que se destinará a este fondo.

Capítulo 14

La supervisión de la vida comercial

A) *El origen del control obrero en el periodo de Kerensky*

Las revoluciones rusa y húngara también plantearon la cuestión del control de la producción en la práctica. Si nos fijamos ahora en el significado de «control de la producción», enseguida queda claro que abarca una amalgama de cosas muy diferentes, por lo que primero debemos fijarnos en los significados que había detrás.

Para los bolcheviques, junto con la reivindicación de la paz, el control obrero de la producción era el punto programático central con el que iniciaban la revolución. La vida económica de las empresas, cada vez más perturbada por la guerra, no pudo ser normalizada por el gobierno socialdemócrata de Kerensky. La inflación monetaria tenía un efecto devastador sobre el poder adquisitivo de las masas. Había escasez de materias primas para diversas empresas, mientras que los acaparadores y especuladores sabían aprovechar la confusión general para obtener beneficios sin precedentes a costa del pueblo trabajador.⁹⁵

En estas circunstancias, surgió un movimiento entre los trabajadores, especialmente en Petrogrado, que no querían rendirse sin más a las decisiones de los empresarios. Los consejos obreros lucharon a menudo contra la destitución de los trabajadores o el cierre de las fábricas. En junio de 1917, exigieron por primera vez la posibilidad de inspeccionar los libros de una empresa para asegurarse de que las materias primas no salían de la fábrica «sin una razón bien fundada». En octubre, una fábrica metalúrgica quiso reducir el tamaño de la fábrica «por falta de materiales», por lo que el consejo de empresa se arrogó el derecho de examinar los libros, mientras que cada pedido debía ser firmado por la dirección y también por el representante del consejo de empresa. En general, se puede decir que este movimiento reivindicaba el derecho de cogestión en la contratación y el despido de los trabajadores, en la fijación de los precios y, en muchos casos, la participación de los trabajadores en el funcionamiento cotidiano de la fábrica. A veces, también exigían la destitución de un director o de un empleado especialmente antipático. En resumen, se puede decir que *exigían la cogestión*. Hay que señalar que los sindicatos, que no se fundaron hasta

⁹⁵ Véase Lenin Collected Works , Progress Publishers, 1977, Moscow, Volume 25, pages 140-141. How the Capitalists Conceal Their Profits – CONCERNING THE ISSUE OF CONTROL.

1917, no formaban parte de este movimiento. La reivindicación de la cogestión era el resultado de la iniciativa energética, de la autodeterminación de los trabajadores, y tal movimiento no podía, por supuesto, ser llevado a cabo por los funcionarios sindicales. Por otra parte, sin embargo, hay que señalar que la lucha no era por la expropiación de los propietarios, es decir, por la abolición del capitalismo: el control de la producción *sólo significaba poner a los capitalistas bajo control*.

Para ilustrarlo, presentamos a continuación una pequeña estadística del número de directores y funcionarios que tuvieron que ser descartados bajo la presión de los trabajadores.⁹⁶

Destituciones de directivos y consejeros en 1917:

Marzo: 59

Abril: 5

Mayo -

Junio: 4

Julio: 5

Agosto: 17

Septiembre: 21

El ministro de Trabajo, el menchevique Skobolev, naturalmente no podía permitir que este movimiento creciera y, por lo tanto, emitió la orden de que los consejos de fábrica no debían interferir en la gestión de la empresa. Esto les vino muy bien a los bolcheviques. Utilizaron el rudimentario movimiento por el control de las fábricas en su propaganda y organizaron los consejos de fábrica en una unión federal. Lo poco que coincidían estos consejos de fábrica con los sindicatos lo demuestra el hecho de que cuando los bolcheviques tomaron el poder en el Petrogrado revolucionario sólo el 30% de los consejos de fábrica estaban organizados en sindicatos. Más tarde, cuando los bolcheviques llegaron al poder, el alcance del control de fábrica fue establecido por el decreto el 14 de noviembre, en el que varias medidas de los trabajadores, antes consideradas ilegales, fueron ahora establecidas como *derechos legales* (volveremos sobre este tema más adelante).

B) *El «control obrero» en Marx*

Es uno de los grandes méritos de Lenin haber presentado claramente (antes del golpe de Estado bolchevique del 7 de noviembre de 1917) en su

⁹⁶ Fr. Pollock, *Die planwirtschaftlichen Versuche in der Sowjet-Union 1917-1927*, p. 25, Leipzig, 1929.

libro «El Estado y la Revolución» los cambios en las ideas de Marx sobre el comunismo a lo largo de los años. En el «Manifiesto Comunista» (1847), Marx ve la evolución hacia el comunismo en un capitalismo de Estado cada vez más extendido, como podemos observar ahora en Rusia.⁹⁷

La clase obrera arrebató a la burguesía el aparato de gobierno, y el nuevo partido (¿o partidos?) de gobierno llevará a cabo entonces un *programa de reformas* radicales con la ayuda de este viejo aparato. En el Manifiesto Comunista, la implantación del comunismo *no* es tarea de las masas revolucionarias, sino que la expropiación de los terratenientes es llevada a cabo por el nuevo gobierno, que «va despojando a la burguesía de todo el capital pieza por pieza». Se suprime la propiedad de la tierra, pero los campesinos deben seguir pagando *intereses por la tierra*, que pasa a pertenecer al Estado. El capital privado seguirá funcionando por el momento, pero sus propietarios tendrán que pagar «*fuertes impuestos progresivos*». El banco nacional de crédito tendrá el «*monopolio del crédito*» y se creará un monopolio estatal del transporte. A continuación, el Estado procederá a la expropiación de cada vez más empresas que serán explotadas por el Estado, al tiempo que se producirá un rápido aumento del número de «*fábricas nacionales*» (en Rusia, el plan quinquenal).

Los movimientos revolucionarios de 1848 y especialmente la Comuna de París (1871) clavaron un cuchillo en la crítica de este programa de reforma radical. El propio Marx llegó a la conclusión de que la práctica de la lucha de clases había demostrado que estas ideas eran erróneas en los países capitalistas desarrollados. Especialmente 1871 demostró que las masas revolucionarias no sólo tenían que expulsar a los viejos gobernantes, sino también destruir el aparato burocrático-militar del Estado. Así, Marx, en la «*Guerra civil en Francia*», llega a la conclusión de que la clase obrera no puede recuperar el Estado de manos de la burguesía, sino que debe «*destruirlo*», «*aplastarlo*».

Ahora bien, ¿en qué consiste esta «destrucción» del Estado? El Estado no es un jarrón de porcelana que se pueda romper en pedazos. Quien quiera aplastar al Estado debe neutralizar a la casta militar-burocrática que se cierne sobre las masas como un monstruo de mil cabezas. La Comuna de París lo hizo estableciendo un gobierno completamente *autogestionario*. No reconoció a los oficiales nombrados por el gobierno central, sino que se reservó el derecho de nombrar y descartar a todos los oficiales. Por lo tanto, estos oficiales ya no eran responsables ante la autoridad central del Estado, sino sólo ante quienes habían delegado en ellos. De este modo, las masas

⁹⁷ Véanse los últimos párrafos del capítulo 2 del *Manifiesto Comunista*.

revolucionarias se habían apoderado tanto del poder legislativo como del ejecutivo. Ya no existía una casta burocrática separada de las masas, sino que los oficiales se habían convertido en parte viva de las propias masas. El derecho de nombramiento y destitución por parte de los propios miembros de la Comuna puso a todos los oficiales bajo el control de las masas: se convirtieron en verdaderos órganos ejecutivos de las masas. La Comuna «ocupó todos los cargos administrativos, judiciales y docentes mediante el sufragio universal de los interesados y, lo que es más importante, con revocación en cualquier momento por esos mismos interesados. Y, en segundo lugar, pagaba por todos los servicios, grandes y pequeños, sólo los salarios que recibían los demás trabajadores».⁹⁸

La aplicación general del principio de «responsabilidad hacia abajo» no es, en realidad, otra cosa que el hecho de que la *gestión y la dirección directa* de toda la vida social ha pasado a manos de los trabajadores, sin dar un rodeo por el Estado. La aplicación general de este principio se opone también directamente a la concepción capitalista de Estado de la «nacionalización» de las empresas «maduras». Este punto de vista muestra que en el pensamiento marxista la sociedad *en su conjunto* está «madura» para el comunismo y, por tanto, *en su conjunto* pasa al nuevo modo de producción.

La propaganda de los partidos comunistas, que hace pasar la transferencia gradual de empresas al Estado como un crecimiento hacia el comunismo, tiene un efecto altamente pernicioso en el desarrollo de la *simpatía por el comunismo* entre la clase obrera. La esencia de esta propaganda no es la conciencia de que la clase obrera debe obtener el control *directo* de la vida social, sino la creencia de que este logro sólo sirve como instrumento para ayudar a los partidos comunistas a obtener el poder gubernamental. Después, el «comunismo» se implantará gradualmente desde las oficinas gubernamentales bajo la dictadura del partido comunista.

En los países altamente capitalistas, sin embargo, una auténtica revolución proletaria no puede seguir estas líneas. Llevar a cabo una revolución significa desatar las energías revolucionarias de las masas. Y estas masas son tan numerosas (a diferencia de Rusia) que las fuerzas destructivas y constructivas no pueden mantenerse dentro de los decretos de los partidos gobernantes. En una auténtica revolución proletaria no se puede mantener una dictadura de partido. Una dictadura de partido sólo tiene posibilidades de éxito si la revolución *no* continúa, si se detiene a mitad de camino. Una dictadura de partido sólo tiene posibilidades como producto de una

⁹⁸ Karl Marx, *La guerra civil en Francia*, Introducción de Friedrich Engels a la edición de 1891.

revolución inacabada a la que la burguesía se aferra como último recurso «para evitar lo peor», porque una dictadura de partido puede, en el mejor de los casos, lograr el capitalismo de Estado, es decir, permitir que el capitalismo continúe, aunque sea de forma modificada.

C) *El control obrero bajo los bolcheviques*

El curso de la Revolución Rusa demuestra en la práctica la incompatibilidad del «Manifiesto Comunista» con la «Guerra Civil Francesa». En otras palabras, demuestra *en la práctica* que los principios de la Comuna de París, a saber, la «responsabilidad desde abajo», es decir, el gobierno de la clase obrera, son incompatibles con el capitalismo de Estado. Los bolcheviques querían unir ambos, pero resultó imposible: tuvieron que arrebatarse cada vez más la dirección de la vida social de las manos de los trabajadores y transferirla a la vieja burguesía y a los organismos del gobierno central.

Cuando los bolcheviques llegaron al poder, aplicaron las medidas esbozadas en el «Manifiesto Comunista». Sólo los bancos y el sistema de transportes pasarían a manos del Estado, mientras que la industria seguiría siendo propiedad privada.

«Vemos un ejemplo de capitalismo de Estado en Alemania. Sabemos que Alemania ha demostrado estar más avanzada que nosotros. (...) Todo el mundo (...) debe reconocer que el capitalismo de estado sería nuestra salvación».⁹⁹

En el Partido Comunista Ruso sólo hay desacuerdo sobre el ritmo de implantación de este capitalismo de Estado. Los «izquierdistas», dirigidos por Radek y Bujarin, insisten en que la industria debe ponerse bajo control estatal inmediatamente, pero Lenin consigue bloquearlo hasta finales de junio.

Que en realidad no se pretendía expropiar a la burguesía queda patente en el panfleto de Lenin «La catástrofe que nos amenaza y cómo luchar contra ella». Este panfleto fue escrito un mes antes de la revolución. Lenin trata aquí la cuestión de la nacionalización de los bancos y dice:

⁹⁹ Lenin en el Congreso del PCR, sesión del 29 de abril de 1918, en nuestro calendario gregoriano 11 de mayo de 1918; en alemán: *Tagung des gesamtrussischen Zentralerekutivkomitees*, Lenin Werke Bd. 27, p. 284/285.

«Si se confunde con tanta frecuencia la nacionalización de los bancos se confunde con la confiscación de los bienes privados, es por culpa de la prensa burguesa, que difunde esa confusión para engañar al público. La propiedad sobre el capital con que operan los bancos y que se concentra en ellos se acredita por medio de certificados impresos y manuscritos, a los que se da el nombre de acciones, bonos, letras de cambio, recibos, etc. Con la nacionalización de los bancos, es decir, con la fusión de todos los bancos en un sólo banco estatal, no se anularía ni modificaría ninguno de esos certificados. Quien poseyese 15 rublos en su libreta de ahorros seguiría siendo propietario después de la nacionalización de los bancos, y quien tuviese 15 millones seguiría teniendo, después de la nacionalización de los bancos, 15 millones en forma de acciones, bonos, letras de cambio, documentos comerciales, etc».¹⁰⁰

La nacionalización de los bancos (27 de diciembre de 1917) se realizó, pues, siguiendo esta dirección, lo que demuestra el hecho de que la industria permaneció en manos privadas hasta finales de junio de 1918 y que los empresarios conservaron las empresas en «arrendamiento y usufructo gratuito», incluso *después* de la nacionalización de la industria.

Sin embargo, este sistema, según los bolcheviques, no sería el capitalismo de Estado ordinario, tal como lo conocemos en Europa Occidental. *Este sistema funcionaría a través de los principios de la Comuna de París*, a través del «control democrático-revolucionario» de los trabajadores industriales.

«Para que el control de la industria se ejerza realmente, debe haber un **control obrero** (énfasis de Lenin), debe haber una mayoría obrera en todas las instituciones responsables, y la dirección debe rendir cuentas de sus acciones a las organizaciones obreras competentes».¹⁰¹

Así, el primer decreto sobre el control obrero (14 de noviembre de 1917) estipulaba que los consejos de empresa eran responsables del control de la producción, la fijación de precios, la compra de materias primas y la política financiera de la empresa. Sin embargo, no se les permitía interferir en la

¹⁰⁰ V. I Lenin, *La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla*, 10-14 (23-27) de septiembre de 1917, «¡Adelante!». Editorial, 1978, Obras Completas, vol. 2, pp. 165-200.

¹⁰¹ Traducido del alemán: V. I Lenin, *Notas sobre la Primera Conferencia de Petrogrado de los Betrieb-skomitas*, Pravda, núm. 72, 16. (3.) de junio de 1917, Obras Bd. 24, pág. 562.

gestión *diaria* ni hacerse cargo de su dirección, mientras que la «expropiación» estaba prohibida. Estas disposiciones se aplicaban tanto a las empresas estatales como a las privadas. Como el primer decreto decidía inmediatamente la afiliación nacional de todos los comités de control, toda la vida social quedaría bajo el control de los trabajadores.

Si se aplicaba este decreto, los dirigentes de la vida económica y de la función pública tendrían que rendir cuentas hacia abajo. No estarían aislados de las masas, sino que serían los órganos ejecutivos de los trabajadores. En estas condiciones, pues, no sería el gerente el responsable del curso de la producción, sino el conjunto de los trabajadores de la empresa. No habría responsabilidad individual, sino *colectiva*.

En la práctica, sin embargo, este decreto no tuvo ningún efecto. En otras palabras, la cooperación entre el capital y el trabajo, en la que se basaba, no pudo llevarse a cabo. Los propietarios se negaron a trabajar bajo este control... y sabotearon la producción... o cerraron las fábricas. La burguesía y su burocracia no permitirían ponerse bajo el control de los trabajadores.

«El decreto del poder soviético obligó a los empresarios a introducir el control obrero en todos los ámbitos. Sin embargo, el control obrero resultó ser una medida a medias y, por tanto, poco práctica. Como consigna, el control obrero significaba el crecimiento y al mismo tiempo el poder aún insuficiente del proletariado, es decir, era una expresión de la debilidad del movimiento que aún no había sido superada».¹⁰²

Los bolcheviques se enfrentaban así a la disyuntiva de abolir el control obrero o transferir efectivamente la dirección de la vida económica a los trabajadores, abandonando sus planes de capitalismo de Estado. En realidad, sin embargo, no había elección: la clase obrera era demasiado débil, ideológica y numéricamente, para poder hacerse cargo de la vida económica. Sólo había dos millones de obreros industriales con sus familias, una proporción considerable de los cuales seguía perteneciendo al campesinado, frente a 120 millones de campesinos (incluidas sus familias). Así que los bolcheviques decidieron abolir el control obrero.

Del «*capitalismo de Estado bajo control democrático-revolucionario*» sólo quedaba el «*capitalismo de Estado*».

¹⁰² Traducido del alemán: Larin y Kritzman, *Wirtschaftsleben und wirtschaftlicher Aufbau in Sowjet-Russland - 1917-1920*, citado en A. Rosenberg, *Historia del bolchevismo*, p. 114).

D) *La destrucción del «control obrero» por los bolcheviques*

Ahora queremos describir muy brevemente cómo los bolcheviques incapacitaron a la clase obrera. Para ello, debemos concentrarnos en la relación entre los consejos obreros y el movimiento sindical.

Durante el período de Kerensky coexistieron dos organizaciones de trabajadores industriales: los sindicatos y los consejos obreros. Los consejos obreros eran la representación directa de los trabajadores en las fábricas, ellos mismos estaban en la empresa. Los consejos obreros eran la verdadera arma de la «acción directa». Un núcleo revolucionario de trabajadores de una empresa convocaba a toda la plantilla a una reunión de empresa y allí se determinaba su posición sobre diversas cuestiones. Aquí no se les preguntaba: ¿a qué partido o sindicato pertenecéis? Eso era completamente irrelevante. Las decisiones se tomaban *en nombre de toda la empresa*; la unidad de clase primaba sobre el espíritu fragmentario de los carnets de afiliación. La acción de las masas se sustrajo así del marco de la *dirección política* de los distintos partidos y sindicatos y se transformó en *política de clase*.

Por supuesto, los sindicatos y los socialdemócratas se opusieron ferozmente a los consejos obreros. Sólo los bolcheviques los apoyaron inmediatamente, organizándolos sobre una base nacional, ya que esta vibrante actividad de masas desempeñaría un papel importante para los bolcheviques en la lucha por el poder.

Pero esto duró sólo hasta que las masas ayudaron a los bolcheviques a hacerse con el poder gubernamental. Después de eso, estrangularon a los consejos obreros y pasaron al frente sindical. Ya el 22 de diciembre de 1917, los bolcheviques disolvieron el control obrero del Ferrocarril de Múrmansk, y un director nombrado por el Comisariado Popular de Transportes ocupó su lugar. Esta fue la señal que indicaba el curso que la revolución seguiría en adelante.

Los bolcheviques empezaron ahora a dirigir la revolución de manera «ordenada», y para llevar a cabo su política de dirección era sobre todo importante deshacerse de esos engorrosos consejos obreros. Lo hicieron de la misma manera que la socialdemocracia alemana y el movimiento sindical en Alemania imitarían un año después: ¡los incluyeron en la administración central del movimiento sindical! (consejos de empresa legales en Alemania). Resultó una operación dolorosa pero corta.

En enero de 1918 (cuando los bolcheviques sólo llevaban dos meses en el poder) organizaron un congreso conjunto de sindicatos y consejos de empresa con el fin de buscar la «cooperación» entre los distintos movimientos, a menudo opuestos. Pues, según los bolcheviques, los

sindicatos estaban llamados a asumir la dirección de la vida de las fábricas junto con el Consejo Económico Supremo. Los sindicatos, por un lado, debían transformarse en federaciones industriales y los comités de empresa, por otro, debían seguir a la dirección central. Las organizaciones de fábrica debían ser las «células» inferiores de las federaciones industriales. Esto fue lo que sucedió. Sin embargo, esto sólo ocurrió tras una feroz oposición de los consejos obreros. Aquello era perfectamente comprensible porque se había abandonado todo movimiento independiente: el principio vital mismo de los consejos. Todos los fondos se pusieron en manos de las administraciones centrales. Se prohibieron todos los fondos independientes en las fábricas (cajas de huelga, cajas de previsión), lo que limitó considerablemente el movimiento independiente de los consejos obreros. En opinión de los bolcheviques, este movimiento *independiente* era completamente superfluo, ya que en el siguiente congreso sindical (20 de abril de 1918), en el que tenían la mayoría, adoptaron la siguiente resolución:

«Los conflictos entre los trabajadores y la dirección deben someterse inmediatamente a la decisión de la Ejecutiva Central del movimiento sindical. Si los trabajadores se niegan a someterse a las decisiones de los órganos sindicales, **deben ser expulsados inmediatamente del sindicato y sufrir todas las consecuencias que de ello se deriven**».¹⁰³

Una segunda consecuencia de la reunión conjunta de sindicatos y consejos de empresa (enero de 1918) fue el enorme crecimiento del movimiento sindical. Los comités de empresa, que hasta entonces habían estado en gran medida al margen de los sindicatos, ahora estaban incluidos y, si no legalmente, al menos en la práctica se introdujo la afiliación obligatoria. La célula del partido de una fábrica convocaba una asamblea en la que se propone la afiliación colectiva al sindicato, que se decide a mano alzada. Si la empresa se afiliaba al sindicato de esta manera, todos los

¹⁰³ Traducido del alemán: *Mensaje del Ministro de Trabajo*, 1918, nº 5/7 - Órgano del Comisariado del Pueblo para el Trabajo.

Nota del GIKH: Como la afiliación sindical era obligatoria, la expulsión significaba al mismo tiempo el despido de la empresa. Como los sindicatos eran responsables de la distribución de alimentos, la expulsión significaba la retención inmediata de las tarjetas alimentarias. Así, ya en febrero de 1918, la dictadura del proletariado se transformó en dictadura de la burocracia sindical, lo que se confirmó de manera más clara en abril.

trabajadores recién contratados quedaban automáticamente registrados como miembros, mientras que las cuotas se deducían de los salarios. El crecimiento del sindicalismo no era en absoluto un crecimiento de la «conciencia de clase» de los trabajadores, sino que la afiliación sindical se había convertido en «una obligación oficial» (Tomski) y «los trabajadores aceptaban la retención de las cuotas como una orden de arriba, completamente independiente de su voluntad».¹⁰⁴

La tercera y más importante consecuencia de la reunión conjunta de sindicatos y consejos de empresa (enero de 1918) fue, sin embargo, de naturaleza muy diferente. *Sólo las organizaciones obreras reconocidas por el Consejo Central de Sindicatos estaban legalmente autorizadas.* Dado que la afiliación al sindicato oficial era «una obligación oficial», esto significaba ni más ni menos que la clase obrera estaba en realidad privada del derecho a organizarse. Se «permitía», no, se *exigía*, ser miembro del partido en el poder. En realidad, a la clase obrera *no* se le permitía (*¡ni se le permite!*) organizarse para defender sus intereses.

Esto contrasta con aquello que afirma Marx de que **«el derecho de nombramiento y destitución por parte de los propios miembros de la comuna puso a todos los oficiales bajo el control de las masas; se convirtieron en los propios órganos ejecutivos de las masas»**.¹⁰⁵

Dado que la clase obrera se vio privada del derecho a organizarse en el primer período de la revolución (*¡el partido dirigente velaría por sus intereses!*), es de esperar que la gestión obrera de la producción, la responsabilidad de todos los trabajadores «hacia abajo», se encontrara en un estado aún peor. Y así fue. Ya hemos visto la contradicción entre el Consejo Económico Supremo y las organizaciones obreras de las fábricas. La fábrica de almidón de Zhivilov, por ejemplo, fue «nacionalizada», pero el Consejo Obrero se negó a entregar la fábrica a un representante del Consejo Económico Supremo. El Consejo Económico Supremo introdujo un sistema de inspectores para controlar la metalurgia de Petrogrado, pero surgieron graves conflictos entre los inspectores y los consejos obreros. Tampoco es casualidad que la Confederación de Diputados Obreros, que abogaba por la «autonomía de los consejos obreros», surgiera precisamente en los talleres ferroviarios, pues fue aquí donde se inició el abandono de los consejos obreros (ferrocarril de Murmansk). La verdadera batalla, sin embargo, se libró en el mencionado congreso sindical del 20 de abril de 1918. Los

¹⁰⁴ Traducido del alemán: Tomski, *Principles of Gewerkschaft*, p. 69.

¹⁰⁵ Nota del editor: Esta cita de Karl Marx, en *La Guerra Civil en Francia* en una traducción holandesa, p. 40, no se encuentra en las ediciones conocidas en 2020.

bolcheviques propusieron la abolición de la responsabilidad «hacia abajo» y propusieron la *responsabilidad individual* del director. De este modo, el director ya no era responsable ante los trabajadores de la fábrica, sino ante las «autoridades superiores», una responsabilidad que, por supuesto, sólo es posible si gestiona la fábrica «individualmente», sin los trabajadores. Los trabajadores quedaban así excluidos de la gestión de la empresa, y el «control obrero» se reducía a la comprobación por parte del director del cumplimiento de los contratos con los sindicatos en virtud de la legislación laboral y los convenios colectivos, lo que corresponde a la función de los consejos de empresa estatutarios en Alemania.

Tras la introducción de la Nueva Política Económica en marzo de 1921, los sindicatos también fueron expulsados de la gestión de la producción, que fue transferida nominalmente al Consejo Económico Supremo, pero cuyo depositario, en realidad, fue la burguesía zarista y sus «spetzen» (expertos). Que esta situación persiste aún hoy lo demostró claramente el llamado «juicio Ramsin» celebrado en 1930. Toda la palabrería sobre la dictadura del proletariado en Rusia no puede ocultar el hecho de que la vieja burguesía está a cargo de la producción. Estos «directores rojos» no son, por supuesto, responsables ante los trabajadores, ya que tampoco fueron nombrados por ellos. A este respecto, recordemos las «*Medidas para el nuevo régimen de dirección de la producción y el establecimiento de los derechos dictatoriales del dirigente en las empresas*», resolución ya publicada por nosotros anteriormente, que fue adoptada por el Comité Central del Partido Comunista Ruso el 7 de septiembre de 1929.

Desde el punto de vista del «aplastamiento del Estado», de la destrucción de la vieja burocracia y del sometimiento de todos los funcionarios al control de las masas, la revolución rusa *se alejaba cada vez más del comunismo*. La separación de las masas de la gestión de la producción se convirtió en un hecho consumado, y restableciéndose la vieja situación de dominio burocrático bajo una nueva forma. En última instancia, los bolcheviques tuvieron que ceder ante el atraso de la estructura social en la Rusia agraria y se vieron obligados a «aplastar» a los elementos proletarios que habían estado presentes en la revolución rusa y, finalmente, adoptaron el viejo aparato burocrático.

«Nosotros heredamos el viejo aparato estatal, y esa fue nuestra desgracia. Muy a menudo ese aparato estatal trabaja en contra nuestra. Después de que tomamos el poder en 1917, los funcionarios del Estado comenzaron a sabotearnos. Entonces nos asustamos mucho y

pedimos: «**Por favor, vuelvan con nosotros**». «Y todos volvieron, y ésta fue nuestra desgracia».¹⁰⁶

La supervisión de la vida comercial (II) (Anexo)

A) *El control en el capitalismo de Estado*

Si ahora nos centramos en el control de la vida empresarial en sentido contable, es evidente que la forma de este control está estrechamente relacionada con la base jurídica de la sociedad. Por tanto, el carácter del control viene determinado por el carácter de las nuevas relaciones de propiedad. Cuando los medios de producción pasan a ser propiedad del Estado, la regulación de la producción y la distribución también se convierte en una función del Estado, y el control aparece como una supervisión descendente del cumplimiento de los decretos estatales. El Estado nombra un ejército de inspectores, contables, etc., que se encargan del control financiero. Se trata de un aparato improductivo que sólo sirve para garantizar la apropiación de bienes para el Estado. En la medida en que el Estado desea utilizar aquí el «control obrero», sólo puede ser para controlar las reglas establecidas por la dirección suprema de la industria. Bajo el capitalismo de Estado, por tanto, el «control obrero» nunca puede ir más allá de la llamada «gestión» en las empresas.

Varga describe el control bajo el capitalismo de Estado de la siguiente manera:

«Una de las funciones del mando de la organización centralizada es controlar la gestión y el procedimiento empresarial en relación con la propiedad estatal, un problema que ha causado dificultades particularmente graves en Rusia (...) El descuido en el tratamiento de la propiedad estatal, de la propiedad expropiada a la burguesía, tiene su origen sobre todo en la tendencia codiciosa de toda la sociedad capitalista, cuya moral se ha visto particularmente minada por la prolongada guerra. **Pero una cierta falta de claridad sobre las nuevas relaciones de propiedad también desempeña un papel en este sentido.** Los proletarios que gestionan las granjas expropiadas caen muy fácilmente en la creencia de que las granjas son de su propiedad, y no de la sociedad en su conjunto. Esto hace que el buen funcionamiento del control sea particularmente importante, ya que es

¹⁰⁶ V. I. Lenin, 13-11-1922 en el *IV Congreso de la Internacional Comunista*. Obras escogidas en tres volúmenes, «¡Avante!» Editorial, 1977, vol. 3, pp. 618-628.

al mismo tiempo un excelente medio de educación (...) **El problema del control se ha resuelto muy bien en Hungría** (énfasis de Varga). Los auditores, que antes servían a los capitalistas, se unieron a los abogados y profesores de secundaria, que estaban en la formación de esta profesión, como funcionarios del Estado en una sección especial del Consejo Económico Popular. La sección estaba dividida según las profesiones, de modo que los mismos auditores inspeccionaban constantemente las empresas de las mismas ramas industriales. El control se extendía no sólo a los costes monetarios y materiales, sino también a la correcta utilización de la mano de obra, a la comprobación de las causas del bajo rendimiento laboral o de los resultados desfavorables en general. El auditor encargado de la empresa inspeccionaba sobre el terreno las operaciones y la contabilidad de la empresa a intervalos fijos y redactaba un informe que no sólo revelaba los errores, sino que también contenía sugerencias de reforma. Los propios auditores no tenían derecho de disposición en las empresas que auditaban; sólo presentaban sus informes a las autoridades responsables de la organización. Mientras tanto, se desarrollaba rápidamente la cooperación entre el auditor, el comisario de producción y el consejo de empresa. Con frecuencia, las sugerencias del auditor se seguían espontáneamente. También se instituyó una publicación periódica, «El Boletín de los Auditores», que se enviaba a todas las empresas expropiadas y que contribuyó en gran medida a aclarar las cuestiones organizativas de la gestión empresarial entre los trabajadores. El control sistemático se extendió no sólo a las empresas, sino también al comportamiento de todos los comisariados del pueblo». ¹⁰⁷

Lo que Varga llama aquí control de la producción es una mezcla de dos cosas muy distintas. Una es el control en el sentido contable: el control de los libros de la empresa; en otras palabras, una cuestión de ingresos y gastos. La otra es el control técnico. Es la racionalización de la producción.

La combinación de estas diferentes funciones no es un accidente para el capitalismo de Estado. Son la expresión de la base de la producción: la rentabilidad. En este sistema, las tarjetas de control, el sistema de fichaje, el sistema Taylor y la cinta transportadora son funciones de la rentabilidad; es la racionalización que también es control. Empero, el control es un *poder superior* sobre el trabajo hecho servil. Control de la producción significa aquí

¹⁰⁷ Traducido del alemán: E. Varga, *Die wirtschaftlichen Probleme der proletarischen Diktatur*, p. 67-68.

control de los productores, si trabajan con rentabilidad, si producen excedentes suficientes para los gestores del aparato. El control tiene carácter de dominación sobre los productores.

B) El control en el comunismo

En la asociación de productores libres e iguales basada en la contabilización del tiempo de trabajo, el control es de naturaleza muy distinta, *porque se trata de relaciones jurídicas diferentes*. Los trabajadores reciben de la comunidad los edificios, las máquinas y las materias primas para producir nuevos bienes para la comunidad. Cada empresa constituye así una entidad jurídica colectiva que es responsable de su gestión ante la comunidad. La contabilidad pública de todas las empresas es una consecuencia natural de esta situación.

Como hemos visto, las empresas no tienen «ingresos y gastos», nunca pueden trabajar con «excedentes y déficits», es decir, la rentabilidad no existe en el comunismo. El dinero no existe; todas las transferencias de mercancías quedan en la oficina de transferencias, mientras que nadie puede obtener nunca otra cosa que bienes de consumo individuales. La «renta» de nadie puede ser mayor que los productos que puede extraer del consumo a cambio de sus horas de trabajo.

Cuando hablamos del control de la economía en el comunismo, no pretendemos inventar diversas comisiones que se ocupen de este control. No es que no existan tales organismos, pero están fuera del alcance de las posibilidades de esta investigación teórica. Queremos, por tanto, examinar únicamente qué formas de control son directamente inherentes al funcionamiento de la economía comercial. Nos referimos a la forma en que la economía de la empresa se controla a sí misma, sin la intervención de un «controlador».

En la asociación de productores libres e iguales, la producción no está controlada por individuos u organismos, sino por el registro público del curso real de la economía de la empresa. En otras palabras, la producción es controlada por la reproducción.

Es importante recordar que el comunismo no produce al azar, sino que opera según un plan de producción preestablecido que proporciona las directrices generales dentro de las cuales se moverá la vida económica. Este plan de producción no es más que la determinación del tamaño de las distintas esferas de producción. Por tanto, determina la cantidad de trabajo que la sociedad dedicará a la producción de medios de producción, materias primas, alimentos, ocio, etc. Estos planes no son «ideados» por los economistas, sino que surgen del seno de la sociedad. Dado que el consumo

de todo tipo de organizaciones de consumidores está directamente vinculado a la producción, las empresas saben exactamente hasta qué punto pueden satisfacer la demanda de sus productos. Si resulta que la industria textil no puede satisfacer toda la demanda, hará propuestas al definir el próximo plan de producción para ampliar su rama de la industria más de lo habitual. De este modo, el plan de producción «crece» a partir de la experiencia práctica. Sin embargo, una vez establecido el plan, las distintas organizaciones empresariales tendrán que operar dentro de este marco y no podrán sobrepasar sus presupuestos de producción. Esto forma parte de las *reglas generales* que definen la vida económica.

En la Contabilidad Social General de la Oficina de Transferencias, en este pequeño espejo de la vida económica, podemos ver inmediatamente si cada sector se mantiene dentro del plan de producción. Si cada empresa individual está afiliada a la Oficina de Transferencia, entonces cada empresa individual está sujeta a este control contable. Si el sector de producción en su conjunto está afiliado (por ejemplo: la industria azucarera en su conjunto), entonces el control contable de las empresas individuales se inscribe en el marco de esta comunidad de producción.

¿Cómo se controla la economía *a sí misma*? Es el tiempo de producción socialmente necesario el que lo hace. En el capítulo 8 dimos un ejemplo de cómo puede determinarse el tiempo de producción socialmente necesario. Allí vimos que no todas las empresas son igual de productivas, sino que algunas están por debajo y otras por encima de la media social. Si los datos de producción muestran que el tiempo de producción de una empresa está muy por encima de la media, entonces la propia producción real indica que es necesario investigar las causas.

También es posible que el propio tiempo de trabajo socialmente necesario se haya calculado mal. Si era demasiado elevado, se «traspasará» a la sociedad un número de horas superior al que se consumió en forma de e , m y f en la empresa. Ahora bien, como el flujo de entrada y salida debe ser siempre igual, esta situación refleja por tanto un error de cálculo. También es posible que el trabajo socialmente necesario se haya calculado a un nivel demasiado bajo. En este caso, esto se refleja en las cuentas, ya que el flujo de entrada es mayor que el flujo de salida. Para la empresa o el sector industrial esto es dolorosamente obvio, porque las empresas no pueden reproducirse a sí mismas. En otras palabras, la producción se estanca. Esto demuestra, por tanto, que el tiempo de trabajo socialmente necesario es un «controlador» implacable que se hace sentir cada vez que la comunidad empresarial, voluntaria o involuntariamente, falla. O, como también podría decirse: la producción está controlada por la reproducción. Son las propias leyes del

movimiento de la economía empresarial las que ejercen el control y señalan inmediatamente las infracciones.

El control de las empresas públicas no ofrece muchas formas de control automático, porque el producto llega al consumidor «gratuitamente». Aquí, por regla general, no existe un tiempo de trabajo socialmente necesario y los libros de la empresa no suelen indicar la cantidad de producto que se ha «traspasado».

Estas empresas funcionan según la fórmula $e + m + f = \text{«servicio»}$. El proceso de reproducción tampoco actúa aquí como factor de control. En este caso, la contabilidad social sólo puede comprobar si el «servicio» sigue funcionando dentro de su presupuesto de producción, es decir, si no supera su consumo de e , m y f . Aquí no se puede demostrar si el «servicio» es suficientemente productivo. Por lo tanto, hay que utilizar otros medios para ello. Por ejemplo, cuántas horas de trabajo se emplean en un kilómetro de transporte en tranvía, o comparar el «coste» per cápita de la educación en distintos municipios, etc. Pero este tipo de control no entra en el ámbito de las investigaciones de este documento.

Capítulo 15

La implantación del comunismo en la empresa agraria

A) *La evolución hacia la producción de mercancías*

Es bien sabido que toda sociedad nueva surge del vientre de la vieja. El capitalismo, en su rápido desarrollo industrial, crea un sistema productivo cada vez más poderoso y más concentrado, como resultado de lo cual, por un lado, disminuye el número de burgueses que tienen el aparato a su disposición y, por otro, obliga a una parte cada vez mayor de la población al trabajo asalariado. Este desarrollo crea al mismo tiempo las condiciones para la caída del capitalismo. La condición necesaria para este crecimiento del proletariado es una explotación cada vez más intensa, mientras que la lucha por la existencia y la inseguridad de la misma se agudizan cada vez más (véase: Marx, *Trabajo asalariado y capital*). En estas condiciones, al proletariado sólo le queda una salida: el comunismo.

Si comparamos el desarrollo de la agricultura con el de la industria, obtenemos una imagen muy diferente. A pesar de todas las predicciones de que la agricultura también tendría que concentrarse, de que los pequeños y medianos agricultores serían expulsados por los grandes consorcios agrícolas, hasta ahora no hemos visto gran cosa sobre esto. No sólo los agricultores medianos, sino también los pequeños se han afirmado, mientras que no se habla de un desarrollo en la dirección mencionada. De hecho, se observa un fuerte aumento del número de pequeñas explotaciones.

Esta situación es muy decepcionante para los teóricos del comunismo de Estado. El trabajo en la industria está adquiriendo un carácter cada vez más social, mientras que el agricultor, según los teóricos, sigue trabajando aislado. En la industria, las empresas están cada vez más «maduras» para el comunismo, o lo que sea que eso signifique, pero en la agricultura no quieren «madurar» en dirección a la gestión estatal central.

Desde el punto de vista del comunismo de Estado, la agricultura es y seguirá siendo, por tanto, un obstáculo para la implantación del comunismo. Sin embargo, en nuestra opinión, el capitalismo ya ha verificado plenamente las condiciones objetivas para la implantación del comunismo también en la agricultura. Sólo depende de cómo se miren las cosas; si se quiere dejar la gestión de la producción en manos de organismos gubernamentales centrales o si se quiere dejar en manos de los propios productores.

Para demostrar que la agricultura ya está «madura» para el comunismo, queremos hacer un breve recuento de la situación de las granjas tal y como

es en Europa Occidental, América y Australia.¹⁰⁸ Veremos entonces que la agricultura se ha vuelto completamente capitalista y que la producción procede de la misma manera que en la industria.

Una de las características de la producción capitalista es que se trata de una producción de «mercancías». Las «mercancías» son objetos de uso que el productor no produce para sí mismo sino para los demás, para la sociedad, y su trabajo es, por tanto, trabajo social. En el proceso metabólico de la sociedad, todos los productores de mercancías están, de este modo, vinculados entre sí, viven en completa interdependencia y forman en realidad un todo cerrado.

En los viejos tiempos de la agricultura, la producción de «mercancías» era sólo una actividad secundaria. Era un mundo en sí mismo, que consumía casi todo lo que producía. El campesino era su propio sastre, albañil, fabricante textil y proveedor de alimentos. Por tanto, el campesino no trabajaba para los demás, para la sociedad, sino para su propio círculo familiar. El campesino llevaba muy poco al mercado, lo que significaba que tenía muy poco dinero en mano, pero esto, al menos, le daba una existencia «independiente».

La producción industrial de mercancías, sin embargo, perturbó esta autosuficiencia. Mientras que, por un lado, conseguía extender un flujo de productos baratos sobre la tierra, por otro, el funcionamiento del capitalismo aumentaba las rentas de la tierra, haciendo que el Estado exigiera impuestos cada vez más altos. No nos corresponde aquí examinar la destrucción de esta agricultura autosuficiente (véase para ello: Rosa Luxemburg, *La acumulación de capital*). Sólo queremos señalar el resultado, que está a la vista de todos: el campesinado necesitaba cada vez más *dinero* para hacer frente a sus obligaciones. Pero sólo podía obtener dinero vendiendo más productos. Y aquí se abrían dos opciones para el campesino: o él mismo tenía que consumir menos con la misma productividad, o tenía que aumentar la productividad de su trabajo. Sin embargo, reducir aún más el consumo ya no era posible para el viejo campesino, por lo que la única solución era aumentar la productividad.

Aquí es donde los economistas se han equivocado hasta ahora: suponían que la agricultura se desarrollaría del mismo modo que la industria. En la industria, la productividad cada vez mayor se lograba mediante la confluencia de capitales, a través de máquinas cada vez más nuevas y productivas, que sólo podían utilizarse en empresas gigantescas. En

¹⁰⁸ Para una descripción más detallada, consulte el folleto publicado: «*Líneas de desarrollo en la agricultura*» [folleto de 1930 en neerlandés, Ontwikkelingslijnen in het Boerenbedrijf; publicado en internet.

consecuencia, pensaron que el mismo proceso de concentración tendría lugar en la agricultura. En consecuencia, los pequeños y medianos agricultores tendrían que desaparecer por completo, mientras que los consorcios agrícolas desempeñarían el papel decisivo en la agricultura. Los pequeños y medianos agricultores se transformarían entonces todos en asalariados del capital de las sociedades anónimas agrícolas.

A este respecto, los economistas han estado muy equivocados hasta ahora. Curiosamente, el mismo desarrollo industrial que supuestamente iba a provocar la concentración de la agricultura sentó las bases para un desarrollo completamente distinto de la agricultura. Fue el desarrollo de los fertilizantes químicos y de la ciencia agrícola, en particular, lo que consiguió aumentar la productividad del trabajo sin provocar una confluencia tan grande de capital. La fertilización moderna hizo que la naturaleza del suelo pasara a un segundo plano, el rendimiento por hectárea aumentó enormemente, de modo que el agricultor podía comerciar con muchas más «mercancías» que antes, mientras que el *tráfico moderno* se encargaba del transporte a todas partes.

Al mismo tiempo que aumentaba el rendimiento por hectárea, se produjo otro fenómeno de enorme importancia. En cuanto la producción se asentó sobre una base científica, se produjo el fenómeno de la *especialización*. «El especialista es un cavernícola. Sólo ve una pequeña parte del universo, pero lo ve muy claro», dice en alguna parte Multatuli.¹⁰⁹ Así vemos cómo los agricultores se organizan para suministrar sólo determinados productos y alcanzar en ello el nivel más alto posible con el estado actual de la ciencia y... su capacidad financiera. Luego organizan sus empresas de acuerdo con esta especialización, es decir, que sólo tienen las herramientas e instrumentos que necesitan para su producto especial.

Este es el estado actual de la agricultura en Europa Occidental, América y Australia. *El agricultor se ha convertido así en un productor de mercancías en el pleno sentido de la palabra*. Ya no lleva su «excedente» al mercado después de haber satisfecho sus propias necesidades, sino que *vende todos sus productos*. Lo que produce no lo consume y lo que necesita no lo produce. Como consecuencia, el agricultor ya no trabaja para su propio círculo familiar, sino para la sociedad, por lo que su trabajo es ahora un trabajo social. La economía familiar autosuficiente ha sido destruida por la especialización; la empresa campesina ha pasado a la «*producción industrial*».

¹⁰⁹ Multatuli es el seudónimo de Eduard Douwes Dekker (1820-1887), escritor holandés.

Aunque el campesino sigue siendo el «propietario» de su pedazo de tierra, su posición se ha deteriorado enormemente. Ciertamente puede hacer buenos negocios cuando la economía va bien, pero ahora depende totalmente de las vicisitudes del mercado. Su precariedad ha acompañado a su especialización. Esto no ha pasado desapercibido para los campesinos, por lo que han tratado de escapar a las tendencias fatales de su especialización. Para ello, han formado cooperativas campesinas, que les han permitido controlar mejor los precios y adquirir colectivamente maquinaria para trabajar los campos y procesar la cosecha. Como resultado, toda la actividad agrícola está muy concentrada, mientras que no se trata de una concentración de empresas en el sentido industrial.

B) La importancia de esta evolución para la revolución proletaria

La evolución descrita ha impedido hasta ahora la formación de un proletariado agrícola significativo. Es siempre mayor que el número de campesinos propietarios, sin duda, pero las proporciones son en realidad muy diferentes de las de la población urbana. Además, las diferencias de clase en el campo no son tan pronunciadas, precisamente porque el pequeño agricultor y los miembros de su familia trabajan junto con los asalariados. Mientras que la propiedad urbana ha dado lugar a puro parasitismo, no ocurre lo mismo en las pequeñas y medianas explotaciones. Por lo tanto, una revolución comunista es mucho más difícil en el campo que en las ciudades.

Sin embargo, las proporciones no son tan desfavorables como parecen a primera vista. Ciertamente hay un número relativamente grande de «propietarios» en el campo, pero saben muy bien que en realidad no son más que gerentes que se afanan al servicio del capital hipotecario, mientras el peso de la incertidumbre existencial pesa sobre ellos. Es indudable que el campesino «propietario» nunca será un paladín del comunismo, pero se alegra de la lucha de la clase obrera contra el capital. Es imposible decir con certeza *cuál* será la actitud del pequeño y mediano campesino en una revolución proletaria. La única manera de saberlo ahora es estudiar la actitud de los campesinos en los movimientos proletarios en Alemania durante los años 1918-1923. Este es todo el material empírico del que disponemos hasta ahora. Volveremos sobre este tema más adelante.

El hecho de que el campesino se haya convertido en «productor de mercancías» es de la mayor importancia para la revolución proletaria. La clase obrera sigue ignorándolo con demasiada frecuencia. Como resultado, escuchamos todo tipo de advertencias sobre la resistencia que los campesinos montarían contra una clase obrera victoriosa, pero en realidad carecen de sentido. Siguen basándose en la situación tal y como era en el

pasado. Por ejemplo, oímos constantemente que la clase obrera tiene que «seducir» a los campesinos, porque las ciudades dependen del campo para su abastecimiento alimentario.

Esto es cierto. Pero los campesinos de hoy dependen igualmente de la ciudad. Si los campesinos no entregan sus productos a las ciudades, están tan a merced del hambre como la clase obrera, por paradójico que parezca. El agricultor, a pesar de todo, *tiene* que vender sus productos, porque de lo contrario él mismo no se alimentaría, ya que sólo cultiva lo que no consume y lo que necesita, no lo produce.

Otra observación que se oye a menudo es que el agricultor prefiere dar sus productos a los animales antes que a la clase obrera revolucionaria. Esto también es un malentendido, basado en la antigua forma campesina de producir. El ganadero sólo tiene ganado y nada más (aparte de subproductos, por supuesto); el agricultor tiene grano pero no ganado, el avicultor tiene varios cientos de pollos, el horticultor sólo tiene un número limitado de verduras. Todos se han convertido en especialistas.

Además, también existe el temor de que el agricultor se niegue a continuar con su actividad, es decir, que vuelva a la agricultura de autoabastecimiento. Sin embargo, tampoco puede hacerlo. Ni siquiera un campesino puede retroceder un siglo y hacerlo todo él mismo, como hacían las generaciones anteriores, porque no tiene ni los conocimientos ni las herramientas necesarias. Una vez que se ha producido la socialización del trabajo, nadie puede escapar de ella. No importa cómo se gire o retuerza el tema, ¡los campesinos están todos en el bote y no hay escapatoria!

C) El proletariado agrario y los pequeños y medianos campesinos en la revolución alemana

Examinemos ahora más de cerca la actitud de los campesinos en la revolución alemana. Para ello, sin embargo, es necesario describir brevemente la situación general en noviembre de 1918.

Ciertamente, no fue por la acción consciente de las masas proletarias que el poder imperial se derrumbó en noviembre de 1918. El frente de guerra se derrumbaba, los soldados desertaban por millares, y en esta situación catastrófica la marina alemana quería dar un golpe final atacando obstinadamente a los británicos en el Mar del Norte. Los marineros pensaron, con razón o sin ella, que todos morirían en esta batalla, lo que provocó un motín masivo en uno de los buques de guerra. Una vez en este camino, los marineros *tenían* que continuar, pues de lo contrario el barco rebelde sería hundido por las tropas «leales». Por lo tanto, izaron la bandera roja, lo que provocó un motín también en los otros buques de guerra. De esta

manera, los marineros rebeldes escaparon. Con la necesidad de hierro, un acontecimiento se desarrolló a partir de otro. Los marineros tenían que continuar su rebelión o serían abatidos por el ejército de tierra. Así que marcharon a Hamburgo para invocar la ayuda de los trabajadores. ¿Cómo serían recibidos allí? ¿Serían repelidos?

No hubo resistencia alguna. Cientos de miles de obreros declararon su solidaridad con los marineros, y la acción dio lugar a consejos de obreros y soldados. Así comenzó la marcha triunfal de la revolución en toda Alemania. Lo más curioso fue lo siguiente: aunque los censores alemanes controlaban todos los informes sobre la Revolución Rusa de noviembre de 1917, aunque no se hacía propaganda de la idea de los consejos, pese a que incluso la estructura de los consejos rusos era desconocida para la clase obrera alemana, en pocos días había surgido toda una red de los mismos por todo el país.

La guerra civil que siguió a continuación estuvo bajo el signo del socialismo. Por un lado, la socialdemocracia, que veía en el socialismo una simple continuación del proceso de concentración del capital, con la nacionalización legal de la gran industria. Por otro lado, el recién nacido comunismo, que consideraba la «nacionalización» alcanzable sólo por medios ilegales. *El objetivo era el mismo, pero el camino era diferente.*¹¹⁰

Aunque las ocupaciones de fábricas fueron muy comunes durante la Revolución Alemana, nunca se llegó a una «toma del poder en nombre de la sociedad». A pesar de todo, las fábricas siguieron siendo en todas partes propiedad de los antiguos dueños, mientras que aquí y allá estaban bajo un control muy primitivo de los trabajadores. El hecho de que no se llegara más lejos se debe a la falta de autoconciencia de la clase obrera alemana. Los obreros escucharon a la contrarrevolución alemana que, bajo la dirección de los socialdemócratas, les impidió llevar a cabo nacionalizaciones «por su propia autoridad». La parte revolucionaria de la clase obrera, que quería llevar a cabo la expropiación directa, era aún demasiado débil para oponerse a ello. El propio proletariado seguía dividido sobre las cuestiones del comunismo, por lo que la revolución *proletaria* era muy débil. La clase obrera revolucionaria tenía que concentrar todas sus fuerzas en su defensa contra la contrarrevolución y no podía pensar todavía en expropiar a los propietarios. En esta situación es obvio que las grandes clases medias de la sociedad, que en la revolución se ven obligadas a elegir el bando del vencedor, fueron conducidas automáticamente a la contrarrevolución.

¹¹⁰ Capitalismo de Estado.

Esto se aplica en primer lugar al campesinado. Si el comunismo era todavía tan débil entre el proletariado alemán, ¿cuánto más débil debía de ser entre el campesinado? De hecho, vemos que el campesinado no fue un factor esencial en la revolución. No formó una organización independiente tomando partido, salvo en Baviera, cuando allí se proclamó la dictadura del proletariado. Tuvieron que tomar partido, y curiosamente aquí se produce el mismo fenómeno que en el proletariado: no actuaron como una unidad sólida. Una parte del campesinado se puso del lado de la revolución, otra parte se opuso a ella. (Por lo que sabemos, no hay datos sobre el carácter de las granjas campesinas que se pusieron del lado de la revolución. Tampoco se dispone de cifras proporcionales).

Excepto en Baviera, los campesinos no participaron realmente en la revolución. No hubo apoyo directo y, en general, incluso una clara animadversión. Naturalmente, el eslogan «La tierra para los campesinos» no pudo utilizarse en Alemania, porque las pequeñas y medianas empresas también estaban fuertemente representadas. Sí, en Alemania sigue habiendo muchos latifundios, pero también en este caso los campesinos no han mostrado ninguna inclinación a compartir estas propiedades. Aunque el antiguo eslogan «La tierra para los campesinos» pudo desencadenar fuerzas psicológicas tan enormes en zonas agrícolas atrasadas, este eslogan no demostró tener efecto alguno en Alemania, con sus grandes empresas agrícolas basadas en la cultura científica.

La explicación de esto debe residir en la naturaleza de la gran empresa occidental, que funciona directamente como una «industria». Los grandes campos de cereales son trabajados por máquinas, mientras que el grano se almacena en grandes graneros. En las zonas ganaderas hay vastos prados con establos para cientos de vacas, mientras que la leche se procesa en la propia granja. Los grandes campos de patatas del norte están completamente especializados en este cultivo, y la propia fábrica de desmotado está directamente vinculada a él. Proporciones similares se dan en Sajonia, donde todo está especializado en el cultivo de remolacha azucarera para las azucareras asociadas de Magdeburgo.

En estas condiciones, la consigna «La tierra para los campesinos» en el sentido del reparto de tierras al estilo ruso no pudo encontrar cabida. Los trabajadores agrícolas no sabrían qué hacer con ella. En el sector ganadero, podrían apropiarse de unas cuantas vacas con un trozo de tierra, pero como sus viviendas no estaban equipadas como «granjas», no pueden dedicarse a la actividad de ganaderos o productores de leche. Además, carecen de las herramientas necesarias para explotar su «propiedad» como una pequeña empresa.

Estas condiciones se aplican a la totalidad del latifundio alemán, por lo que podemos decir que el Estado agrario altamente desarrollado impide la «división» de los grandes latifundios. Los obreros que trabajan en ellos se enfrentan al mismo problema que los obreros industriales: se enfrentan a la incautación de todo el latifundio «en nombre de la sociedad». En la revolución alemana, el proletariado agrícola ni siquiera se planteó este problema. Las relaciones de distancia agrarias no permiten que miles de proletarios encuentren lazos de solidaridad en una pequeña zona, lo que hace muy difícil establecer un frente común de lucha. En consecuencia, el proletariado agrario alemán no formó consejos, o apenas lo hizo, y no desempeñó ningún papel en la revolución alemana.

Curiosa fue la actitud del llamado «semiproletariado» del campo. En Alemania, en particular, hay una gran cantidad de industria en el campo, un fenómeno que también es cada vez más común en los Países Bajos. Esto puede deberse a la mano de obra barata que puede obtenerse allí y a los precios más bajos de la tierra y otros gastos. Los trabajadores necesarios se reclutan entre la población rural de los alrededores, y también trabajan una parcela bastante grande en su tiempo libre, por lo que ocupan una posición que aquí llamamos «semiproletariado». La naturaleza de su producción agrícola es la de la autosuficiencia: lo que reciben en el mercado carece de importancia. Ahora bien, lo curioso es que este semiproletariado fue un factor muy estimulante de la revolución, que no se arredró ante nada. Estos trabajadores estaban a menudo en la vanguardia del movimiento. Hacían huelgas y marchaban a las ciudades de los alrededores para difundir el movimiento. Turingia es un ejemplo notable de ello. Pero, además, hicieron un excelente trabajo abasteciendo de alimentos a las ciudades. Al principio de la revolución, cuando los consejos aún detentaban el poder, los campesinos retenían los alimentos para subir los precios. Los consejos de las fábricas rurales se vincularon entonces a los consejos municipales, tras lo cual los semiproletarios, que conocían perfectamente la situación del campo, obligaron a los campesinos a entregar sus productos a los precios vigentes (Hamburgo).

Resumiendo todo, podemos decir que, en general, ni el proletariado agrícola alemán ni el campesinado alemán participaron en la revolución. Si el razonamiento comunista ya existía, era tan extremadamente débil que no pudo encontrar expresión alguna. Parece, pues, que en caso de revolución proletaria los pequeños campesinos adoptarán una actitud de espera. En general, su actitud estará determinada por la fuerza de la revolución proletaria y la integración de las grandes empresas agrícolas en el aparato de producción comunista.

Capítulo 16

La dictadura económica del proletariado

Por último, debemos decir unas palabras sobre la dictadura del proletariado. Esta dictadura es para nosotros una cuestión de rutina, que no necesita ser abordada de ninguna manera especial, porque la introducción misma del comunismo en la vida económica es la dictadura del proletariado. La introducción de la economía comunista no significa otra cosa que la abolición del trabajo asalariado, la implantación de la *igualdad de derechos* de todos los productores a las existencias sociales. Es la abolición de todos los privilegios de determinadas clases. La vida económica comunista no da a nadie el derecho a enriquecerse a costa del trabajo de los demás. Quien no trabaja, no come. La introducción de estos principios no es en absoluto «democrática». La clase obrera los aplica con las luchas más encarnizadas y sangrientas. En esto no hay lugar para la «democracia» en el sentido de cooperación de clases, tal como la conocemos en el actual sistema parlamentario y sindical.

Pero si entendemos esta dictadura del proletariado desde el punto de vista de la transformación de las relaciones sociales, desde el punto de vista de las relaciones recíprocas de los seres humanos, entonces esta dictadura es el verdadero logro de la democracia. El comunismo no significa otra cosa que la entrada de la humanidad en una fase cultural superior, colocando todas las funciones sociales bajo la dirección y el control directos de todos los trabajadores, que toman así su destino en sus propias manos. En otras palabras, la democracia se convierte en el principio vital de la sociedad. Por lo tanto, una verdadera democracia, enraizada en la gestión de la vida social por las masas trabajadoras, es precisamente lo que es la dictadura del proletariado.

Una vez más, le tocó a Rusia convertir esta dictadura en una caricatura presentando la dictadura del Partido bolchevique como la dictadura de la **clase** proletaria. Se cierra así la puerta a una auténtica democracia proletaria, a la gestión y dirección de la vida social por las propias masas. La dictadura de un partido es la forma en que se impide en realidad la dictadura del proletariado.

Además del significado social de la dictadura, veamos su contenido económico. En la esfera económica, la dictadura garantiza que las nuevas normas sociales que rigen la vida económica encuentren una aplicación generalizada. Los propios trabajadores pueden incorporar todas las actividades sociales a la empresa comunista, aceptando sus principios,

realizando la producción para la comunidad y rindiendo cuentas a la comunidad. Juntos, llevan a cabo la producción comunista.

Es probable que distintas partes de las empresas agrícolas no se ajusten directamente a las reglas de la vida económica comunista, es decir, que no se unan a la comunidad comunista. También es probable que diversos trabajadores interpreten el comunismo de tal manera que quieran dirigir las empresas de forma independiente, sí, pero no bajo el control de la sociedad. En lugar del capitalista privado del pasado, la organización empresarial actúa como «capitalista».

Aquí la dictadura económica tiene la función especial de organizar la economía según reglas generales, en las que la contabilidad social en la oficina general de transferencias desempeña un papel importante. En la contabilidad social encontramos el registro del flujo de mercancías dentro de la economía comunista. Esto significa simplemente que los que no son miembros del sistema de contabilidad de la sociedad no pueden obtener materias primas. En el comunismo no se «compra» ni se «vende» nada. Los productores sólo pueden obtener bienes y materias primas de la comunidad para su posterior distribución o transformación. Quien no quiera implicar su trabajo en el proceso laboral regulado socialmente, se excluye a sí mismo de la comunidad comunista. Así, esta dictadura económica conduce a una *autoorganización* de todos los productores, ya sean pequeños o grandes, industriales o agrícolas. Esta dictadura se anula inmediatamente en cuanto los productores implican su trabajo en el proceso social y trabajan bajo los principios de la abolición del trabajo asalariado y del control social. Se trata, pues, de una dictadura que, de hecho, «muere» por sí misma en cuanto toda la vida social se sitúa sobre la nueva base de la supresión del trabajo asalariado. Es también una dictadura que no se lleva a cabo a punta de bayoneta, sino a través de las leyes de los movimientos económicos del comunismo. No es «el Estado» el que ejerce esta dictadura económica, sino algo más poderoso que el Estado: las leyes de los movimientos económicos.

Capítulo 17

Consideraciones finales

A) *El progreso hacia nuestro objetivo de clase*

En los capítulos anteriores hemos explicado brevemente los principios fundamentales de la vida económica bajo el comunismo. Hemos mostrado lo que son los productores libres e iguales, lo que significa la abolición del dinero, del mercado y del trabajo asalariado. Hemos visto lo que significa que las empresas comunistas no tengan ingresos ni gastos reales, ni activos ni deudas; y hemos mostrado también las nuevas relaciones jurídicas para la construcción del comunismo.

Así, nosotros, como trabajadores, hemos crecido mucho en nuestra autoconciencia. Porque si consideramos las cosas más de cerca, *parece que los propios trabajadores nunca han alcanzado una meta comunista. Hasta ahora la clase obrera ha estado navegando en la estela de los intelectuales y burócratas, que ven el comunismo desde su punto de vista.* Hablan de la revolución social que creará nuevas relaciones sociales (que son al mismo tiempo nuevas relaciones jurídicas), pero se niegan obstinadamente a desarrollar estas nuevas relaciones jurídicas en la realidad.

Esto es bastante comprensible. Desde su punto de vista, son ellos los que, en última instancia, tendrán que hacerse cargo de la gestión actual de la vida económica. Un examen más detenido de las leyes del desarrollo del comunismo, de la abolición del trabajo asalariado, es por tanto, desde su punto de vista, completamente innecesario, es más, incluso perjudicial.

No es casualidad, pues, que estos «Principios fundamentales», que examinan el comunismo precisamente desde el punto de vista de los asalariados, hayan nacido del corazón del proletariado. Nosotros, los proletarios de a pie que solemos hacer el trabajo sucio, nos preguntamos cómo salvaguardar los intereses de nuestra clase. Por eso, no nos contentamos con la fórmula de que la revolución social creará nuevas relaciones jurídicas. Nosotros *mismos* determinaremos el contenido de esas nuevas relaciones. Ni que decir tiene que el socialismo de los intelectuales se resistirá a este punto de vista.

B) *De la contabilidad monetaria a la del tiempo de trabajo*

Hasta qué punto la clase obrera será capaz de romper esta resistencia es actualmente imposible de investigar, por lo que dejaremos esta cuestión abierta. Sin embargo, debemos decir unas palabras sobre la transición de la cuenta monetaria capitalista a la cuenta tiempo-trabajo.

¿Cómo se abolirá el dinero? ¿Cómo se situará la vida económica en la unidad de cuenta de la hora de trabajo?

Para arrojar luz sobre este tema, aplicaremos el método habitual de examinar lo que la práctica del capitalismo ya nos ha enseñado en este ámbito. Por tanto, no «inventaremos» una solución, sino que someteremos la cuestión a la historia. De hecho, ya hemos visto una lección práctica, porque después de la guerra [de 1914-1918] varios países introdujeron una nueva unidad de cuenta.

Como es bien sabido, después de la guerra la mayoría de los países sufrieron una tremenda inflación dineraria. Rusia y los estados europeos se proveyeron del dinero estatal necesitando imprimiendo más y más papel moneda, lo que redujo el valor del dinero día a día, es decir, hizo que los precios de las mercancías subieran diariamente. De este modo, toda la vida económica se fue desarticulando cada vez más y, al final, el dinero llegó a carecer completamente de valor en algunos países. En esta situación, había que estabilizar el valor del dinero, lo que se hizo simultáneamente con la introducción de una nueva unidad de cuenta. Así, Rusia recibió su chernozem en lugar del antiguo rublo. Alemania obtuvo su marco de oro, Austria su chelín y Bélgica su belga.

En concreto, fue Alemania la que nos dio instrucciones visuales sobre cómo implantar una nueva unidad de cuenta. Simplemente se dijo que a partir de cierta fecha un billón (mil millones) de marcos de papel equivaldrían a un marco de oro. Esto marcó el comienzo de una conversión general de marcos de papel en marcos de oro en la vida económica. La sociedad se adaptó maravillosamente a esta «mayor y más difícil operación financiera jamás intentada» (The New Statesman).

Por supuesto, varios miles de pequeños propietarios fueron expropiados, pero las grandes empresas se salvaron y la economía pudo volver a ponerse en marcha.

En una revolución proletaria se repetirán sin duda los mismos fenómenos. La dictadura proletaria en su primera fase de existencia necesitará una enorme cantidad de dinero, que tendrá que adquirir de la misma manera que lo hicieron los Estados capitalistas en 1918-1923, es decir, mediante la impresión de billetes de banco. Para el proletariado, sin embargo, esto no sirve para abolir el dinero, para lograr una sociedad sin dinero, como intentaron los rusos.

Ciertamente, un gobierno de consejos evitaría, si pudiera, el azote de la inflación, que aflige particularmente a la clase obrera. Pero aquí no hay elección. Cualquiera que sea el curso de la revolución, ya conduzca al comunismo de Estado o a la asociación de productores libres e iguales, ya

consiga un partido hacerse con el poder, ya ejerzan la dictadura los consejos obreros, el fenómeno de la inflación se producirá en cualquier caso.

Esto empantana completamente la ya desarticulada vida económica, de modo que la clase obrera se enfrenta a la cuestión de la «estabilización», de la introducción de una nueva unidad de cuenta. Si la clase obrera carece de fuerza para implantar el comunismo, ideará una nueva moneda, un nuevo tipo de dinero. Cuando el control obrero sobre las empresas sea lo suficientemente fuerte como para suprimir el trabajo asalariado, entonces se abolirá el dinero y se introducirán las horas de trabajo como unidad de cuenta. La conversión del dinero en horas de trabajo se hará de la misma manera que en el pasado se hacía la conversión de marcos de papel en marcos de oro. Es una operación sencilla que cualquiera puede realizar, y con ella toda organización empresarial puede calcular el tiempo de producción de su producto.

C) *El número clave*

Por supuesto, es difícil determinar exactamente cuántas horas de trabajo equivalen a un florín, por ejemplo. No podemos suponer arbitrariamente que un florín equivale a una hora-hombre o a dos horas-hombre. Por lo tanto, hay que calcular esta cifra lo mejor posible. Por lo tanto, es necesario determinar cuánto tiempo se tarda en fabricar un producto determinado. Las mejores industrias para estos cálculos son las que suministran un producto a granel, como el carbón, la electricidad, el hierro o la potasa. A partir de los libros de fábrica es posible saber cuántas toneladas de producto se produjeron en un tiempo determinado, cuál fue el precio de coste real. A partir de ahí, dejando aparte los intereses del capital, etc., es posible determinar cuántas horas de trabajo se consumen en el proceso. A partir de estos datos se puede calcular el valor monetario de una «hora de hierro», una «hora de carbón» o una «hora de potasa», tras lo cual se puede tomar la media de todas estas industrias como media general provisional.

Si resulta que esta media es de 0,80 florines por 1 hora de trabajo, entonces cada empresa puede calcular un tiempo de producción provisional para su producto. En todos los establecimientos es posible ahora convertir las existencias totales en horas de trabajo multiplicando todas las sumas de dinero expresadas en florines por 1,25. Esta cifra es el número clave. Esta cifra es el número clave.

e = edificios, herramientas, etc. son 1.000 florines = **1.250** horas de trabajo

m = materias primas, cuero, etc. 49.000 florines = **61.250** horas de trabajo

t = las horas de trabajo realizadas son **62.500**

e + m + t son **125.000** horas de trabajo.

Según nuestra hipótesis del capítulo 7, se produjeron 40.000 pares de zapatos, por lo que el tiempo medio de producción es de 3.125 horas por par de zapatos.

No estamos sugiriendo que el número clave o «índice» *deba* hallarse de la forma anterior, sólo *decimos* que puede hallarse así. Hay muchas maneras de alcanzar el objetivo. De hecho, no es posible calcular exactamente el primer número clave. Sólo podemos intentar calcularlo con la mayor precisión posible. Una vez realizado el cálculo en general, los tiempos reales de producción aparecerán muy rápidamente.¹¹¹

D) *Utopismo*

Con esto queremos concluir nuestro estudio por el momento. Ciertamente, no hemos agotado el tema, sino que simplemente pretendíamos situar la discusión sobre el comunismo sobre una nueva base, con el fin de alcanzar un objetivo proletario común en el movimiento obrero. Para profundizar en esta discusión, nos gustaría señalar el carácter utópico de las construcciones del socialismo tal como las conocemos en *El socialismo de Cole* y en los *Informes sobre la socialización*.¹¹² Hacen planes sobre cómo organizar las diversas industrias, cómo abolir la contradicción entre el productor y el consumidor por medio de ciertos comités y consejos, cómo restringir el poder del Estado por medio de organismos estatales, etc., etc. Si un escritor así queda atrapado en sus fantásticos saltos mortales, si surge una dificultad en sus reflexiones teóricas sobre la cooperación de las distintas industrias, (...) la solución es sencilla, (...) creamos un comité (...) para resolver el problema. Esto es lo que dice el socialismo gremial de Cole, es decir, todas estas reflexiones son castillos en el aire.

La estructura orgánica del aparato de producción y distribución depende siempre de las leyes económicas por las que se rige. Por lo tanto, todas las reflexiones sobre esta estructura son castillos en el aire, mientras no se

¹¹¹ En Rusia se produjo un fenómeno similar. Durante el llamado «comunismo de guerra», las empresas dejaron de calcular en dinero. Cuando se reintrodujo la moneda fuerte en 1921, las empresas ya no conocían el coste real de su producto. Por consiguiente, utilizaban precios arbitrarios, a menudo basados en los de antes de la guerra. Por ejemplo, en 1922-1923 se registró un precio medio al por mayor de 122 (un 22% por encima del precio de 1913), pero estos precios pronto resultaron ser completamente erróneos. Subieron muy rápidamente y alcanzaron una media de 170 al año siguiente.

¹¹² El «Informe sobre la socialización» de 1920 de los socialdemócratas del SDAP en los Países Bajos esbozaba una vía evolutiva hacia el socialismo.

revelen los conceptos económicos en los que se basa esta estructura. Todo son utopías, que desvían la atención de los verdaderos problemas de fondo.

En nuestras deliberaciones nos hemos atendido sistemáticamente a las leyes de la economía. En lo que respecta a la estructura organizativa, nos hemos referido únicamente a las organizaciones empresariales y a las cooperativas. Estamos justificados porque *la historia* ya se ha pronunciado sobre estas formas de organización. Hemos tratado la organización del campesinado con la mayor reserva, precisamente porque Europa Occidental tiene muy poca experiencia en este campo. Por lo tanto, en lo que respecta a la empresa campesina, sólo hemos mostrado cómo el capitalismo ha desarrollado las condiciones para calcular el tiempo de producción de los productos, también en este caso.

No nos aventuramos en otras estructuras organizativas. Cómo se vinculan entre sí las organizaciones empresariales, qué organizaciones crean, para que la producción se desarrolle «sin problemas», todo esto viene determinado por las condiciones particulares y, por tanto, no puede examinarse de antemano.

E) *Resumen*

Resumiendo sucintamente nuestras reflexiones, llegamos a la siguiente imagen:

La base de estas investigaciones es el hecho empírico de que, tras la toma del poder, los medios de producción están en manos de organizaciones empresariales. La fuerza de la convicción comunista, que a su vez está ligada a la claridad de la percepción de lo que debe hacerse con estos medios de producción, determinará *si los mantendrán*. Si no los mantienen, introducirán el comunismo de Estado, que, sin embargo, no logrará abolir el trabajo asalariado. Las organizaciones empresariales, no obstante, mantendrán los medios de producción, y entonces podrán regular la producción y el consumo sólo sobre la base del tiempo de producción socialmente necesario, aboliendo el uso del dinero.

También puede ocurrir que haya tendencias sindicalistas tan fuertes que los trabajadores intenten apoderarse de las empresas para su propio uso, considerarlas como su «propiedad» para distribuir el «producto íntegro del trabajo» entre los empleados de la empresa. Esta forma de «comunismo» no logrará abolir el dinero y conduce por el camino del socialismo gremial al capitalismo de Estado.

Para nosotros, por lo tanto, el punto central de la revolución proletaria reside en establecer una relación fija entre el productor y el producto social, y esto sólo es posible con la plena aplicación de la contabilidad del tiempo de

trabajo en la producción y el consumo. Esta es la mayor exigencia que puede plantear el proletariado, ... pero al mismo tiempo la menor. Es la lucha decisiva por el poder, que el propio proletariado, sin ayuda de otros grupos sociales, debe librar en solitario.

Así, el mantenimiento de las empresas se refiere a la gestión y el control independientes de la empresa. Es, al mismo tiempo, la única base sobre la que se puede aplicar realmente el cálculo del tiempo de trabajo. Un verdadero torrente de literatura, sobre todo de Inglaterra, América y Alemania, demuestra cómo el cálculo del tiempo de producción es preparado por el capitalismo (el moderno cálculo coste-precio). Bajo el comunismo, el cálculo de $e + m + t$ continúa, como bajo el capitalismo, sólo que con unidades de cuenta diferentes. En este sentido, la vieja sociedad carga sobre sus hombros el nuevo orden. En el comunismo, la liquidación de cuentas entre empresas pasa por la contabilidad social general, la oficina de transferencias, (...) igual que ahora. También aquí el capitalismo da nacimiento al nuevo orden. La agregación de empresas es un proceso que también se está produciendo hoy en día, aunque es probable que la agrupación de empresas sea diferente, ya que la futura agregación se basará en otros puntos de vista. Las empresas que llamamos del tipo TSG, las «empresas públicas», son la comunitarización de las ramas de la industria que existen hoy pero que funcionan como instrumentos del Estado de la clase dominante. Se desvincularán del Estado y se integrarán en la sociedad. El Estado sigue existiendo, porque la burguesía ha sido derrotada, pero aún no ha desaparecido. Pero el Estado es ahora claramente visible para todos como órgano de represión de la contrarrevolución, (...) no tiene nada que ver con la producción ni con la distribución. Aquí, pues, están también las condiciones bajo las cuales el Estado puede realmente «morir».

La separación de las empresas públicas del Estado, la integración de estas empresas en el conjunto de la producción planificada, requiere la determinación de la parte del producto social que aún debe ser distribuida individualmente, y para ello encontramos el factor bolsillo.

Si contrastamos aquí el comunismo de Estado y el capitalismo de Estado, queda inmediatamente claro que en el comunismo de Estado no puede haber una relación exacta entre el productor y el producto social. El trabajador es un trabajador estatal y recibe su salario del Estado. La cuantía de este salario se determina mediante convenios colectivos con los sindicatos. La gestión de la producción está en manos de la burocracia estatal, en la que los productores tienen garantizada la «cogestión» a través de los sindicatos. La democracia se convierte así en un disfraz tras el que, como en el capitalismo, se *oculta* la verdadera dominación de millones.

F) *Centralismo – Federalismo*

El rechazo de la idea de que la industria debe ser gestionada y dirigida desde un punto central no implica, por tanto, en modo alguno que nos situemos sobre una base exclusivamente federal. Allí donde la producción es gestionada y dirigida por las masas, existen sin duda fuertes tendencias federalistas. Sin embargo, desde el punto de vista de la contabilidad social general, la vida económica es un todo único e ininterrumpido con un único centro desde el que la producción, aunque no sea gestionada y dirigida, puede ciertamente ser controlada. El hecho de que todas las transformaciones de las energías humanas en las empresas lleguen a registrarse en un único organismo constituye el resumen más elevado de la actividad económica. Llamarla federalista o centralista sólo depende del lado desde el que se mire la misma cosa. Es tanto lo uno como lo otro; estos conceptos carecen de sentido para el proceso de producción *en su conjunto*. La antítesis centralismo-federalismo se ha suprimido en una unidad superior: el organismo de producción se ha convertido en una unidad orgánica.

Anexo

He aquí algunas notas que tomamos durante nuestra investigación sobre el desarrollo en Rusia. Las publicamos aquí porque pueden ser útiles para el lector.

El curso de la nacionalización en la Rusia soviética de noviembre de 1917 a 1921

7 de noviembre de 1917 - Los bolcheviques toman el control del gobierno. Piatakov se convierte en director del banco estatal.

14 de noviembre de 1917 - Decreto sobre el control obrero.

Los trabajadores no pueden expropiar empresas por iniciativa propia y no pueden interferir en la gestión diaria de la empresa.

30 de noviembre de 1917 - Creación del Consejo de Trabajo y Defensa (STO).

5 de diciembre de 1917 - Creación del Consejo Económico Supremo. Compuesto por sindicatos, comités de empresa, especialistas y miembros del Gobierno.

Se nacionalizan la empresa minera Sergief y las fábricas Putilov.

27 de diciembre de 1917 - Decreto sobre la nacionalización de los bancos.

3 de enero de 1918 - Decreto sobre la nacionalización de las empresas.

Sólo pueden ser nacionalizados por la OER y son:

1e. Si son de gran importancia para el Estado.

2e. Si los empresarios no quieren respetar las medidas relativas al control de los trabajadores.

3e. Si los empresarios cierran o abandonan el negocio.

26 de enero de 1918 - Nacionalización del transporte fluvial y de los depósitos de cereales.

28 de enero de 1918 - Decreto de anulación de las deudas del Estado.

17 de febrero de 1918 - Nacionalización de la electricidad.

18 de febrero de 1918 - Congreso de consejos de empresa y sindicatos.

Se decide que el movimiento de los consejos de empresa estará subordinado a los sindicatos.

27 de febrero de 1918 - Nacionalización de la empresa Chaudoir.

2 de marzo de 1918 - Paz de Brest-Litovsk.

3 de marzo de 1918 - Nacionalización de la empresa minera de Novorossisk y de un tren de laminación de Yuzovka.

Abril de 1918 - Monopolio estatal de cerillas, café, especias e hilados.

23 de abril de 1918 - Monopolio estatal del comercio exterior.

Mayo de 1918 - I Congreso de Consejos Económicos.

Se vuelve a insistir en que la nacionalización «interesada» está prohibida. La industria azucarera está bajo el control de la OER.

Junio de 1918 - La industria petrolera pasa a ser gestionada por la OER.

28 de junio de 1918 - Decreto por el que se nacionalizan todas las empresas con más de 1 millón de capital.

Además, todas las minas, ferrocarriles, fábricas de caucho y celulosa. Este decreto contrasta con el del I Congreso de Consejos Económicos, que quería llevarlo al Estado muy lentamente. Por ahora, sin embargo, la nacionalización fue puramente formal, ya que los propietarios mantuvieron las empresas en «arrendamiento y usufructo gratuitos». Por primera vez se llamó a los especialistas «servidores de la república». Permanecieron en sus antiguos puestos y con sus antiguos salarios.

Julio de 1918 - Inicio de la contrarrevolución.

De hecho, la contrarrevolución comenzó un poco antes.

29 de mayo - Levantamiento de los checoslovacos en los Urales. Levantamiento armado de revolucionarios de izquierda en Moscú. 29 de julio- Comienzo de la intervención aliada en Murmansk. 30 de julio- Los checoslovacos capturan Kazán. 5 de septiembre- Ataque a Lenin. Comienzo del Terror Rojo.

21 de agosto de 1918 - Se suprime el comercio privado.

El Narcomprod debe encargarse de la obtención y distribución de bienes de consumo. De este modo se elimina esta función de la OER, que ahora sólo se encarga del cuidado de los medios de producción y las materias primas.

Diciembre de 1918 - Nacionalización casi total de la industria. Octubre de 1919

Número de empresas de la industria final. Número de trabajadores
6675 - - - - 1.185.000

Octubre de 1919 - nacionalizada 2.522 - - 750.000

Abril de 1920 - 4.141 nacionalizados 983.000

20 de noviembre de 1920 - El OER nacionaliza todas las empresas con fuerza mecánica, que tengan 5 o más trabajadores y todas las empresas sin fuerza mecánica, que tengan 10 o más trabajadores.

El curso del movimiento campesino en Rusia de 1917 a 1920

El curso del movimiento campesino a partir de marzo de 1921 puede dividirse en cuatro periodos. Estas son: la 1ª revolución campesina, la 2ª revolución campesina, los intentos de socializar la agricultura por parte de los soviets y los koljoses y, por último, el plan de producción estatal.

En la 1ª revolución campesina, los campesinos se repartieron la tierra, y los más pobres se llevaron la menor parte. Se trataba de una división perfectamente «natural», porque el campesino pobre no poseía aperos para trabajar la tierra. Los que tenían caballo, arado y almacén podían dedicar más tierras al cultivo. Sin embargo, resultó que los agricultores más acomodados no querían entregar grano al gobierno para el suministro de alimentos en las ciudades. Escondieron los suministros. Por lo tanto, los bolcheviques procedieron a exprimir a los campesinos pobres para conseguirlo. Fundaron los Comités de Pobreza de las Aldeas para confiscar los suministros.

Así comenzó la 2ª revolución campesina. Como consecuencia, los rendimientos agrícolas disminuyeron aún más. Se convirtieron en granjas, ninguna de las cuales produjo nada. Además, los comités de pobreza de las aldeas tampoco entregaron grano. En estas circunstancias, pronto se disolvieron los comités de pobreza de las aldeas y se volvió a centrar la atención en el «agricultor medio». Comienza el tercer periodo. Sin embargo, los intentos de socialización de los koljoses y sovjoses fracasaron por completo. Por ello, Ossinsky propuso una nueva política campesina, es decir, explotar todas las explotaciones campesinas según la normativa estatal bajo la dirección del Estado central. En el plazo de tres meses, esto provocó graves revueltas campesinas y, por tanto, el fracaso total del plan de producción estatal.

He aquí algunos detalles, relacionados con el movimiento campesino.

Primera revolución campesina

7 de noviembre de 1917 - Los bolcheviques toman el control del gobierno.

9 de noviembre de 1917 - Decreto de expropiación de terratenientes.

Esta fue la base de la llamada «Smytschka», la alianza de los campesinos con el proletariado urbano. «Los campesinos se repartieron la tierra, y no fueron los más pobres sino los más acomodados los que se llevaron la mayor parte». (Varga)

19 de febrero de 1918 - Constitución en tierra.

Se adopta el programa de los socialrevolucionarios.

9 de mayo de 1918 - Se concede a la Narcomprod (Junta de Abastecimiento de Alimentos) el derecho a confiscar las existencias de grano de los agricultores, que ejecuta ya el 13 de mayo.

13 de mayo de 1918 - Se implanta el monopolio de cereales.

Segunda revolución campesina

11 de junio de 1918 - Decreto sobre la organización de comités de pobreza en las aldeas.

Se les otorga el derecho de órganos del Estado y pueden confiscar las existencias de los campesinos acomodados para suministrarlas a las

ciudades a cambio de productos industriales. También pueden expropiar a los campesinos acomodados y distribuir los medios de producción. Esto pone en marcha una mayor destrucción de las explotaciones agrícolas productivas.

21 de agosto de 1918 - Se prohíbe completamente el comercio privado.

Diciembre de 1918 - Se suprimen los comités de pobres en los pueblos. No cumplen su función, ya que no entregan el grano a la ciudad más de lo que lo hacen los agricultores acomodados. Por lo tanto, en adelante el grano debe ser recirculado con «75 hombres y 3 ametralladoras».

Intentos infructuosos de sovjoses y koljoses

Marzo de 1919 - 8º Día del Partido. Dejar atrás la pobreza del pueblo.

El campesino medio se convierte en la «figura central» (Lenin).

De 1919 a 1920 - Intentos de socialización mediante sovkosen y colectividades. En 1919, 2.500 granjas se convirtieron en granjas soviéticas (Sovkozen). Sin embargo, no rindieron mucho, ya que ellos mismos utilizaron casi toda la recaudación.

Diciembre de 1919 - Los ejércitos contrarrevolucionarios son finalmente derrotados.

26 de enero de 1920 - La Entente levanta el bloqueo.

Febrero de 1920 - Trotsky exige que las tasaciones sean sustituidas por un impuesto en especie.

Rechazada, ya que se consideraba una concesión a los kulaks (campesinos acomodados) y un retroceso hacia el libre comercio.

Plan estatal de producción agrícola

Noviembre de 1920 - El VIII Congreso del Soviet decide la socialización general de la agricultura.

Los 18 millones de explotaciones campesinas se reúnen bajo una dirección central, que desarrolla un plan de producción, determinando, qué, cuánto y dónde se va a sembrar. Ossinski fue el impulsor de este plan porque, en su opinión, el desarrollo socialista de la agricultura por la vía de los sovjoses y los koljoses había resultado imposible. Ossinski dictó el correspondiente decreto. El plan acabó en un completo fiasco. Los campesinos respondieron con graves sublevaciones, que culminaron en el levantamiento de Kronstat.

21 de marzo de 1921 - Introducción de la Nueva Política Económica (NEP)

Algunas notas sobre el transporte de mercancías

7 de mayo de 1918 - Inicio de los «sábados comunistas».

8 de agosto de 1918 - Decreto sobre el intercambio de mercancías con los campesinos.

Los bienes industriales suministrados deben pagarse con al menos un 85% en productos agrícolas, mientras que se permite un máximo del 15% en efectivo. Precios fijos.

Enero de 1919 - Supresión del franqueo postal.

20 de febrero de 1919 - Decreto sobre la circulación de mercancías entre empresas estatales sin transferencia o liquidación bancaria.

Marzo de 1919 - 8º Día del Partido, obliga a la población a unirse en cooperativas de consumo.

Hasta ahora, cada ciudad tenía dos cooperativas: una burguesa y otra proletaria. Éstas se unieron en «cooperativas de consumo», que se fusionaron en la Centrosojus (cooperativa central) y quedaron bajo la dirección de la Narcomprod.

1 de junio de 1919 - Introducción del transporte gratuito de mercancías por ferrocarril.

Principal bibliografía consultada

H. Bloch, *Die marxsche Geldtheorie*.

G. D. H. Cole, *Selbstverwaltung in der Industrie*, Berlín, 1921.

H. Cunow, *Die marxsche Geschichts-, Gesellschafts und Staatstheorie*, Band 1, Vorwärts, Berlín, 1920.

M. Dobb, *Russian economic development*, G. Routledge, Londres, 1929.

S. Faure, *La felicidad universal*, Biblioteca Roja, Zandvoort, 1927.

Grupo de Int. Comunistas, *Líneas de desarrollo en el campesinado*. - En la revista *The New Way*, 1930.

A. Goldschmidt, *Wirtschaftsorganisation Sowjet Ruslands*, Rohwoltverlag, Berlín, 1920.

R. Hilferding, *Das Finanzkapital*, 2ª edición, Viena, 1920.

E. Horn, *Die ökonomische Grenzen der Gemeinwirtschaft*, Halberstadt, 1928.

K. Kautsky, *Die proletarische Revolution und ihr Programm*, Dietz, 1922.

O. Leichter, *Die Wirtschaftsrechnung in der sozialistischen Gemeinschaft*, Viena, 1923.

Lenin, *El Estado y Revolución*, trad. por H. Gorter.

Die nächste Aufgaben der Sovietmacht.

Die drohende Katastrophe.

K. Marx, *El Manifiesto Comunista*.

Das Kapital.

Randglossen zum Programm der deutschen Arbeiterpartei 1875, en Programkritiken, Elementarbücher des Kommunismus, Banda 12.

L.Mises, *Die Gemeinwirtschaft, Untersuchungen über den Sozialismus*, 2ª edición, Fischer, Jena, 1932.

Muller Lehning, *Anarcho Syndicalisme*, Gem. Synd. Alianza 1927.

O. Neurath, *Wirtschaftsplan und Naturalrechnung*, Berlín, 1925.

F. Pollock, *Die planwirtschaftlichen Versuche in der Sovjet Union 1917-1927*, Hirschfeld, 1929.

Varga, *Die wirtschaftspolitischen Probleme der proletarischen Diktatur*, Carl Hoym.

La Revolution Proletarienne, julio de 1931.

NOTA

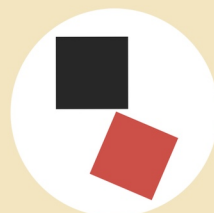
Agradecemos profundamente cualquier comentario u opinión acerca de la edición que ofrecemos, así como cualquier otra sugerencia.

Nuestro contacto:
info@doscuadrados.com

¿Cuántas veces hemos escuchado que el comunismo es una utopía? Aunque es una acusación típica de liberales, también muchos comunistas han rehuído de plantear un modelo de economía comunista por verlo inalcanzable en la práctica. Pero lo cierto es que, aunque sea poco conocido, durante las primeras décadas del siglo XX se dieron intensos debates sobre cómo organizar este tipo de economía alternativa al capitalismo. En estos debates participaron pensadores de la talla de Otto Neurath, Rudolf Hilferding o Jan Appel. Este último, militante del Partido Comunista Obrero de Alemania, fue el autor del borrador que dio origen a la obra que traemos hoy. El borrador fue revisado y ampliado por el grupo holandés de la corriente consejista «Grupo de Comunistas Internacionalistas» (GIKH) y publicado en alemán por la Unión General de Trabajadores de Alemania bajo el nombre de *Principios fundamentales de la producción y distribución comunista*.

Principios fundamentales amplía los breves esbozos sobre la sociedad comunista hechos por Marx en *El Capital* y la *Crítica al Programa de Gotha*. La abolición del trabajo asalariado y del dinero se muestran como una condición necesaria para alcanzar el comunismo. ¿Y qué la sustituye? Pues la asociación de productores libres e iguales, y la contabilidad en tiempo de trabajo. Cada empresa llevaría una contabilidad transparente del tiempo de trabajo promedio que requiriese elaborar cada producto y los ciudadanos recibirían una retribución exactamente por aquellas horas que hubieran trabajado, lo que eliminaría la plusvalía. Y con esta retribución podrían adquirir los productos fabricados por la sociedad pagando sus costes en horas de trabajo.

Este sistema contrasta enormemente con anteriores experiencias socialistas, como la economía soviética, en la que nunca se abolió el dinero. Por tanto, *Principios fundamentales* es una obra central en el debate actual que nos invita a replantear los principios sobre los que los comunistas debemos construir nuestro futuro.



EDICIONES
DOS CUADROS